

*Selecta*



BEGOÑA GAMBÍN

*14 razones para  
pasar de ti*

14 razones para pasar de ti  
Biología Mujeres únicas 1

*Begoña Gambín*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

*A todas las lectoras que han deseado  
conocer la historia de Carlota y Carlos*

## Capítulo 1

*La ocasión la pintan calva.*  
Dicho popular

*Benidorm (Alicante), 30 de julio de 2018*

Un bulto se movía debajo de las sábanas con movimientos sensuales mientras el otro que estaba a su lado, parecía una estatua, inmóvil por completo.

Carlota sintió un cosquilleo en sus brazos, pero su cuerpo le pedía a gritos seguir durmiendo. Sus ojos no querían abrirse, pero cada segundo que pasaba estaba más incómoda. Con el objetivo de evitar que esas molestias la despertaran, intentó bajar los brazos que estaban elevados sobre su cabeza para cambiar de postura, pero algo se lo impedía.

Pese al malestar que sentía, consiguió amodorrarse de nuevo, aunque, por encima de su soñolencia, no pudo evitar notar las pulsaciones que le martilleaban las sienes y un embotamiento en su cabeza.

*Tum, tum, tum*, retumbaban los tambores dentro de ella. *Tum, tum, tum*, retumbaban sin cesar.

Sin abrir los ojos, su subconsciente comenzó con lentitud a reconocer su cuerpo, que descansaba sobre su lado derecho, desde los pies hasta la cabeza. Se notaba la piel ardiente y sensible pese a que el aire acondicionado mantenía fresco el ambiente. Sacó una pierna por encima de la sábana y solo consiguió que miles de agujas se le clavasen en su epidermis. Notaba como si hubiese corrido diez maratones seguidos, y las agujetas producidas por cada uno de ellos se hubiesen acumulado, unas encima de otras.

Los párpados le pesaban y mantenían la oscuridad en sus ojos por lo que su mente asumió que todavía era de noche, así que aumentó su empeño por no despertar. Volvió a intentar bajar los brazos, insistió con fuerza. Bueno, con

la fuerza que le permitió la laxitud que sentía en todo su cuerpo junto con el dolor en sus músculos que aumentaba con el más leve movimiento.

Otro tirón de brazos consiguió que comprendiera que no tenía nada que hacer. Algo rodeaba sus muñecas y las retenía por encima de su cabeza.

Bufó con fastidio. No tenía más remedio que abrir los ojos y ver qué era lo que inmovilizaba sus miembros superiores. Parpadeó unos segundos. Volvió a bufar, molesta. Notaba los ojos llenos de arena. La arenisca le rascaba la córnea como si tuviese, en su lugar, un puñado de gravilla perforándola. ¡Seguro que tendría los ojos rojos como la nariz de un payaso!

Decidió esperar unos minutos antes de volver a intentarlo. Sondeó su mente abotargada para conseguir despejarla. Sus recuerdos más inmediatos eran confusos. El día anterior, su mejor amiga y jefa, Raquel, había contraído nupcias con Dante, el propietario del complejo hotelero situado en Benidorm en el que se había llevado a cabo la celebración y en el que se encontraba ella hospedada.

Raquel le había pedido que, durante la ausencia de quince días de ambos por su luna de miel, ella se quedase en el hotel para comprobar que el proyecto de ocio que habían implantado en él correspondía con las necesidades del complejo. Así que debía estar en su cuarto, aunque no recordaba cómo había llegado allí.

Lo último que acudía a su mente era el desmadre que se formó durante el convite después de que Raquel saltase a la piscina. Como no podía ser menos, ella, Felipe y Fanny habían secundado a su amiga por lo que acabaron todos sumergidos en las refrescantes aguas.

Y después, tras la sorpresa, muchos otros invitados también acabaron en remojo. Hasta al estirado de Carlos, con su pelo engominado y su traje de Massimo Dutti, lo vio tirarse de cabeza. ¡Increíble! Jamás habría pensado que el prepotente director del hotel y amigo personal de Dante acabase haciendo una locura mayor que comer el pescado con el tenedor de la carne.

Notó que el hormigueo de los brazos le aumentaba y que, si no hacía algo para recuperar su movilidad de inmediato, pronto las punzadas del dolor muscular serían insoportables.

Decidió abrir los ojos desmesuradamente para intentar espabilarse, parpadeó y volvió a abrirlos. La penumbra que envolvía la habitación, no era tan profunda como para impedirle ver con bastante claridad lo que la rodeaba. Elevó la mirada hacia arriba, pero no podía verse las manos, así que echó la

cabeza hacia atrás en su búsqueda y de repente las vio.

¡Unas esposas de pelo rojo que rodeaban uno de los barrotes del cabecero aprisionaban sus muñecas! Un escalofrío recorrió su cuerpo. ¿Qué había pasado? ¿Por qué estaba esposada a la cama?

Se estrujó la cabeza intentando recordar cómo había acabado allí, pero no lo consiguió. ¡No tenía ningún recuerdo después del chapuzón en la piscina!

Histérica, miró alrededor y se dio cuenta de que no estaba en su cuarto. Esa decoración no era la que tenía en la habitación que le habían destinado en el hotel.

¡¿Qué estaba pasando allí?!

Comenzó a sacudir sus brazos con la imposible ilusión de desprenderse de las esposas. La cadena que unía las dos argollas, golpeó el barroto produciendo un ruido que aporreó la cabeza de Carlota. Entrecerró los ojos en un intento de mitigar el dolor, pero este era punzante y persistente.

Y entonces, escuchó un gruñido quejoso a su lado izquierdo. Giró enseguida su cabeza y la mitad superior de su cuerpo y vio un bulto a su lado.

Su garganta inició un grito que consiguió retener antes de que saliese al exterior de su boca. Pese a la histeria que sintió, su cabeza se despejó de inmediato y contuvo el chillido que pugnaba por salir de su garganta.

El corazón le palpitó a mil por hora y un miedo atroz le invadió el cuerpo. De un plumazo le desaparecieron todos los dolores que sentía y su máxima preocupación se concentró en esa figura.

¿Quién dormía junto a ella? ¿Quizás su amiga Fanny? No, no lo creía. Llevaba pocos meses casada y lo más seguro es que estuviese en brazos de Vicente. Lo mismo que Raquel. Era su noche de bodas. ¡Imposible que estuviera allí!

Observó con mayor minuciosidad el cuerpo que permanecía tapado por la sábana y llegó a la conclusión de que era una constitución de hombre. El ancho de los hombros que se adivinaba, no parecía coincidir con la silueta normal de una mujer.

¿Sería su compañero de trabajo y amigo Felipe?

Si era él, podía estar tranquila, no era la primera vez que dormían juntos. Los gustos de Felipe coincidían con los de ella a la hora de buscar género humano para pasar una noche loca.

Todavía estaba con estos razonamientos cuando un brazo emergió de debajo de la sábana y se posó de un golpe sobre lo que Carlota imaginó que

sería su cadera. Lo observó con minuciosidad. ¡Ese no era el brazo de Felipe! Su amigo tenía los brazos delgados con unas grandes manos que reconocería con los ojos cerrados. Y, además, el moreno intenso de ese brazo musculoso no correspondía con el color de su piel.

Entrecerró los ojos para enfocar la mano desconocida y se fijó en que llevaba una manicura muy bien cuidada. Fue subiendo por el brazo con lentitud para admirar cada uno de los músculos que se marcaban en él junto a unas prominentes venas. Para mayor perplejidad, se fijó en que estaba exento de vello.

«¡Ay, Dios! —exclamó para sí—. ¿Quién será? ¿Con quién he pasado la noche?» Debía conocerlo, puesto que el complejo hotelero llevaba una semana cerrado para albergar a los invitados a la boda de Raquel y Dante, así que debía ser un invitado de uno de los dos contrayentes.

Con el cuerpo lo más quieto posible para no despertar todavía a su acompañante en la cama, giró su cabeza hacia el otro lado para darle un repaso a la habitación a ver si descubría alguna pista que le llevase a la identidad del susodicho.

«¡Ay, Dios!», volvió a exclamar en su interior. En un rincón del cuarto, sobre un sillón, vio un manchurrón rojo que identificó como su vestido, por lo que ella debía estar desnuda. Se concentró en percibir su cuerpo y notó que sus braguitas sí que estaban en el lugar que le correspondían. El sujetador era imposible porque el vestido que había llevado a la boda no le permitía llevarlo.

Siguió el concienzudo escrutinio de la habitación hasta llegar a otro rincón donde un galán de noche sostenía con pulcritud las piezas de un traje de chaqueta en color azul noche...

Ese color le sonaba...

¿A quién había visto con él puesto? Le sonaba mucho mucho...

¡No! ¡No podía ser! ¡¿En serio tenía que ser él?!

Giró la cabeza con brusquedad para mirar a su lado al mismo tiempo que el hombre levantaba su cuerpo, sacaba sus piernas de la cama, posaba los pies en el suelo y se sentaba en el cochón.

La sabana resbaló sobre el cuerpo del hombre y dejó ver una ancha espalda morena en la que se modulaban los músculos como un desierto repleto de ondulantes dunas. Elevó la mirada hacia su cabello. ¡Era increíble! Su pelo castaño con mechazas claras, permanecía repeinado hacia atrás, ¡como siempre!

Seguro que ella parecería un espantapájaros, toda desgredada.

—¡¡Carlos!! ¡¿Qué haces aquí?! —gritó emitiendo algún que otro gallo.

El director del hotel giró la cabeza y la miró con los ojos soñolientos.

—Buenos días, Carlota —la saludó con un tono de voz pastoso y bronco, muestra inequívoca de que acababa de despertarse.

—¡Contesta! ¡¿Qué haces aquí?!

—Querrás decir, ¿qué haces tú aquí? Este es mi cuarto.

—¡¿Se puede saber por qué estoy esposada a tu cama?! —continuó con las preguntas ignorando la respuesta de Carlos.

—¿No lo recuerdas? —inquirió él al tiempo que elevaba las comisuras de sus labios con una sonrisa socarrona.

—¡Suéltame!

El joven se levantó de la cama, la rodeó y se plantó frente a ella. Llevaba unos bóxers negros que le moldeaban su respingón trasero.

Carlota no pudo evitar deslizar su mirada por el musculoso y prieto cuerpo del ejecutivo y, pese al desasosiego que sentía, no pudo dejar de reconocer que debajo de esos trajes de chaqueta que siempre vestía había un cuerpo cultivado que estaba de escándalo. Músculos por todas partes, completamente depilado... o por lo menos las partes que se veían..., con un moreno dorado que deslumbraba, ancho de espaldas, estrecho de... Pero ¡¿qué estaba pensando?! ¡¿Le habría afectado algún virus?! ¡Ese lechuguino le tenía que haber hecho algo!

—¿De verdad no recuerdas nada de lo que ocurrió anoche?

—¡No! ¡Suéltame ya, pesado!

Carlos la observó detenidamente con sus profundos ojos grises.

—Lo siento, pero si te suelto, jamás volveré a tener una oportunidad como esta para aprovecharla.

Carlota frunció el ceño, pero en el fondo de sus ojos se pudo detectar algo de miedo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Tranquila. ¿Tampoco recuerdas que en la cena aseguré que no me interesaba tocarte ni con un palo?

—¡Ya quisieras tú!

—Si yo quisiera, caerías rendida a mis pies, ricura.

—¡Buff! ¡Qué equivocado estás! ¡¡Y ahora suéltame de inmediato o... o...

—¿O qué? ¿Llamarás a tu mamá?

Carlos hablaba con calma mientras su mente maquinaba alguna idea para sacarle partido a la situación. La ocasión la pintan calva. Le tenía ganas a esta rubia despampanante desde que la vio por primera vez, pero desde el primer día habían chocado como trenes.

Era difícil mantener una conversación con ella sin que enseñase su lengua viperina. Él era muy guasón, pero con Carlota le salía una vena incisiva y prepotente que jamás se había dado cuenta que tenía.

Y así estaban de continuo, erre que erre, bronca tras bronca, era imposible que hablasen sin meterse el uno con el otro.

Y el caso es que a él le atraía la sensual figura de la joven. Físicamente era su tipo de mujer: alta, con unas largas y espectaculares piernas, curvas sexis, el pelo rubio largo ondulado y ojos de un azul profundo. Perfecta para unirse a la lista de sus conquistas.

El único motivo que le había parado a intentar seducirla era que ella era la secretaria y amiga de Raquel, el amor de su mejor amigo y jefe. Las dos habían aparecido exactamente un año atrás, junto con Felipe, otro amigo y empleado de la gestora de ocios, para asistir a la boda de otra amiga en común, Fanny, que además era la prima de Carlota.

Desde entonces, la electricidad les rodeaba a ellos dos cada vez que se encontraban, canalizada hacia las disputas, así que ya era hora de revertirla y encauzarla hacia el deseo y la sexualidad. Estaba seguro de que la joven tenía que ser una tigresa en la cama.

—Gritaré y gritaré hasta que venga alguien.

—Carlotilla, esto no es el cuento del lobo feroz. Además, sabes perfectamente que hoy se van todos los invitados a la boda. Dentro de nada, el complejo quedará vacío y hasta dentro de dos días no vuelve a abrirse el hotel.

—¡Suéltame ya, cabrón!

—Tranquila, fiero, tranquila. Primero vamos a hablar tú y yo.

—Yo no tengo nada que hablar contigo.

El director, armándose de paciencia, se sentó al borde del colchón. Carlota, al ver sus intenciones, movió su trasero para alejarse de él.

—¡Aléjate de mí, no me roces! —exclamó la joven.

—No tengo ninguna enfermedad contagiosa, fierecilla.

—Yo no estaría tan segura, tienes la enfermedad del «chulo-piscinas»: te

crees un ser superior al resto de tus semejantes porque tienes una absoluta e incuestionable convicción de que, en muchos aspectos, por no decir en todos, destacas indiscutiblemente sobre los demás. Seguro que eres el típico tío que usa su mirada de «azul acero» al estilo *Zoolander* para ligar con las tías que le rodean sin hacer ningún tipo de diferencia ni distinción con tal de conseguir un buen revolcón, y que te paseas por el gimnasio petado de proteínas para aumentar tu masa muscular. En definitiva, eres un fatuo gilipollas y eso es veneno puro y muy contagioso.

Carlos la oyó asombrado ante el retrato grotesco que había dibujado de él.

—¿Has terminado ya? ¿Te has desahogado?

—¡No! Tengo una lista de catorce razones por las que no quiero saber nada de ti. ¡Y suéltame ya!

Carlota se agitó en la cama, sacudió sus brazos en un intento inútil de soltarse y su mirada se convirtió en cuchillos impregnados de odio que dirigió hacia Carlos. Pero también, como consecuencia, se le resbaló la sábana que hasta ese momento le tapaba el pecho.

La joven soltó un grito estridente.

El director no pudo evitar que la vista se le desviara hacia sus dos turgentes senos. Tenían el tamaño ideal para él. Cada vez que descubría algo sobre ella, se reafirmaba más en que era su prototipo de mujer ideal, salvo por su mala leche. Por eso debía conseguir que dejase de pensar sobre él todas las lindezas que acababa de decir.

Además, él no se veía reflejado en su descripción y le había molestado en extremo que ella pensase eso de él.

—Estate quieta, Carlota, te vas a hacer daño —dijo Carlos mientras, con suavidad, la volvía a tapar con la sábana.

—¡Pues suéltame las esposas y dime por qué estoy aquí así!

—Tienes curiosidad, ¿verdad? —Una sonrisa burlona con la que Carlota descubrió por primera vez unos pequeños hoyuelos en las mejillas acompañó a sus palabras.

—Con que piensas martirizarme...

—No. Estoy dispuesto a hacer un trato contigo.

—¡No hay tratos que valgan! ¡Dime de inmediato qué puñetas hago aquí esposada! ¡Y qué cojones pasó anoche!

—Si no aceptas el pacto, no ocurrirá nada de eso.

—¡Buff! Tengo los brazos dormidos, me pinchan como si fuese un faquir y

estuviese sobre una cama de clavos. Si sigo así, se me va a cortar la circulación, así que como me pase algo por tu culpa, te demandaré de tal forma, que tendrás que vender hasta los calzoncillos de Calvin Klein que llevas puestos.

—Pues deja de protestar y escúchame: solo te soltaré las esposas si me prometes que vas a aceptar una tregua durante los quince días que trabajemos juntos. Yo no soy ese «pintamonas» que dices que soy, así que quiero que dejemos de pelearnos durante este tiempo para conocernos mejor.

—No me interesa conocerte más. Lo que he visto de ti, no me gusta nada.

—Pues vas a tener que hacerlo si quieres que te cuente lo que ocurrió la noche pasada y que te suelte.

Carlota estaba desesperada. Necesitaba con urgencia ir al baño, pero no pensaba darle ese placer a ese tipejo. Estaba a su merced, pero no quería darle más armas.

«Le puedo prometer lo que sea y luego hacer lo que me dé la gana —pensó buscando una salida—. Sí, eso voy a hacer. Una vez que me suelte y me cuente lo sucedido, lo mandaré a tomar viento fresco»

—Dices que tienes catorce razones para pasar de mí —continuó Carlos—, dímelas y te demostraré una a una que estás equivocada conmigo.

—¡Ja! Eso no va a ocurrir. Te calé desde el primer día.

—Bueno, si estás tan segura, ¿a qué tienes miedo?

—¡Está bien! Suéltame. ¡Trato hecho!

Carlos la observó con desconfianza. Ahora que parecía que la había convencido, recelaba de ella.

—Antes dime el primer motivo de la lista.

—¡Joder, Carlos! ¡Me voy a mear encima! ¡Tu pelo engominado!

—¿Mi pelo engominado?

—¡Sí, no lo soporto! ¡Ábreme las esposas ya o tendrás que cambiar el colchón!

El joven director abrió el cajón de la mesilla de noche y extrajo de su interior las llaves que utilizó para abrir las esposas. En cuanto Carlota logró liberarse, se envolvió en la sábana y corrió hasta el baño. Durante el rato que ella estuvo en él, Carlos extrajo del armario una muda completa para vestirse y la dejó sobre la cómoda, muy bien plegada.

En cuanto la joven salió del aseo, se dirigió hacia él con paso decidido y lo encaró.

—Ahora dime que pasó anoche —le espetó enfadada.

—No, no, Carlota. Te lo contaré al finalizar los quince días, así me aseguro de que cumplirás el acuerdo.

—Eres un cerdo, ¿lo sabías?

—¡Vaya! Me encanta tu forma de cumplir tu promesa.

—Yo no he prometido nada.

—Pues ya puedes hacerlo en este momento o no serás tú la única que se entere de lo que pasó anoche.

A Carlota casi le da un soponcio. ¿Qué demonios había hecho?

—¡Está bien! ¡Palabra de *scout*!

—Tú no eres *scout*, ¿verdad? —inquirió Carlos con una clara sospecha en su voz.

—No, pero para el caso, será como si lo fuera. Ya te he dado mi palabra, ahora me marcho —admitió a la vez que se dirigía hacia su vestido, lo agarraba y volvía a encerrarse en el baño bajo la mirada risueña de Carlos.

Cuando salió vestida, sin mediar palabra, se calzó sus zapatos, que encontró al lado de la cama, y se marchó. En cuanto cerró la puerta, oyó unas fuertes carcajadas que atravesaron la madera de la puerta, se volvió con furia para mirarla con ojos de odio, como si pudiera penetrarla, y su mirada diera de pleno en Carlos.

—¡Te vas a enterar, guaperas! —masculló con furia.

## Capítulo 2

*Al buey maldito, el pelo le luce.*

Refrán

Carlota estaba de un humor de perros. Se sentía humillada por lo que había ocurrido con Carlos.

—El mostrenco ese, si piensa que lo voy a tener pegado a mis talones durante quince días, la tenía clara, clarinete —rezongaba mientras daba zancadas de un lado al otro de la habitación.

Se acababa de duchar con la esperanza de que eso la calmase, pero no había servido para nada. Sus nervios la tenían atrapada en una espiral de venganza. ¡Ese relamido se iba a enterar!

Si creía que iba a serle fácil tratar con ella durante ese tiempo en el que se veía obligada a convivir en el mismo espacio que él, es que no la conocía.

Lo primero que tenía que hacer era averiguar por sus medios lo que había pasado la noche anterior, así no tendría ningún poder sobre ella. La boda estaba llena de gente conocida, por lo que alguien tendría que haber visto algo.

Agarró su bolso y salió escopetada de su chalet, recorrió uno de los caminos que enjambraban el complejo hasta llegar a otro chalet y golpeó con fuerza la puerta.

Desde dentro se escuchó un grito macilento.

—¡Ya voy, ya voy! —oyó que intentaba elevar la voz corroída.

Felipe abrió la puerta. Su rostro, de normal sonriente, tenía un rictus doloroso. El tupé, que siempre mantenía bien elevado y algo despeinado, con estilo, en esos momentos era un amasijo de pelos, y su cuerpo larguirucho y alto en exceso, enfundado en unos bóxers sueltos con rayas en colores azules, lo encogía como si llevase una mochila cargada de piedras.

Carlota entró como una exhalación y se plantó en medio de la habitación de su compañero de trabajo y amigo con los brazos en jarras.

—¿Qué pasó anoche?

El joven cerró la puerta, se giró para mirarla y se rascó su larga y abundante barba.

—Espera, por favor —le pidió a Carlota con voz ronca.

Se dirigió hacia el aseo y dejando la puerta abierta, se lavó la cara en el lavabo, luego regresó al cuarto y cogió con su gran mano sus enormes gafas de pasta ultramodernas que aumentaban sus angulosos ojos de color chocolate y se las colocó sobre el puente de su nariz.

—Ya puede ser algo sumamente importante, Carlota, o te vas a quedar sin el único amigo que no te quiere por tu físico —gruñó el joven.

—¡Ey! ¡Eso no es cierto!

—Por favor, no grites —le pidió Felipe a la vez que tapaba sus orejas con las manos.

Carlota se derrumbó en uno de los dos sillones que formaban parte del mobiliario de la habitación como si su cuerpo hubiese sucumbido al desánimo. Se restregó la cara con las manos y después miró a su amigo suplicante.

—Felipe, necesito tu ayuda —confesó con voz desolada.

El joven se espabiló de golpe. Era extraño ver a la segura e infalible Carlota con ese gesto de desolación y él, como fiel amigo, debía estar a su lado. Se sentó en el sillón adyacente y se inclinó hacia adelante para coger entre sus enormes manos las largas y elegantes manos de ella.

—Cuéntame qué te ocurre.

—Felipe, necesito que me digas lo que pasó anoche.

—Pues... Raquel se casó con Dante... ¿Es que no recuerdas nada?

—No, no. Eso sí que lo recuerdo, pero mi memoria llega hasta el momento en el que nos tiramos a la piscina. A partir de ahí lo tengo todo borrado.

—¿En serio?

—Sí, y necesito saberlo, Felipe. Es vital para mí.

—Cariño, ¿me estás pidiendo que te cuente lo que hiciste tú después del baño?

—Sí, eso es.

—Pues lo siento mucho, pero creo que va a ser imposible.

—¡¿Por qué?!

—Verás, cuando yo salí de la piscina, tú te quedaste en ella. De eso estoy seguro. Pero yo de ahí me fui con Ximo a la barra y no volví a verte —reconoció—. Pero también es cierto que cogí tal pedo que, aunque te hubiese visto, no lo recordaría.

—Por favor, Felipe, haz memoria. ¡Tengo que averiguar qué hice!

—Pero chiquilla, ¿qué pasa? ¿Por qué ese afán?

Carlota se soltó de las manos de su amigo y volvió a restregarse la cara.

—Me he despertado esposada a la cama de Carlos.

—¡¿Cómo?!

—Lo que has oído.

Unas fuertes carcajadas sacudieron el cuerpo de Felipe.

—Tía, tú sí que sabes lo que es bueno. Eres mi heroína. Ya me hubiese gustado a mí ligar con un espécimen de esa categoría.

Carlota lo miró con gesto extrañado. Algo no iba bien en la conversación.

—No me has entendido, Felipe.

—¿Cómo qué no? Has tenido un rollete con el bomboncito de Carlos. La verdad es que me alegro. Ya era hora de que volvieres al mercado, chica.

—Felipe, estás equivocado, no he buscado ni estoy buscando un tío.

—¿Pasas de los tíos desde que plantaste a tu último novio?

—No era mi novio, salimos solo tres días.

—Fueron tres meses.

—¿En serio?

—Sí, yo sufrí tus comidas de cabeza durante ese tiempo.

—¡Oh, bueno! ¡Ese no es el tema! Te estoy hablando de que no recuerdo lo que pasó durante la noche. Cuando me he despertado era como si tuviese un tambor en la cabeza, como si hubiese cogido una gran cogorza y... ¡No sé cómo terminé en la cama de Carlos y esposada! ¿De verdad piensas que me enrollaría con él? ¡Pero si no lo soporto!

Felipe la miraba con la boca abierta. Por fin había comprendido lo que la tenía tan angustiada.

—Bueno, cariño, no te lo tomes así. Si acabaste en su cama, sería por voluntad propia. Como dice Raquel, del odio al amor no hay más que un tramo.

—¡No! ¡Imposible! Ni borracha me hubiese liado con ese tipejo relamido.

—A ver, cielo —dijo Felipe al tiempo que se arrodillaba frente a ella, le daba un beso y la abrazaba—, si lo tienes tan claro, ¿por qué te calientas tanto

la cabeza? Y, por otro lado, por lo que conozco de Carlos, no lo veo aprovechándose de la situación. Seguro que tiene cola para meterse en su cama. Yo mismo estoy en ella —concluyó giñando el ojo.

—Es que, a cambio de contarme lo que pasó, Carlos me ha obligado a que acepte una tregua durante los días en los que estemos aquí a cargo del hotel y dejemos de lado nuestras discusiones.

—Bueno, la verdad es que no es una mala idea. Deberías llevarte mejor con él, al fin y al cabo, es el mejor amigo de Dante, por lo que vas a tener que soportarlo muchas veces, aunque con eso no quiero decir que se lo pongas fácil —opinó Felipe con una sonrisa pícar—. Así que cálmate, respira hondo y demuéstrole quién es la taimada Carlota, esa mujer lista y coqueta que lleva de calle a todo hombre con el que se cruza.

—Qué haría yo sin ti, Felipe. Te quiero —reconoció la joven devolviéndole el abrazo y el beso—. Tienes razón, no me voy a dejar amilanar por Don Pretencioso. ¡Va a enterarse de quién soy yo!

—¡Así me gusta, bella! Ahora, espera a que me duche y nos vamos a comer algo, estoy famélico.

\*\*\*

Felipe, Raquel y Carlota formaban un magnífico equipo de trabajo. Raquel era la hija de Santos Durán, propietario de una pequeña cadena de agencias de viajes en Cataluña. Felipe y ella se habían conocido en la universidad, cuando ambos estudiaban un grado de Turismo y, cuando, tras finalizar la carrera, Raquel se incorporó a la empresa de su padre, contrató a su amigo para que la ayudase en su trabajo. Poco tiempo después, Raquel necesitó contratar a una secretaria, y Fanny, su mejor amiga y residente en Benidorm, le recomendó a su prima Carlota para el puesto.

Así que Carlota se trasladó a vivir a Barcelona y desde entonces, los tres, aparte de trabajar juntos, eran grandes amigos.

Mientras escuchaba parlotear a Felipe entre bocado y bocado del succulento desayuno/comida, la joven agradecía tenerle allí, aunque fuese por un par de días. Era fácil la vida con Felipe, muy fácil.

—Lamento dejarte sola aquí pasado mañana, cariño, pero he de volver sin falta a Barcelona. Raquel me ha encargado que continúe con el proyecto que

tenemos que presentar dentro de un mes y debo adelantarlo todo lo posible antes de que ella vuelva.

—Lo sé, Felipe, no te preocupes. En realidad, sabes que no estoy sola. Tengo a Fanny a un tiro de piedra, y al resto de mi familia, por supuesto.

—Oye, ¿le has preguntado a Fanny sobre tu amnesia selectiva?

—Pues sí, a ella, a mi primo Ximo, a mis tíos, a mis padres... ¡A todo el mundo que conocía y asistió a la boda! Les llamé mientras tú te duchabas.

—¿Y?

—Es un misterio, chico. Nadie se acuerda de mí.

—Pues eso sí que es raro, porque con tu vestido rojo no pasabas desapercibida, más bien todo lo contrario.

Carlota frunció el ceño al recordar algo.

—¿Estás insinuando que Carlos tenía razón cuando se metió con mi escote?

—¡Uy! ¡Qué sensible está la señorita! Parece mentira que opines eso de mí. Tú sabes que yo soy el primero en reconocer que tienes un estilazo vistiendo y que me encanta todo lo que te pones.

En ese momento, una figura apareció al lado de Carlota.

—Por lo que oigo, no puedes dejar de pensar en mí.

Los dos jóvenes, que se encontraban sentados en una de las mesas de la cafetería del hotel, levantaron la cabeza con brusquedad y dirigieron sus miradas hacia Carlos. La de Felipe sorprendida y amigable, y la de Carlota iracunda.

—En ti no, en tus palabras ofensivas.

—¿Todavía estás picajosa por lo que te dije?

Carlota notó algo distinto en él. Algo que no llegaba a identificar, pero en cuanto se sentó junto a ella en la mesa, lo vio claro.

—¡No te has embadurnado el pelo con potingue!

—¡Ah! Me alegro de que te hayas dado cuenta. Era el primer punto de la lista, ¿no? Como ves, yo cumplo con mi palabra. Voy a hacer todo lo posible para que no sientas tanto odio por mí.

El cabello rizado del joven, libre de la gomina, estaba ensortijado alrededor del cuero cabelludo. «¡Le sienta genial! —pensó la joven— Pero si cree que se lo voy a decir, la tiene clara». Pese a que el director vestía uno de sus habituales trajes, sobrios y elegantes, el nuevo peinado lo rejuvenecía.

—Veo que ya te has recompuesto —continuó Carlos—, hace unas horas estabas...

—¿Espantosa?

—No, iba a decir arrebatadoramente sexi.

La joven se quedó noqueada; era la primera vez que Carlos le decía algo agradable, por eso lo miró extrañada.

—A mí no me engañas, tú persigues algo.

—Solo lo que ya te he dicho, conocernos mejor.

—No me interesa —rezongó a la vez que elevaba el mentón y giraba la cabeza hacia Felipe—. ¿Sabes algo de Raquel?

—Ni lo sé, ni espero saberlo hasta que vuelva. Ya nos dijo que no iba a ponerse en contacto con nosotros durante toda la luna de miel. Literalmente, a mí me mandó a tomar por culo cuando le dije que iba a llamarla todas las mañanas para que me contase qué tal había pasado la noche. Y ahora que lo pienso... todavía no he cumplido sus indicaciones —contestó terminando con una fuerte carcajada a la que se le unieron Carlota y Carlos.

Carlota no le dirigió la mirada a Carlos, siguió con la mirada fija en su amigo.

—Mira que te gusta chingar —replicó la joven.

—¿Qué quieres? Me da vidilla, además, os conozco tan bien que es como un juego para mí y, encima, siempre gano.

—Pues que sepas que siempre te dejamos ganar, querido.

Felipe abrió la boca sorprendido.

—No te creo.

La joven alargó su boca en una sonrisa juguetona.

—Ahora ya no sabrás nunca si nos estamos divirtiendo a tu costa o en verdad consigues picarnos.

—¡Bruja! —exclamó Felipe sonriendo a su amiga.

—Ahí estoy de acuerdo contigo —afirmó Carlos.

Carlota lo miró con furia durante unos segundos y volvió a apartar su mirada.

—¿Vais a seguir ignorándome? —continuó Carlos.

—¿Tú has oído algo, Felipe?

—¡Oh, vamos, Carlota! A mí no me metas en tus guerras. Estoy de tu lado, como siempre, pero no pienso enemistarme con Carlos. A mí me cae bien.

—¡Vaya amigo de mierda! —exclamó Carlota.

—¡Gracias, Felipe! —lo hizo a su vez Carlos.

—Hija, no te sulfures, tengo que ganar puntos para subir en su lista.

—Te referirás a la lista de Carlota —apuntó el director.

—¡Puag! ¡No! Me refiero a tu lista de personas para compartir lecho contigo —miró a Carlota—. ¿Te parece que lo he dicho lo suficientemente fino?

La joven lo miraba con el ceño fruncido.

—¡Oh, bueno! ¿Te desilusiono ahora o prefieres que te siga el rollo? —le preguntó Carlos a Felipe con una media sonrisa.

—¡Qué pregunta más tonta! ¡Por supuesto que quiero que me sigas el rollo! ¿Y si cuela, así como quien no quiere la cosa?

Carlos se rio con fuerza. Felipe le caía bien. Era la típica persona que siempre alegraba las fiestas, el centro de las reuniones y con un humor que arrastraba a todo el mundo.

—¿Tú te quedas también en el hotel hasta que llegue la parejita de enamorados?

—No, me voy pasado mañana, así que si es una insinuación... más vale que te des prisa.

Otra carcajada salió de entre los labios de Carlos, aunque esta vez Carlota no pudo aguantarse y se unió a él.

—Por cierto, Carlota, ¿qué propones que hagamos mañana? Nos tenemos que despedir —expuso Felipe dirigiendo su mirada hacia la joven—. El otro día me dijiste que este verano todavía no habías salido a navegar, ¿qué te parece si organizamos una salida?

—¡Oh! Pues... no puedo. He quedado con mis padres para comer y tú sabes de sobra que a mi madre no se le puede decir que no cuando se empeña en tener una reunión familiar. Si quieres, puedes venirte a la comida.

—¿Con tu madre?

—No, chiquillo, si quieres le digo que se encierre en su habitación para que no te moleste.

—Entiéndeme, Carlota, a mí me encanta tu madre, pero que se pase el tiempo preguntándome cosas íntimas sobre cómo es hacer el amor entre hombres hace que hasta yo me sonroje.

—Sí, cielo, lo sé. Se pone muy pesada con eso cada vez que te ve. Mira que le he llamado la atención un millón de veces, pero dice que como no conoce a ningún otro homosexual, pues que tiene que recurrir a ti para saber esas cosas. Y de ahí no la sacas. Si te parece mejor, podemos quedar para cenar y tomar unas copas.

—¿Puedo apuntarme? —preguntó Carlos.

—¡No!

—¡Sí!

Felipe pegó su boca al oído de Carlota y le susurró:

—Vamos, cariño. Me prometiste que ibas a plantarle cara.

—¡Caray, está bien! —exclamó la joven, resignada.

—Bien hecho, guapa —afirmó Felipe.

—Y ahora me voy. He de despedir a algunos de los invitados que se van esta tarde —dijo la joven al tiempo que se levantaba.

En ese momento, una descarga eléctrica, que empezó en la muñeca de su mano, le recorrió todo su cuerpo y giró con brusquedad su cabeza hacia Carlos. El director la había agarrado por la muñeca y lo miró con atención como si fuese la primera vez que lo veía.

La sonrisa pícaro de sus finos labios que provocaba que apareciesen sus seductores hoyuelos en ambas mejillas y unas atractivas arrugas alrededor de sus ojos grises, con una nariz un poco grande y de punta ancha pero armónica con su rostro, era el marco ideal para ese nuevo look de peinado. Lástima que su estilismo de vestuario fuese tan poco diverso.

—Espera. Antes de irte tienes que decirme el segundo motivo de la lista.

Carlota lo miró de arriba abajo y arrugó su nariz como si algún olor desagradable le hubiese penetrado por ella.

—Tu forma de vestir.

—¿No te gustan mis trajes? ¡Si son la última moda! —inquirió desconcertado Carlos.

Consideraba que ella vestía muy bien y tenía muy buen gusto y no le entró en la cabeza que no apreciase la elegancia de sus trajes.

—A ver, Carlitos. Sí, tus trajes son ideales, de ultimísima moda y tal, pero ¿todos los días y a todas horas? ¡Buff! Eres muy cansino. Yo creo que cada tipo de ropa tiene su momento y hay un momento para cada tipo de vestimenta.

Y girando sobre sí misma, se marchó rauda y veloz mientras Carlos la miraba alejarse.

## Capítulo 3

*La moda se pasa de moda, el estilo jamás.*

Coco Chanel

*31 de julio de 2018*

A la mañana siguiente, a Carlota no le quedó más remedio que comenzar con su trabajo. Felipe la acompañó a recorrer todas las instalaciones que se habían dispuesto en distintas zonas del complejo hotelero para acondicionarlas para el ocio de sus huéspedes y que formaban parte del proyecto gestionado por Raquel.

El calor arrollador que hacía ese día, el último del mes de julio, hacía presagiar que tendrían un mes de agosto a gusto de los veraneantes. Al día siguiente, una marabunta de personas de todo tipo, edad y condición se iban a alojar en el hotel con la esperanza de disfrutar todo lo posible de sus días de vacaciones, y para que así fuese ellos debían tenerlo todo muy bien planificado. Todos sabían lo que se sentía cuando se invierten los ahorros y el único tiempo libre más o menos largo del que se dispone junto a la familia o amigos o solo, lo mismo daba, y lo que se había planeado con tanto cuidado resultaba un fracaso.

Era el último día que el complejo permanecería vacío de huéspedes, aunque sí que estaban los trabajadores ultimando todos los detalles para su reapertura. Debía desaparecer todo vestigio de la boda celebrada allí, así como todos los invitados.

Dante y Raquel habían decidido cerrar el hotel durante una semana para acoger a todos los familiares y amigos durante ese tiempo mientras se ultimaban todos los preparativos para que disfrutasen de sus instalaciones y de Benidorm. Raquel era de Barcelona y Dante de Madrid, por lo que la mayoría de sus invitados acudían desde esas dos ciudades.

Carlota decidió ponerse un bikini debajo del vestido ligero y de tirantes que llevaba para aprovecharse de alguna de las piscinas de las que disponía el complejo y que ese día estarían solitarias.

—Tú sabes que yo soy más de playa, Carlota —manifestó Felipe a su amiga.

—Ya, y yo también, pero es que hay que aprovechar hoy las piscinas. Están para nosotros solos. Venga, *porfi*, hazme ese favor... —concluyó con voz melosa y ojitos de cordero degollado.

—¡Está bien! Pero que conste que eres una experta manipuladora.

—¡Y tú eres divino! —exclamó a la vez que lo abrazaba y le daba un sonoro beso en la mejilla—. Aunque me parecerías «lo más» si desapareciese esa barba de pelos largos —zanjó a la vez que hacía como si se sacase un pelo de la boca con una mueca de asco.

—Manipuladora y añado que petarda —afirmó al tiempo que le daba un azote en el culo.

En ese instante sonó el móvil de Carlota.

—Hola, prima —saludó a Fanny al ver su rostro en la pantalla y aceptar la llamada.

—*Hola, cariño ¿Qué tal vais con la vuelta al curro?*

—Hemos madrugado mucho para aprovechar las horas de menos sol, así que ahora vamos a hacer una parada. *Lorenzo* aprieta ahora con tanta fuerza que hemos decidido aprovechar las piscinas antes de que vengan los veraneantes. Creo que voy a probarlas todas —respondió Carlota con voz risueña.

—*¡Ostras! ¿Me puedo apuntar?*

—Pues claro. Te esperamos en la piscina-lago, ¿vale?

—*Perfecto. En media hora estoy allí.*

\*\*\*

Felipe y Carlota estaban disfrutando de lo lindo en la piscina: se lanzaban a ella en plan *bomba* en una competición para ver quién de los dos salpicaba con mayor fuerza y distancia; recorrían la piscina en distintos estilos de natación para comprobar quién llegaba antes; se hacían aguadillas el uno al otro.

Estaban persiguiéndose alrededor de la piscina que tenía la forma de un lago artificial, rodeada de vegetación tropical, cuando por un lateral de uno de los edificios circundantes aparecieron Fanny y Carlos vestidos con una indumentaria que dejaba adivinar que iban a compartir con ellos el baño.

Estefanía, Fanny para los amigos y familiares, era de cuerpo fibroso y atleta como consecuencia del deporte que practicaba con asiduidad. Su pelo, moreno, rizado y largo, lo llevaba con una cola de caballo en ese momento.

Carlota no se dio cuenta de que llegaban hasta que, al salir de detrás de un conjunto de tres palmeras, casi tropieza con ellos por la inercia de la carrera que llevaba al huir de Felipe, que la quería tirar a la piscina.

Al principio no reconoció a Carlos al vestir con ropa informal, por lo que el estupor fue mayúsculo.

—¿Qué haces aquí?! —gritó la joven ante la sorpresa de verlo allí.

—¿Tú qué crees? A ver, utiliza las neuronas, que tú puedes —le respondió Carlos picado ante el exabrupto de Carlota.

—Qué poco te ha durado la paz. Ya ha salido a la palestra el gilipollas que llevas dentro.

El director la observó con detenimiento. Ella tenía razón. Nada más pronunciar sus palabras ofensivas, se había arrepentido. Se había pasado un huevo. Realmente la pregunta de ella era lógica teniendo en cuenta que no lo esperaba y de la relación que tenían.

—Tienes razón, Carlota. Siento haberte contestado así. ¿Me perdonas?

A la joven le pilló desprevenida esa marcha atrás por parte del joven, se quedó bloqueada y solo tuvo el coraje de afirmar con su cabeza.

—Bueno, chicos, pelillos a la mar —intervino Fanny—. Me he encontrado con él en la recepción del hotel y lo he invitado a acompañarnos, Carlota. Ahora vamos a disfrutar de este paraíso.

Las dos jóvenes se abrazaron y besaron con cariño.

—Qué bien que hayáis venido. Carlota quería hacer una competición de natación y yo ya estoy cansado, así que tomáis mi relevo —manifestó Felipe tras saludar a Fanny y Carlos.

—¡Eso! Necesito seguir soltando adrenalina —afirmó Carlota.

—¡Me apunto! —exclamó enseguida Carlos al tiempo que se quitaba el polo azulón y los pantalones cortos de sarga blancos que llevaba y se quedaba con un bañador de tipo *short* suelto de color azul marino con dibujitos de anclas.

—Yo paso —dijo Fanny—. Tengo una contractura en el hombro que me hice anoche en el gimnasio.

—¿Fuiste anoche al gimnasio? ¿No te afectó la boda? —le preguntó asombrada Carlota.

—Sí, claro que me afectó, por eso fui por la noche. Sabes que no puedo estar más de dos días sin ir.

—Bueno, entonces nada. Nos quedamos sin competición —se resignó Carlota.

—¿A caso me tienes miedo? Sabes que voy a ganarte, ¿no? —la interrogó con sorna Carlos.

La joven frunció el ceño. ¿Miedo ella? ¡Ja!

—Felipe, actúa de árbitro. Este tío se va a enterar... —confirmó Carlota a la vez que se colocaba al borde de la piscina—. Una vuelta a crol, otra a espalda y la última a mariposa, ¿te atreves? —concluyó mirando a Carlos con furia en sus ojos.

—Perfecto —concedió el joven mientras se situaba a su lado.

Felipe se colocó en un lateral para tener la mejor perspectiva del lanzamiento y silbó con fuerza simulando el pistoletazo de salida. Los dos a la vez, se zambulleron en las transparentes aguas de la piscina y bucearon hasta que salieron a la superficie para iniciar las fuertes brazadas que salpicaron agua con ímpetu.

Parecía mentira, al poder contemplar la espalda y los brazos de Carlos, que Carlota pudiese resistir el ritmo que el joven podría imponer, pero pese a todos los pronósticos, permanecían parejos brazada a brazada.

—Carlota es una grandísima nadadora, así que Carlos no lo va a tener nada fácil —reconoció Fanny.

—Yo estoy convencido de que va a ganar Carlota. Es más, si no le gana Carlos con ese cuerpo de nadador que tiene, nadie podrá hacerlo jamás. Ella practica durante todo el año en Barcelona en una piscina cubierta que hay en el barrio donde vive —confirmó Felipe.

Ya habían dado la primera vuelta y daba la impresión de que Carlos comenzaba a adelantarla, pero la joven controlaba a su adversario con rápidas miradas con el fin de no permitir que se alejase demasiado. Su especialidad era el estilo mariposa y en cuanto comenzasen esa vuelta, su arma secreta la haría alcanzarle y, hasta superarlo. Estaba convencida.

Llegó el momento de dar el último y definitivo empujón. Carlos giró sobre

sí mismo para ponerse en posición para realizar la última vuelta pocos segundos antes que Carlota, pero la joven se deslizó en su primera brazada como si fuese un taimado caimán y se impulsó con fuerza hacia delante ganando unos centímetros. La lucha era encarnizada.

Carlos no se iba a dejar ganar, no lo podía remediar; era sumamente competitivo. Antes de iniciar la competición estaba convencido de que la dejaría atrás con facilidad, por lo que se asombró sobremanera al no cumplirse su vaticinio. De reojo veía cómo la joven se acercaba a él cada vez más. Centímetro a centímetro.

Faltaban pocos metros para llegar al final de la carrera cuando, con una potente brazada, Carlota se igualó a Carlos. Felipe se acuclilló en el borde de la piscina para poder ver con mayor claridad cuál de los dos llegaba el primero. Una, dos, tres brazadas más y ambos, casi al unísono tocaron el borde de la piscina. Casi. Había un ganador y solo Felipe sabía cuál era.

—¡Ha sido fantástico! ¡Menuda lucha! —exclamó Fanny eufórica mientras aplaudía.

Las respiraciones fatigadas de los dos competidores retrasaron el momento de que emergiesen de la piscina. Estaban agotados. Con gran esfuerzo se izaron con la ayuda de Felipe que los agarró por las manos. Tanto Carlota como Carlos se dejaron caer sobre el mullido césped que rodeaba la piscina.

—¿Quién es el ganador? —logró balbucear Carlota con un tono que reflejaba el agotamiento que tenía.

—Tengo que ir al baño —contestó Felipe con guasa mientras iniciaba unos pasos para alejarse.

—¡Por favor!

—Está bien, el ganador es...

—¡Ya, Felipe!

Carlos los observaba discutir con una leve sonrisa. No las tenía todas consigo, pero, aunque perdiese, la lucha había valido la pena.

—¡¡Carlota!! —gritó el joven con alegría.

—¡Bien! —exclamó Carlota.

La joven estaba exultante de alegría. Era una victoria tan grande frente a él que se sintió capaz de vencer la prueba de paciencia que para ella era esta apuesta.

—Nadie puede ganarte, hija. Tenía la esperanza de que Carlos lo hiciese, era mi última esperanza, pero ni por esas —reconoció Felipe.

—Carlos, creo que has caído en una trampa. Nadie que conozca a Carlota se atreve a competir con ella en natación porque sabe de antemano que no tiene nada que hacer. Es una excelente nadadora.

—Enhorabuena, Carlota —le dijo Carlos a la vez que alargaba la mano para que se la estrechase.

Los dos seguían sentados, uno junto al otro, sobre el manto verde. La joven alargó el brazo para disminuir el espacio que separaba ambas manos e introdujo la suya en el hueco que dejaba la palma de Carlos y otra vez sucedió; una descarga recorrió el cuerpo de Carlota como si hubiese introducido los dedos en un enchufe.

Felipe y Fanny se acercaron a ellos y se sentaron en frente para formar un círculo entre los cuatro.

—Fanny, ¿os apuntáis a cenar esta noche Vicente y tú? —le preguntó Felipe.

—¡Ah, pues sí! Tengo que aprovechar que estáis aquí —le contestó la joven—. Y, por supuesto, también me apunto a tu cumpleaños —añadió mirando a Carlota.

—¿Va a ser tu cumpleaños? —inquirió Carlos.

—Sí, la semana que viene. El nueve de agosto —le respondió con el ceño fruncido al adivinar cuál sería su siguiente pregunta.

—¿Me puedo dar por invitado?

¡Ahí estaba! ¡Lo sabía! Estaba claro que él haría todo lo posible para que ella cumpliera con el acuerdo, así que no tuvo más remedio que resignarse.

—Date, date, pero no creas que se va a montar la gran fiesta. Será algo tranquilo, ¿eh?

—El plan que más me gusta.

—Ya...

En tan solo unos pocos segundos, la conversación se generalizó y los ojos de Carlota, sin su consentimiento, se dedicaron a recorrer el cuerpo perfecto de Carlos. Tenía el pecho ancho con grandes pectorales y la cintura estrecha. Las gotas del agua que todavía no se habían evaporado, brillaban por el reflejo del sol suspendidas en su piel morena.

Debajo de esos trajes que siempre llevaba, había un tesoro, debía admitirlo. Un tesoro que cualquier mujer desearía encontrar y ella pertenecía a ese género.

El sonido de su móvil la despertó de su minuciosa observación.

—Hola, mamá —contestó en cuanto vio el rostro de su progenitora en la pantalla, aunque en su interior bufó.

Su madre era una mujer desesperante. Era una madre amantísima y cariñosísima. Todo acabado en «ísima». Lo malo era que también tenía ese «ísima» para otro montón de rareza, entre ellas, la de mimetizarse, cada cierto tiempo, en un personaje televisivo distinto. Nunca sabía quién iba a ser la que contestase al teléfono o la que viese en persona.

—*Hola, gusiluz.*

—Mamá... —protestó Carlota.

—*Oye, cariño, que te llamo para recordarte que hoy comes en casa.*

—Lo sé.

—*Pero es que ya es la una y no sé nada de ti.*

—Enseguida voy para allá.

—*Vale, pues hazme un favor. Pasa por correos y recoge un paquete que hemos recibido. Seguro que no adivinas lo que es.*

—Pues no, mamá, no tengo ni idea. Yo no he pedido nada.

—*En eso tienes razón, gusiluz. El paquete es para mí.*

—Mamá...

—*Ya, ya. Sé que no te gusta que te llame así, pero se me escapa, hija. ¿Qué le voy a hacer?*

—Bueno, mamá, vayamos a la cuestión. ¿Cómo quieres que recoja el paquete si no tengo el resguardo?

—*¡Ah! Es cierto. Pues pasa antes por casa para recogerlo. ¡Es mi nueva bola de adivinar! ¡Necesito tenerla ya aquí!*

—¡Joder, mamá! ¿Todavía sigues con esa tontería?

—*¡Niña! ¡Nada de palabrotas y menos a tu madre! Verás cómo te va a gustar cuando te adivine todo tu futuro. Luego me lo agradecerás.*

—Bueno, mamá, dentro de nada estoy allí. Un beso.

—*Un beso, cariñito mío.*

\*\*\*

Las risas reverberaban en las paredes de piedra del pequeño restaurante en el que estaban cenando. Los cinco compartían una mesa redonda y el postre de la cena, que constaba de una fuente en la que había una selección de las

tartas que elaboraba la pastelera del restaurante, a cuál más rico.

Carlota estaba probando un trozo de tarta de zanahoria que estaba para chuparse los dedos cuando Carlos, que estaba a su lado, se inclinó hacia ella y le preguntó:

—¿Para mañana cuál es el tercer motivo de la lista? Por ahora voy dos de dos —concluyó a la vez que señalaba su camisa.

El joven había acudido a la cena con una camisa de lino blanco con unos vaqueros que le quedaban de vicio. La joven siguió con la mirada la mano de él. La nívea tela contrastaba con el moreno del brazo de Carlos y le hizo recordar su musculoso cuerpo. Unas palomillas revolotearon en el bajo vientre de la chica. «¡No! ¡Debe ser el vino!», pensó. Era imposible que se sintiese atraída por él, ¡imposible!

Se iba a enterar él lo que era una lista de persona *non grata*. Con el siguiente reto estaba convencida de que no lo iba a superar. Él no. Tan machito. Tan pedante. ¡Imposible!

—No te gusta *Outlander* —le susurró con una sonrisa burlona.

—¿Cómo? ¿Es en serio?

—Por supuesto. No me gustan los hombres insensibles que rechazan leer, o ver en este caso, un libro, una película o una serie porque es romántica. Tú me dijiste que no te gustaba *Outlander* y para mí es una grandísima serie.

—Pero... ¡si no la he visto! ¿Cómo voy a decirte eso?

—¡Ah! Tú sabrás. Me lo dijiste el día que fuimos de copas antes de casarse Raquel. Si estabas borracho no es mi culpa.

Carlos se quedó callado intentando recordar lo que le había dicho Carlota. Y sí... Le sonaba que en alguna de las discusiones que tuvieron a lo largo de esa noche, él había defendido a capa y espada la serie «Juego de tronos» y ella otra serie de la que no tenía ni idea, así que lo más seguro era que en el fragor de la batalla él habría podido decir pestes sobre esa serie, sin conocerla.

«¡Maldita sea mi estampa!», pensó el joven.

Tan solo llevaban dos días compartiendo más tiempo y sin casi broncas y había podido ver otro lado de la joven.

Seguía siendo igual de sexi... o más.

Esa noche llevaba un vestido palabra de honor ceñido al cuerpo en color rojo que quitaba el hipo a cualquiera. Se moldeaba a su figura como un guante y potenciaba las zonas de su cuerpo más sugerentes. Estaba preciosa.

Y esa mañana... cuando había acudido a la piscina tras invitarse él mismo utilizando su don de gentes para conseguir lo que quería sin que se notase y había vuelto a ver el cuerpo de Carlota casi desnudo... ¡Bufff! Por eso aceptó enseguida meterse en el agua para hacer la carrera.

Pero durante la cena había descubierto a otra Carlota a la que no había prestado atención con anterioridad. Ahora le venían secuencias de recuerdos en los que ella compartía diversión, risas y cariño con sus amigos y familiares. Verla entre sus amigos y junto a su prima, la forma en la que se trataban, lo cómplices que eran, lo que le gustaba sacar unas risas a los demás, aunque para ello tuviese que burlarse de sí misma, le reafirmó en su deseo de realizar el reto que se había propuesto.

Su necesidad por conocer su cuerpo lo mantenía en tensión sexual. Sus ojos se desviaban cada dos por tres hacia cualquier zona de su cuerpo. Le daba igual cual. Todas lo atraían. Absolutamente todas. Incluso lo que había en su interior más profundo. Esa alma que se perfilaba como una mujer potente y fuerte de espíritu.

Pero lo que más le ponía era esa forma que tenía de rebatirle. Debía ser *masoca*, porque echaba de menos sus antológicas peleas.

Carlota, pese a que se lo estaba pasando muy bien, deseaba que Carlos se ausentase un segundo para poder hablar con sus amigos sin su presencia. Lo necesitaba. Su cabeza no paraba de darle vueltas a la noche de la boda y, pese a lo a gusto que estaba, necesitaba volver a insistirles a sus amigos para ver si podían recordar algo sobre ella.

Pensamientos perversos le habían azotado la mente de vez en cuando durante toda la noche, por lo que, en el momento en que vio a Carlos llevarse a los labios la copa con Mistela que estaban tomando para acompañar a los postres, sin pensárselo dos veces, levantó su propia copa como si fuese a beber y con su codo, le dio un golpe al brazo del director y, como consecuencia, el licor se le derramó por la camisa blanca que llevaba.

Se arrepintió en el mismo momento en que lo hizo. Su brazo se había revelado y actuado por su cuenta. La lucha entre el bien y el mal que había mantenido durante toda la cena la había trastornado. Y al final, había ganado el mal.

Lo hecho, hecho estaba, así que decidió aprovechar las circunstancias.

—¡Oh, vaya! ¡Cuánto lo siento, Carlos! ¡Ha sido sin querer! —exclamó Carlota actuando como una auténtica profesional del teatro mientras agarraba su propia servilleta y la restregaba por la camisa del joven.

—Tranquila, no pasa nada. Le puede pasar a cualquiera.

—Sí, sí que pasa. Quitar las manchas de vino es casi imposible. Te aconsejo que vayas al aseo y te la quites con agua antes de que se seque.

—¿De verdad?

—Por supuesto. Hazme caso y no te arrepentirás.

El joven se levantó de su silla y se adentró en el pasillo que llevaba a los aseos.

—¡Por fin! —exclamó Carlota en cuanto desapareció.

—¡Carlota! —gritó por lo bajo Fanny—. ¿Lo has hecho aposta?

—¡Jolines, Fanny! Necesitaba hablar con vosotros y no he encontrado otra forma de quitármelo de en medio.

—Muy feo, chica, muy feo —la amonestó su amiga.

—Bueno, tampoco es para tanto. Por favor, necesito que me ayudéis. En serio, estoy desesperada. Tenéis que recordar algo sobre lo que yo hice después del baño en la piscina.

—¿Sigues con eso?

—¡Sí! Es que no os he contado lo que pasó ayer—confesó Carlota mirando a Vicente y Fanny.

De forma rápida y somera, la joven les relató la forma en la que se había despertado y la conversación que tuvo después con Carlos. Estaba culminando las últimas palabras cuando apareció el director por el pasillo y se dirigió a su silla.

—Necesito que me ayudéis a recordar, por favor —consiguió susurrar Carlota con voz desesperada antes de que llegase.

La cara de Fanny era todo un poema. Su fisonomía atlética y su rostro moreno de facciones muy marcadas no dejaban entrever lo romántica y cariñosa que era hasta que alguien tocaba a uno de los suyos. Entonces se volvía una fiera leona, protectora de sus seres queridos.

En cuanto Carlos se sentó en la silla y con una sonrisa pacífica los miró para seguir conversando con ellos, Fanny se revolvió en su asiento y lo encaró.

Carlota, que la conocía, puso su cuerpo entre los dos y dándole la espalda a Carlos, se giró hacia su amiga que estaba sentada al otro lado de ella y le hizo

un gesto con su mano sobre los labios de ella en señal de silencio.

—Shhhh. Tranquila, leona, que te conozco. Déjame que luche yo sola esta guerra, que, en el fondo, me estoy divirtiendo. Te juro que, si te necesito, te aviso —le susurró—. Hazlo por mí, por favor —insistió al ver que el rostro de Fanny no se relajaba.

—¡Buffff! ¡Está bien, Carlota!, pero hasta que no me des vía libre, prefiero no cruzármelo, así que, antes de meter la pata, me largo. ¡Vamos a hacer un «simpa[1]»!

La joven según terminó, sin más, cogió de la mano a Vicente que hablaba con Felipe y Carlos y sin mirar a nadie, se agachó para acercar su boca al oído de su marido.

—No preguntes, no digas nada, solo sígueme. Por favor, levántate y sígueme, luego te explico.

Y sin más, arrastró a su marido hacia la salida del restaurante con una mueca furiosa en el rostro. No giró su cabeza hacia el resto de comensales, ni dijo una sola palabra en voz alta. Simplemente se marchó sin más con Vicente siguiéndole los pasos con cara de desconcierto.

Carlos y Felipe miraron sorprendidos cómo desaparecían de su vista con premura y sin despedirse ni nada. Sus rostros eran realmente cómicos y Carlota no pudo evitar que unas estridentes carcajadas saliesen de su garganta.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Felipe con voz que dejaba traslucir lo descolocado que se había quedado.

—Nada, nada, que les ha surgido una urgencia... —Guiñó un ojo con una sonrisa pícara en sus labios—. Ya me entendéis... todavía están, como aquel que dice, en la luna de miel.

Y los dos jóvenes se echaron a reír. Había conseguido engañarlos.

## Capítulo 4

*Toda mi vida he conocido hombres como tú y  
toda mi vida los he hecho morder el polvo.*  
Juego de Tronos

*1 de agosto de 2018*

Las horas pasaban inexorables y Carlota no dejaba de estar intranquila pese a que, al ser el primer día que volvía a estar abierto el hotel, el control de las actividades de ocio la había mantenido muy ocupada y que, por supuesto, en mayor medida, el director del hotel estaría desbordado de trabajo.

Aun así, pensaba que, en cualquier momento, al girar una esquina, o al abrir una puerta, se iba a topar con Carlos. Parecía extraño, pero ya era media tarde y todavía no lo había visto por ningún rincón.

Quizás se había dado por vencido. Estaba claro que esta vez le había pedido demasiado. No era lo mismo un cambio estético que una serie romántica, sobre todo para un hombre. Como si ellos no tuvieran sentimientos, que al fin y al cabo era de lo que se trataba.

Ella estaba convencida de que sí que los tenían, aunque algunos se empeñasen en no demostrarlo como si todavía escuchasen en sus oídos la retahíla de consejos que se daban en un pasado: los chicos no lloran, los hombres son fuertes, ser romántico es de chicas...

Para Carlota esas tonterías estaban pasadas de moda y pensaba que la fortaleza combinaba muy bien con la ternura y el romanticismo. ¿Por qué no lograba encontrar a alguien así que la complementase? Sus amigas lo habían logrado, ¿por qué ella no? ¿Quizás el problema estribaba en ella? ¿Los asustaba?

Iba de retirada a su chalet para descansar mientras leía un par de horas antes de cenar cuando se dio de bruces con Carlos. El joven le salió de improvisto

por debajo de un sauce llorón.

—Te estaba buscando —dijo el director en cuanto se topó con ella.

—Buenas tarde, Carlos, ¿qué tal el día? Yo bien, gracias, agobiado, pero todo ha salido de fábula. Muy productivo —saludó Carlota con recochineo.

—Calla, calla, no me hables. ¡Menudo día llevo! —exclamó el joven con el ceño fruncido.

—¿Y tú pretendes que yo termine de fastidiártelo o lo que quieres es fastidiármelo a mí?

—No, no. Ven conmigo, tengo algo que enseñarte.

Carlota se plantó frente a él y no se movió al ver algo extraño en su rostro.

—Carlos... ¿has llorado? —inquirió dubitativa.

—¡Bufff! ¡No sabes cuánto!

—Pero... ¿qué ha pasado? Me estás poniendo nerviosa. ¿Has tenido algún problema con los clientes?

—Nada, mujer, ¡qué va! El hotel va como la seda, para eso tengo un equipo que lo maneja todo a la perfección. Ese también es mi cometido, preparar el camino para el director que vaya a manejar el hotel, en este caso, nuestro amigo Darío que en breve tomará posesión de su puesto.

Carlos se ocupaba de dirigir los hoteles que compraba la empresa familiar de Dante, su amigo y jefe, y que necesitaban una regeneración más profunda. Después, cuando terminaba su trabajo, otro fichaje de la familia Martín, dueños de una gran cadena de hoteles, los RV, ocupaba el puesto y Carlos volvía a ser destinado a lo que para él era una nueva aventura.

—Ven conmigo y te lo cuento —insistió Carlos cogiendo su mano y arrastrándola hasta llegar a su propio chalet.

El joven no la soltó ni dijo una sola palabra pese a que ella, durante todo el camino, no dejaba de preguntarle qué era lo que pasaba.

—¡Joder, Carlota! —se quejó Carlos en cuanto llegaron al pequeño salón del chalet—. ¿Quieres hacer el favor de sentarte en el sofá y dejar de preguntar? Enseguida lo sabrás. Un segundo de paciencia, no te pido más.

Carlota, por una vez, dejó las protestas para más adelante porque estaba verdaderamente intrigada. ¿Qué había hecho llorar a Carlos? ¿Por qué estaban en su chalet? Observó a su alrededor y allí no vio nada que le diese una pista.

Mientras tanto, Carlos se había sentado junto a ella y tomando el mando del televisor lo encendió y le dio al botón del *play*.

La joven estaba mirando a través de las puertas correderas la amplia terraza que había en el exterior cuando empezó a escuchar la conocida sintonía popular de Escocia del siglo XVIII que cuenta la huida del príncipe Carlos Eduardo Estuardo a la isla de Skye tras la Batalla de Culloden en 1746 y que daba pie al comienzo de un capítulo de la serie *Outlander*.

*Sing me a song of a lass that is gone  
Say, could that lass be I?  
Merry of soul, she sailed on a day  
over the sea to Skye.*[2]

Carlota volteó la cabeza enseguida hacia la pantalla y abrió los ojos desmesuradamente. Cuando acabó la canción, escuchó: *Outlander*... y comenzaron las imágenes del capítulo que Carlos había iniciado. Ella las reconoció enseguida: se trataba del resumen del último capítulo de la tercera temporada, cuando Jamie y Claire sufren un naufragio y se despiertan en tierras americanas. A continuación, desconcertada, vio unos hombres vestidos con pieles amontonando piedras y aparecer un rótulo que ponía: *Norte América, 2000 a.C.* con una voz femenina en *off* que le resultaba conocida...

—Pero... —Giró su mirada hacia Carlos y hacia la tele de forma alternativa hasta que se quedó fija en la pantalla en cuanto vio aparecer un primer plano de una horca, al fondo una calle llena de gente vestida con trajes de época y un rótulo que decía: *Carolina del Norte, 1767* y enseguida, el rostro inconfundible de Jamie Fraser — ¡¿E... esto es... la cuarta temporada?!

—Pues sí.

—Pero, ¡eso es imposible! ¡No sale hasta el cuatro de noviembre, dentro de tres meses! ¡Si lo sabré yo que la estoy esperando con ansia!

—Pues ponte cómoda, porque tienes para un rato. Son trece capítulos.

—Espera, espera, ¡páralo, por favor! ¡Dame un segundo!

El joven obedeció y paró las imágenes con el mando.

Carlota se giró hacia él expresando con su rostro y todo el cuerpo todas las sensaciones que estaba sintiendo: estupor, gratitud, deseo (lástima que era por ver la serie y no por él).

—No sale en España hasta dentro de tres meses, ¿cómo es posible que la tengas tú?

—Tengo mis contactos... Y hasta ahí puedo leer porque el amigo que me la

ha facilitado se juega su trabajo y su prestigio.

—Bien, vale, eso lo acepto. Pero... ¿vas a verla conmigo?

—¿De qué te crees que tengo los ojos de haber llorado como una Magdalena? Me he tragado las tres temporadas anteriores de un tirón, así que ahora estoy deseando ver la cuarta.

—¿Las has visto todas? —preguntó asombrada.

—Te lo acabo de decir, Doña Preguntona.

Carlota estuvo a punto de fruncir el ceño ante ese apelativo, pero las ganas tan solo le duraron un segundo. ¡Iba a ver la cuarta temporada de *Outlander* antes que nadie!

—Vale, ¿y qué te ha parecido?

—¿Quieres la verdad?

—¡No! ¡Quiero que me mientas! ¡Amos anda! Menuda preguntita, Don Listillo.

—Pues verás, me está gustando muchísimo, pero creo que te has equivocado: no es una serie romántica, es histórica.

—¡Y una leche! A ver si añado algo de cultura a esa cabecita: Diana Gabaldon, que es la autora de las novelas en las que se basa la serie, es una escritora estadounidense y con su primer libro de *Outlander*, o Forastera en español, recibió en 1991, el premio RITA al Mejor Romance del Año. ¿Has escuchado bien?: Ro-man-ce —puntualizó marcando las sílabas—. Si bien es cierto que en su trama se mezclan varios estilos como pueden ser la ficción histórica, el misterio, la aventura y los viajes en el tiempo, la saga es de género romántico porque toda esa trama gira en torno al amor entre Jaime y Claire. Por si no lo sabes, el género romántico tiene un montón de subgéneros que abarcan todos esos que te he nombrado y muchos más, como la comedia romántica, la romántica paranormal, acción y aventuras... bueno, un montón. ¿Entendido?

—Vale, bueno, lo que tú digas, pero ¿podemos verla ya?

—No.

—¿No? —preguntó extrañado.

—Pues no. Para mí es imprescindible verla con palomitas y a oscuras, como si estuviese en el cine.

—Pero... —Carlos no sabía cómo actuar. Lo había dejado patidifuso—. Y, entonces... ¿qué hacemos?

—Te has quedado un poco alelado, ¿no? Dirás, ¿qué vas a hacer tú?

—¿Yo?

—¡Pues claro! ¡Ya estás tardando en conseguir un buen cubo de palomitas!

—¡Joder, Carlota!

—Lo dicho, aquí no ve nadie la serie hasta que no haya palomitas.

Carlos estaba a punto de estallar. ¡Ahora tenía que ir en busca de...! Si no fuese por lo que pretendía, le cantarían las cuarenta a esa caprichosa, pero si él le había pedido una tregua, no era plan de que la rompiera él.

—¡Está bien, ya voy! —exclamó resignado a la vez que se levantaba del sofá y se dirigía hacia la puerta del chalet.

Mientras, Carlota le echó un vistazo al joven. Seguía llevando el pelo sin engominar y su culito se moldeaba enfundado en unos vaqueros negros de algodón elástico además de que su espalda parecía amplificadas al estar ceñida por una camiseta de color gris. Rico, rico.

—Oye, Carlos —lo llamó cuando el director ya tenía el pomo entre sus manos y, en cuanto se giró con una mirada interrogativa, le dijo—: es broma.

El joven soltó el pomo y desconcertado, se dio la vuelta por completo.

—¿El qué?

Carlota se levantó con presteza al tiempo que soltaba una fuerte carcajada al ver cómo su rostro reflejaba una gran confusión.

—¡Pareces tonto! ¡Ah, no, si lo eres! Pues hombre, lo de las palomitas. Ven para acá, anda, que estoy loca por empezar a ver la serie.

El joven se transformó, su cuerpo se puso rígido y el gesto de su rostro tomó tintes siniestros. En dos zancadas se puso frente a ella y la joven huyó con el pánico dibujado en su faz.

—¡No! ¡Espera, era una broma! —gritó a la vez que hacía aspavientos con los brazos y rodeaba la mesa del comedor—. ¡Todo era de coña! ¡Socorrooooo!

Carlos la perseguía con lentitud, a paso lento pero largo, con un andar felino y el cuerpo lo movía como si danzase con sensualidad. Daban vueltas a la mesa hacia un lado y hacia otro, amagaban con la intención de engañar, hasta que, por fin, con un cambio brusco, el joven logró agarrarla, le rodeó la cintura con los brazos y con ella aprisionada contra su cuerpo, giró con brusquedad, se dirigió hasta el sofá y se dejó caer en él al tiempo que cogía el mando y le daba al *play*, con ella sobre sus rodillas.

—¡Quita, quita, bicho! —protestaba Carlota mientras intentaba liberarse del amarre.

Carlos la agarró con las dos manos en la cintura, la levantó en vilo y la depositó a su lado, en el sofá.

Había hecho mal. Al sentirla primero entre sus brazos y luego sobre él, el cuerpo se le había encendido como si fuese una hoguera rociada de gasolina a la que se le acababa de echar un fósforo incandescente.

—Mejor será que empecemos a ver la serie o no respondo de mí mismo —murmuró Carlos con la voz enronquecida.

—Tranquilo, ya respondo yo por los dos —aseguró Carlota.

Pero no era cierto. Acababa de mentir como una bellaca. Cruzó los brazos sobre el pecho como si fuese un movimiento sin más, pero no lo era. Sus pezones se habían puesto duros y temía que traspasasen la fina tela de la blusa que llevaba.

A los dos les costó concentrarse en el capítulo que transcurría en la pantalla.

Ni una sola palabra sonó en el salón durante los dos primeros capítulos hasta que, al término del segundo, Carlos decidió pedir algo para cenar.

—Si me disculpas un momento, pido algo al restaurante para comer los dos, ¿te parece bien?

—Perfecto —contestó Carlota.

—¿Qué te apetece?

—Yo me conformo con cualquier cosa. Me gusta todo. Elige tú, por favor. ¡Ah! Y pide palomitas también —concluyó con una sonrisa picarona.

La joven ya se había relajado y el momento de tensión ya había pasado. Él la miró y una amplia sonrisa se dibujó en su boca. Tenía que reconocer que esa sonrisa le sentaba muy bien a Carlos, hasta parecía menos gilipollas.

Él caminaba por el salón mientras pedía la comanda.

—Sí, eso es, nada de picante, como siempre. Ya sabes que no lo tolero —decía el director a través de su móvil.

Carlota tomó nota mental de la aversión de Carlos hacia la comida picante. «Quizás me sirva para algo», pensó de forma maquiavélica.

El resto de la conversación no la oyó porque salió a la terraza y se alejó hasta la barandilla, aunque regresó prácticamente enseguida con la conversación ya finalizada.

—Estará aquí en nada. He pedido que nos traigan unos montaditos y unas tapas variadas, ¿te gustan?

—Me encantan. Has dado en el clavo.

—Oye, mientras tanto, ¿me dices cual es el siguiente motivo de tu lista?

Espero disfrutar de él como lo estoy haciendo con este —reconoció Carlos con una sonrisa guasona.

—Pues no creo, para las personas que tienen antipatía hacia la playa, ir allí es como subir al cadalso.

—¿La playa? Yo nunca he dicho que no me guste.

—Dijiste que preferías el invierno al verano.

—¡Ah, bueno! Eso es otra cosa. Sí, lo prefiero, pero también disfruto en la playa. Mañana te lo demuestro. Prepárate para pasar el día en la playa de Poniente.

—Lo que tú digas...

Ya eran las cuatro de la madrugada y seguían con el maratón de capítulos de la serie *Outlander*. A Carlota se le fue la vista hacia su derecha para mirar a Carlos de reojo al contemplar una de las ardientes escenas de amor de la serie, aunque enseguida volvió a concentrarse en la pantalla, pero algo le rumiaba en la cabeza. Miró de nuevo de reojo al joven, esta vez con más detenimiento hasta que se decidió a girar la cabeza. Para asombro suyo, Carlos tenía la cabeza recostada en el respaldo del sofá y los ojos cerrados. Se había dormido. Apagó la tele para que no avanzase el capítulo.

Pobre. Por lo que le había contado, aunque su equipo había funcionado a tope, durante buena parte del día tuvo que resolver multitud de problemillas de poca importancia. Durante la comida le había confesado que la mayoría de los capítulos de las tres temporadas anteriores de *Outlander* los estuvo viendo la noche anterior, por lo que debía estar muy cansado.

Lo oyó respirar con fuerza hasta soltar algún que otro ronquido mientras le escrutaba el rostro con parsimonia. Guapo era un rato y para ella estaba siendo un placer poder recrearse en esas facciones masculinas tan aparentemente duras, pero que ahora, relajadas, tomaban una dimensión distinta, más desamparadas, solitarias e, incluso, de desolación.

Algo había en su vida que no dejaba aflorar a la superficie. Carlota acababa de tomar conciencia de ello y casi se deja llevar por lo que observaba de él ahora que estaba sin careta.

Pero no. Carlos la tenía coaccionada y no debía tener esos sentimientos hacia él.

De repente, tuvo una idea y una sonrisa taimada se perfiló en sus labios.

Acercó su boca al oído del director y susurró con voz dulce y melodiosa:

—Carlos, ¿qué pasó la noche de la boda de Dante con Carlota?

El joven ni se inmutó y ella repitió de nuevo la pregunta. Esta vez sí que provocó una leve respuesta por parte del cuerpo de Carlos: su cabeza se movió levemente de un lado a otro y agitó su pecho con una sonora respiración.

En cuanto se calmó, Carlota volvió a susurrarle la pregunta y de inmediato vio moverse los labios de Carlos por lo que acercó su boca a ellos.

—Pasión... sexo a tope... me ama... —murmuró el joven casi sin mover los labios.

O eso creyó entenderle.

Con los ojos desorbitados apartó su cabeza y lo miró escandalizada. ¡Él creía que lo amaba! ¿De verdad habían tenido sexo ellos dos? ¿Pasión? ¿Con él? Muchas preguntas se apretujaron en su mente como si se empujasen la una a la otra en un intento de emerger a la superficie la primera.

Volvió a acomodarse frente a la televisión con la mirada fija en la pantalla... y una sonrisa burlona estiró los labios de Carlos.

Pero el joven no contó con el reflejo de sus imágenes en el negruzco de la pantalla y, de pronto, un cojín del sofá le golpeó en la cara.

—¡Eres un mentiroso sinvergüenza! —gritó la joven a la vez que se ponía de pie y le lanzaba uno tras otro todos los cojines que reposaban en el sofá y que hasta ahora le había servido para acomodarse lo mejor posible.

Carlos hacía aspavientos con los brazos para alejar los cojines de su cuerpo mientras reía a carcajadas.

—¡Era broma!

## Capítulo 5

*Escaparme y sentarse tranquilamente  
en la playa, esa es mi idea del paraíso.*

Emilia Wickstead

*2 de agosto de 2018*

Después de dejar todo listo en el hotel, Carlos se acercó hasta la cocina donde le habían preparado una bolsa con comida para llevársela, después pasó por su cuarto para cambiar su habitual traje por unos pantalones cortos y un polo además del bañador y se dirigió hasta el chalet de Carlota. En cuanto tocó a su puerta, la joven abrió y salió de inmediato, como si ya lo estuviese esperando un buen rato y se encontrase impaciente.

Llevaba un pareo con un dibujo abstracto de colores pasteles enrollado en su cuerpo y unas sandalias con tiras rojas y tacón de cuña de esparto. De su hombro colgaba un bolso también de esparto y unas grandísimas gafas le cubrían media cara.

—¡Ya era hora! Vamos deprisa o no pillaremos ni un centímetro cuadrado de arena —lo instigó mientras lo agarraba del brazo y estiraba de él.

En efecto, cuando llegaron a la dorada arena que caracteriza las playas de Benidorm, un manto de cuerpos humanos la cubría casi en su totalidad, pero la gran experiencia en estas lides de la joven sirvió para que, zigzagueando entre las toallas estiradas, las sombrillas, los juguetes playeros, las personas y cualquier artilugio imaginable y susceptible de ser introducido en un coche, lograrse encontrar un hueco lo suficientemente grande como para extender las dos toallas. Justo, justo, pero cabían y aún sobraba una pequeña franja de arena entre ellos y sus vecinos.

De inmediato, Carlota deshizo el nudo que mantenía el pareo ajustado a ella y un cuerpo de escándalo se quedó casi desnudo frente a Carlos. Ya la había visto con la carencia de ropa, pero el color dorado de su piel tomó vida con los reflejos del sol y el contraste con su minúsculo bikini amarillo canario. Su mirada la recorrió de arriba abajo con lentitud. Era un placer hacer ese recorrido, un verdadero placer...

—¿Qué quieres hacer primero? ¿Nos bañamos o tomamos el sol?

—Eh... No, no. Mejor nos sentamos un rato. —E hizo lo que dijo.

—¿Así? ¿Vestido? ¿No piensas quitarte la ropa?

No era el momento de quedarse tan solo con el bañador, cualquiera percibiría el aumento exagerado de su miembro. Estaba seguro.

Carlota se sentó junto a él, en su propia toalla y rebuscó en su bolso.

—Ahora me la quito, tranquila. Ya veo que ardes en deseos por verme sin ella.

—Don Pedante, despierta de tus sueños —replicó la joven al tiempo que extraía un bote de protector solar.

Comenzó a restregarse la crema por las piernas, luego los brazos, el cuerpo y culminó en el rostro. Mientras tanto, Carlos se había quitado la ropa y cuando Carlota le pasó el bote, se quedó con él en la mano sin saber por qué.

—¿Me vas a poner crema en la espalda hoy o lo dejamos para mañana?

¡Lo que le faltaba! Tocar esa piel bruñida no era el remedio perfecto para su ardor interior.

La extendió con mucha suavidad para tocarla lo menos posible y en cuanto acabó, giró su cuerpo y se tumbó en la toalla boca abajo. Carlota lo imitó, cruzó los brazos bajo su cara y apoyó su cabeza sobre ellos.

Después de la maratón de capítulos de la serie *Outlander* de la noche anterior, Carlota había reflexionado y no podía dejar de sentirse agradecida por compartir con ella esa gran ocasión. Así que había decidido ser un poco condescendiente y darles el día libre a las puyas dirigidas hacia él.

—¡Qué gusto! Me encanta pasar el tiempo bajo el sol, darme un baño, volver a torrarme... Así sucesivamente. Por cierto, deberías ponerte crema protectora, si no te vas a quemar.

—No creas, tengo la piel muy curtida.

—Aun así, no deberías confiarte.

—¡Ey! ¡Con cuidado! —gritó Carlos a la vez que giraba su torso para protestar al recibir una lluvia de arena levantada por los pasos descuidados de

un joven.

La espalda de Carlos se había cubierto de una fina capa de granos de arena. Carlota, entre risas, alargó el brazo y pasó su mano sobre ella para quitársela.

—Pues sí que eres delicado —dijo Carlota con sorna.

—La arena me da tiricia —gruñó.

Disgustado, volvió a girarse y se sentó en la toalla, pero en cuanto se acomodó, recibió un golpe en la cabeza con una pelota.

—¡Ay! —gritó llevándose las manos a la cabeza.

Un niño acudió trotando a recogerla y salió corriendo antes de que le diese tiempo a reaccionar.

—Teo, ¿qué se dice? —oyó que decía un hombre que se encontraba a pocos metros de él y junto al que acudió el niño—. Venga, sé educado, ¿qué se dice?

El niño, de unos ocho o nueve años, escondió el rostro entre los abdominales del hombre.

—No te preocupes, no pasa nada. —Oyó que decía Carlota.

La miró y lo que vio no le gustó. Observaba al hombre, que debía rondar su propia edad, unos treinta y cuatro o treinta y cinco años, con una inmensa sonrisa.

—Disculpad a mi sobrino, es algo tímido —se excusó mirando a Carlota mientras le devolvía la sonrisa.

—Está en la edad. No hay que darle mayor importancia, podría pasarle a cualquiera. Mi amigo tiene la cabeza muy dura, ¿verdad, Carlos?

El director se levantó con brusquedad y le tendió la mano.

—Sí, sí, no pasa nada —aseguró con voz no muy convincente—. ¿Nos metemos en el agua?

Carlota lo miró desconcertada, pero le agarró la mano y se impulsó hacia arriba para levantarse. El moño que llevaba en lo alto de la cabeza se había aflojado un poco y unas cuantas greñas se le desprendieron de él. Estaba bellísima, con un rostro exento de toda impureza, con la piel más lisa que había visto en su vida. El azul profundo de sus ojos brillaba más que nunca y su color era tan vivo como los colores de un papagayo.

—Sí, claro, vamos —miró al tío del niño—. Nos vemos...

—Hasta luego —le respondió.

Carlos no le soltó la mano pese a que ella había abierto la suya. Juntos recorrieron los pocos metros que les faltaban para adentrar sus pies en las

cálidas aguas del Mediterráneo, aunque, pese a ello, el contraste con sus pieles calientes, provocó que la notaran fría.

—El primero que se zambulla, gana —gritó Carlota a la vez que se soltaba de la mano de un tirón y echaba a correr elevando las piernas lo suficiente para evitar la resistencia del agua e ir más deprisa.

Pocas milésimas de segundo le costó a Carlos reaccionar y seguirla, pero por mucho que se concentró en alcanzarla, no pudo evitar que viese cómo ella se lanzaba al fondo del mar. Enseguida la imitó y la persiguió, alejándose los dos de la orilla.

Con brazadas fuertes y precisas, Carlota avanzaba sin descanso. Le encantaba nadar en la playa. Era una sensación muy distinta a la piscina.

Cuando era niña, sus padres la llevaban a la playa todos los fines de semana del verano, que en Benidorm dura desde mayo hasta octubre aproximadamente, además de los días de vacaciones que tenía su padre en la empresa en la que trabajaba. Siempre decía que vivía en el Edén y no necesitaba visitar ninguna otra parte del planeta porque no podría encontrar nada mejor que el paraíso.

Así que se encontraba muy familiarizada con el medio acuático y pocas cosas le hacían disfrutar más que nadar mar adentro o a lo largo del litoral, dependiendo de las corrientes marítimas y de las banderas que ondeasen en la playa.

Ese día la bandera era verde, el agua estaba en calma, casi sin oleajes y no había corrientes marítimas; el sol caía con fuerza en un cielo completamente despejado de nubes, por lo que en esos momentos era inmensamente feliz y la libertad la inundaba como si fluyese junto con el agua que la envolvía.

Cuando ya consideró que había profundizado lo suficiente, se paró y flotó en el agua girando la vista alrededor. Ni siquiera se acordaba de Carlos, de lo absorta que estaba al disfrutar de su lugar preferido.

El horizonte brillaba de forma descomunal. El juego de luces parpadeantes plateadas, reflejo del sol en las pulidas aguas, le deslumbraba y tuvo que entrecerrar los ojos para poder verlas con mayor o menor claridad.

Le costó desprender su mirada de allí.

Cuando lo consiguió, giró hacia la orilla y de inmediato vio el cuerpo de un hombre con un brazo levantado. De pronto desapareció en el agua y volvió a emerger al poco tiempo. Su mente trabajó con celeridad: alguien parecía ahogarse. No se lo pensó más. Sus brazos reaccionaron con prontitud y se

lanzó para sumergirse en el agua, iniciando la acción con una fuerte patada de delfín y buceó con movimientos ondulantes para alcanzar mayor rapidez. Después se elevó a la superficie y continuó con sus fuertes brazadas.

Parecía que pasaban horas, pero en unos pocos segundos llegó junto al hombre que en ese momento comenzaba a hundirse de nuevo y lo agarró por debajo de los brazos para izarlo a la superficie. Lo acomodó sobre su pecho e intentó calmarlo para que dejase de agitarse.

—Tranquilo, tranquilo, ya te tengo. No va a pasar nada.

—¡Carlota, ¿eres tú?! —oyó que exclamaba una voz conocida.

—¡Carlos! Dime, ¿qué te pasa?

—Me ha dado un tirón en la pierna y no puedo moverla, se me ha quedado rígida y tengo un dolor insoportable —explicó el joven con voz trémula.

Le dio una fuerte tos con la que provocó que expulsara el agua que había tragado.

—Bien. Vamos a hacer una cosa. Tranquilízate. Yo ya te tengo y no va a pasarte nada. Por favor, deja el cuerpo muerto, no te muevas —le indicó Carlota con voz firme.

—Lo intentaré.

—No, no quiero que lo intentes, quiero que lo hagas. ¿Sabes hacerte el muerto sobre el agua?

—Sí, sí.

—Perfecto. Pues eso es lo que quiero que hagas. Venga, relájate.

Poco a poco, Carlos se fue calmando y logró hacer caso a lo que le pedía Carlota. Se sentía agotado por la tensión pasada al no poder evitar hundirse por mucho que luchaba, pero debía sosegar para recuperar sus fuerzas.

—Respira con lentitud, Carlos, relájate. Venga, tú puedes. Yo te estoy sosteniendo, solo necesito que estés calmado para poder arrastrarte hacia fuera.

—Ya, Carlota, ya estoy.

El cuerpo de Carlos estaba casi horizontal, sumergido un poco en el agua, todo menos la cabeza que permanecía en el pecho de Carlota.

—Voy a empezar a llevarte ya, Carlos. Poco a poco, ¿vale?

—Sí, vale. Ya se me está pasando la rampa, creo que dentro de poco podré nadar yo.

—No, no quiero que te muevas hasta que llegemos a una zona donde hagas pie, ¿entendido?

—Pero...

—O me haces caso o te suelto, o mejor te hundo yo, mira tú por dónde. Así me libraría de ti.

—Vale, vale. Tú mandas.

—Así me gusta.

Mientras hablaban, la joven había comenzado a dar pequeñas brazadas con un brazo mientras el otro lo mantenía por debajo de la axila de Carlos y cruzado por encima de su pecho para sostenerlo. Agitaba sus fuertes y largas piernas con movimientos precisos para avanzar de forma lenta pero segura.

Carlota se sentía un poco agotada, pero sabía que no podía flaquear por lo que no le dedicó ningún pensamiento a su cansancio, sino que se concentró en esforzarse al máximo.

En cuanto notó con las puntas de los pies la arena del fondo, se paró.

—¿Cómo estás, Carlos? ¿Y la rampa?

—Creo que ya se me ha pasado del todo. Solo siento algo de dolor.

—¿Te atreves a intentar ponerte de pie? Yo ya toco la arena.

—Sí, claro.

—Lentamente, por favor. Con mucha lentitud. Primero agárrate a mi cintura y luego baja las piernas y tatea el suelo.

El joven hizo lo que le indicó Carlota. En cuanto puso la planta de los pies en el suelo, la joven lo soltó y él terminó de afianzarse sobre la mullida arena.

—Gracias, Carlota. Un millón de gracias —dijo con voz trémula.

—No se merecen. Ahora vamos a caminar despacio, ¿vale? No tenemos prisa. Yo también estoy agotada, así que mejor que no hagamos más esfuerzos de los necesarios.

Carlos se acopló a los pasos que daba Carlota hasta que llegaron a las toallas y se derrumbaron sobre ellas. Nadie se había dado cuenta del problema que habían tenido. La playa estaba tan abarrotada que no se veía más allá de la amplia franja de bañistas donde había sucedido todo. Además, como la joven había reaccionado con prontitud, todo había ocurrido en unos breves minutos.

—¿Necesitas algo? ¿Quieres que te traiga algo del chiringuito? —le preguntó Carlota preocupada.

—La verdad es que me gustaría beber algo, aunque fuese un refresco, para quitarme el sabor salado. Espera —le dijo a la joven al ver que rebuscaba en su bolso—, llévate mi cartera.

El joven alargó el brazo para extraerla del bolsillo del pantalón, donde la había dejado, pero no la encontró. Se puso de rodillas con esfuerzo para buscar mejor, pero por mucho que aparto y volvió a apartar toda la ropa, repasó un montón de veces los bolsillos y miró a su alrededor, incluso debajo de la toalla, no la encontró.

Mientras tanto, Carlota hacía lo propio en su bolso: ¡no encontraba su monedero! Sacó todo del bolso, rebuscó entre todo lo que llevaba, lo volvió a introducir todo en él cosa por cosa. Y nada.

Ambos se miraron a la vez.

—¡Nos han robado! —exclamaron al unísono.

—¡Vámonos! —continuó Carlos.

Y sin decir ni una sola palabra más, recogieron cada uno lo suyo y se marcharon. Durante el breve trayecto en coche, el director le dijo:

—Creo que voy a descansar metido en la cama lo que queda de día. Estoy como si hubiese escalado el Everest. Si no te importa, claro.

—Por supuesto que no. Yo voy a hacer lo mismo.

—¡Ah! ¡Bien! Me gustará tenerte de compañía.

—¡No, bobo! Yo en mi camita y tú en la tuya.

—¡Lástima!

Carlota giró su cabeza para dedicarle una sonrisa.

Era la primera vez que ella le sonreía ante una broma de ese tipo. Siempre se cabreaba ante cualquier burla que viniese de él. Eso era un gran paso, sí señor.

—Carlota, muchísimas gracias por salvarme, de verdad. Siempre te estaré agradecido. Te has comportado de una manera muy profesional, como si fueses una experta socorrista. Me has calmado y has procedido de forma firme y decidida, sin perder los nervios y como consecuencia de eso estamos los dos aquí en este momento. Insisto: muchas gracias, de verdad.

—No se merecen; cualquiera hubiese hecho lo mismo. Además, esto me da un plus: ahora me debes la vida, Don Casi-cadáver.

Ambos prorrumpieron en carcajadas.

—Por cierto, tienes que decirme el siguiente motivo de tu lista —le pidió el joven.

—¿No desistes después del día de hoy? Te informo de que has fracasado con el día de playa. No podría haber salido peor. Has tenido de todo —le recordó Carlota entre risas—: arena molesta, pelotazo en la cabeza,

ahogamiento y robo. Un completo, chico.

—De eso nada. Retomaré este reto en otro momento, cuando se me haya olvidado el día de hoy. Ahora dime otro —insistió el director.

—Está bien. No me gusta que seas un forofo del fútbol —confesó Carlota.

—¿Yo forofo del fútbol? ¿Qué te hace pensar eso? —inquirió extrañado.

—¡Hombre, no me lo niegues! El día que Raquel os oyó la apuesta que TU orquestaste sobre ella, estabais tú, Dante y Darío viendo un partido de fútbol en la cafetería del hotel —renegó disgustada al recordar ese hecho.

Por culpa de la apuesta que hizo Carlos con Dante, Raquel había intentado mantenerse alejada de su amor. Menos mal que fue un malentendido y todo acabó bien.

—Pues no, Doña Listilla. Te ha fallado tu vaticinio. A mí no me gusta nada el fútbol, pero acudo a verlo con mis amigos para tomarme una cervecita con ellos, así que la quinta razón ya esta está superada. ¡Siguiente!

Carlota se había girado en su asiento para observarlo mientras hablaban y vio la sonrisa triunfadora del director.

—Está bien. Te lo admito como animal de compañía.

—Nada, nada. Que el fútbol no me gusta es un hecho. No hay debate.

—Vale, pues el siguiente motivo por el cual no me gustas... —dijo deteniéndose en cada letra para que la entendiese muy bien— es porque no te gusta la naturaleza.

—¿Cómo?! ¡Eso no es cierto! ¿De dónde has sacado esa tontería?

—Hombre, eres urbanita cien por cien. Se te nota en todo.

—Pues eso tampoco es cierto.

—¡Ah, no! Esta ya no me la trago. Tendrás que demostrarlo.

Carlos meditó unos instantes y le respondió:

—Está bien. Mañana ponte la ropa más vieja que tengas, esa que no te dé pena que se estropee.

—¿Para ir a dónde? ¿Me vas a llevar a hacer escalada? —preguntó burlona.

—Ya lo verás.

## Capítulo 6

*Cuando de casa estamos lejanos,  
más la recordamos.*

Refrán

Carlota apagó el libro electrónico con un suspiro y los ojos llorosos. Siempre se emocionaba con los finales felices. Su imaginación volaba con cada historia leída, se adentraba en ella de tal forma que sentía, dentro de sí, los sentimientos de los personajes que danzaban al compás de las palabras escritas en él, así que en esos momentos se encontraba ahíta de amor.

¡Cómo le gustaría encontrar un amor así!

Pero bueno, ya le llegaría el momento, por ahora tenía que conformarse con el amor a su familia y amigos.

Agarró el móvil y buscó entre sus contactos a su amiga Fanny. Necesitaba hablar con alguien sobre lo que le estaba ocurriendo esos días.

—*¡Hola, guapísima!* —le respondió Fanny en cuanto pulsó para responder a la llamada.

—Hola, cariño.

—*¿Te ocurre algo?*

—No. ¿Ha de pasarme algo para que te llame?

—*No, pero noto tu voz extraña.*

Carlota hizo una mueca arrugando la nariz y la boca, aunque Fanny no la pudiese ver.

—Bueno, acabo de terminar una novela romántica y estoy algo susceptible.

—*¡Ay, amiga! Lo que tienes que hacer es ser tú la protagonista de una historia romántica.*

—Ya, como si fuese tan fácil —se lamentó Carlota y tras unos segundos, dijo—: Cambiando de tema. Me gustaría que no te lo tomases como algo

personal el tema con Carlos. Yo he hecho un trato con él y quiero cumplirlo porque me está resultando muy divertido ver cómo quiere demostrar que él no es como yo lo describo. Si lo hubieses visto hoy en la playa...

—*Bien por ti, pero yo sigo cabreada con él. No puedo soportar esos comportamientos hacia las personas que quiero.*

—A ver, tontita, que yo no he dicho que se me haya pasado el enfado con él, por supuesto que no. Hasta que no sepa lo que pasó esa noche, estoy en un sinvivir y siempre que pueda, le voy a fastidiar el día, pero ya que tengo la oportunidad de decirle en la cara lo que pienso de él, pues chica, ¿qué quieres? Tengo que aprovecharla, ¿no?

—*Bueno, no sé. Explícame mejor en qué consiste ese reto que no me enteré muy bien cuando nos lo explicaste en la cena.*

Carlota le relató con todo lujo de detalles, esta vez sí, lo que le había propuesto Carlos como contraprestación a que él le soltase de las esposas y le contase lo que había sucedido esa noche aciaga. Además, le informó de la lista completa de razones que tenía para pasar de él y de alguna barrabasada que estaba pensando hacerle.

Fanny reía a intervalos mientras seguía con atención las palabras de su amiga.

—*Creo que tienes razón, es una gran oportunidad* —aseguró Fanny acompañando en las risas a su prima cuando esta concluyó con una alegre carcajada.

—Pues eso, lo que te decía. Pero yo no quiero dejar de verte durante estos días porque no quieras estar cerca de él. Te recuerdo que pronto me iré y no volveremos a vernos en mucho tiempo. ¡Ah! Además, mi cumple tengo que celebrarlo con Vicente y contigo o no seré feliz, te aviso.

—*Está bien, contendré mi aversión por Don Prepotente, como tú lo llamas. Seré simpática con él, ¿eso te vale?*

—¡Me vale! Ya te iré contando lo que pase.

—*Estaré en ascuas hasta que lo hagas, pero te voy a poner una condición.*

—¡Ya me extrañaba a mí que aceptases tan fácilmente!

—*Tranquila que no es nada que te vaya a perjudicar, todo lo contrario. Me gustaría encargarme de preparar tu cumpleaños.*

—¡Ufff! Yo pretendía tener una cenita tranquila con vosotros y ya está. Llevo tantos años fuera de Benidorm que ya no tengo casi contacto con mis amigas, así que paso de hacer una gran celebración.

—Ni yo pretendía hacerla, Carlota. He pensado organizar algo en el jardín de mi casa, con mi familia y la tuya y ese, si no hay más remedio.

—¿No seremos demasiados?

—¡Qué va! Nosotros somos cinco y vosotros tres, a parte del intruso, claro. Son tus treinta años, me apetece juntar a la familia. Aunque estuvimos todos en la boda de Raquel, no compartimos mesa con nuestros padres y yo sé que los míos están deseando verte y celebrar el cumple contigo.

—Ya... vale, pero es que mi madre... Tú ya sabes...

—Pues chica, yo me lo paso genial con ella. Me río un montón.

—Ya, si yo también..., cuando me olvido de que es mi madre.

Fanny se rio con ganas.

—No seas boba. Yo creo que cae a todo el mundo genial. ¡Es tan peculiar!

—No, si ya lo tengo asumido, pero Carlos se va a quedar a cuadros cuando la conozca. Es tan distinta a mí.

—¡Oye, ni se te ocurra privarme de una reunión familiar por culpa del intruso! Si no le gusta, que no mire. O mejor, ¡que no vaya!

—Está bien, está bien. Haz lo que quieras.

Las primas se despidieron con cariño y Carlota decidió pedir un bocadillo a la cocina del hotel para acostarse temprano. Todavía tenía el cansancio en el cuerpo debido a la tensión que había pasado cuando tuvo que salvar a Carlos.

También debía reconocer, que una vez que había llegado a su habitación del hotel, en su cama, pensar en la posibilidad de que no hubiese podido rescatarlo le hizo temblar. No le gustó nada la idea de perderlo en su vida.

## Capítulo 7

*Contemplar las flores es sedante.  
No despiertan emociones ni conflictos.*  
Sigmund Freud

*3 de agosto de 2018*

El coche se deslizaba por la carretera a poca velocidad. Circulaban por una carretera comarcal que estaba llena de baches. Cada dos por tres, Carlos disminuía aún más la velocidad y atravesaba algún socavón con el mayor cuidado posible.

Carlota encontraba algo extraño en él: su cuerpo parecía estar en tensión, se agarraba con fuerza al volante y su espalda no se apoyaba en el respaldo, como si lo tuviese rígido.

—Carlos, ¿qué te ocurre? —inquirió la joven con una sonrisa irónica—. ¿Te has tragado un cucharón?

Carlos frunció el ceño. Fue lo único que demostró que había oído lo que le acababa de decir Carlota.

—¡Desembucha, caray!

—Me he quemado —rezongó él.

La joven se quedó cortada. No esperaba esa respuesta.

—¿Con la plancha?

Carlos la miró un instante con extrañeza.

—¿La plancha? ¡No! Del sol de ayer. Tengo ardiendo el cuerpo entero —refunfuñó.

—¡Uy! Ardiendo, ¿eh? Te lo avisé. Haberte puesto cremita.

—Ya, bueno. Es la primera vez en mi vida que me ocurre, además tampoco estuvimos tanto tiempo allí y ya estoy lo suficientemente moreno como para pensar que no me iba a pasar —le explicó con tono seco.

—Pues te ha salido el tiro por la culata.

—¡Ay! —exclamó Carlos ante un nuevo salto del coche.

—¿Falta mucho?

—No, ya hemos llegado —contestó a la vez que giraba el volante para entrar por una puerta abierta que dejaba paso a un recinto rodeado de una valla metálica.

Aparcó el coche al lado de una caseta de madera donde otros coches esperaban pacientes a sus propietarios.

—Baja —dijo Carlos con voz tajante.

La actitud del director le estaba hinchando las narices.

En cuanto salió del coche, Carlota se dirigió con paso largo y firme hasta enfrentarse a él, lo apuntó con el dedo índice y le dio golpecitos en el pecho con él mientras hablaba.

—Mira, Don Botarate, me niego a que pagues conmigo lo que te sucede a ti por tus propias acciones, así que ya estás subiendo de nuevo al coche y me llevas de inmediato al hotel. Paso de aguantarte. ¿Ves por qué tengo catorce razones para pasar de ti? ¡Y que conste que aún me he quedado corta! Si me lo preguntas de nuevo, seguro que te saco una docena más.

Carlos agachó la cabeza y se quedó mirando con fijeza el dedo enhiesto de la joven que permanecía con la punta de la uña adherida a su pecho a través de la camiseta de color caqui que llevaba.

—Perdona, tienes razón. —Dio un paso hacia atrás para separarse de ella y elevó la vista para centrarla en los ojos furiosos de Carlota—. Lamento haberte contestado mal, por favor, ¿podemos hacer borrón y cuenta nueva?

Esta vez su tono de voz era de arrepentimiento.

Estaba incómodo porque tan solo el roce con la camiseta en su cuerpo le escocía la piel y había pasado una noche horrorosa, pero ella estaba en lo cierto; le pedía paz y armonía entre los dos y él era el que la rompía.

—Está bien. Te perdono porque me tienes intrigada con este lugar —contestó Carlota renuente.

Una sonrisa tímida apareció en el rostro de Carlos. Era algo que había llevado en secreto... hasta ahora. Una parte de él que nadie conocía y que iba a mostrarle a Carlota. Esperaba que ella no se burlase de su afición. No es que fuese extraña, pero era algo que le gustaba disfrutar en soledad.

Teniendo en cuenta que su vida viajaba dentro de unas maletas y de hotel en hotel, le gustaba tener algo suyo en cada ciudad en la que se aposentaba

durante una temporada más o menos larga, algo que le perteneciese a él en exclusiva, así que desde hacía varios años esta era su forma de conseguirlo.

Era algo muy importante para él.

Esperaba que Carlota no se lo tomase a cachondeo. Le dolería.

—Espérame aquí unos minutos, voy a por unas cosas —le pidió al tiempo que se alejaba hacia la caseta.

—De acuerdo —le contestó la joven a la vez que se apoyaba en el maletero cerrado del coche.

Desde allí vio cómo Carlos se introducía en la caseta al mismo tiempo que una mujer aparcaba el coche junto al de él. En cuanto su ocupante se bajó del auto, se dirigió hacia Carlota.

—Oye, perdona, ¿has venido con este coche?

—Sí, ¿por?

—¿Es el de Carlos Díaz?

—Sí, así es.

—¡Estupendo! ¿Lo estás esperando?

—Sí, vuelve enseguida.

—¡Genial! Entonces voy a coger una cosa que tengo en el coche. Estaba deseando encontrarme con él para dárselo.

La mujer abrió su propio maletero y sacó de allí un paquete rectangular envuelto en papel de regalo, cerró la puerta trasera del coche y volvió junto a Carlota.

—¿Eres amiga de Carlos?

—Sí, podría decirse que lo somos.

—¡Ah! Ya entiendo. A ti también te ha hecho algún favor. No te preocupes, no eres la única. Prácticamente todo el mundo que viene aquí está en deuda con él.

Carlota frunció el ceño al no entender lo que le decía aquella mujer.

Tenía pinta de ser una persona normal. Ni más, ni menos. Llevaba el pelo castaño recogido en una cola de caballo y vestía unos pantalones negros hasta algo más arriba de la rodilla y una blusa de tirantes en color rojo. La ropa se veía algo desgastada, pero por lo que había observado, era lo que la gente vestía en ese lugar. La mujer debía tener aproximadamente unos cincuenta años.

La señora, al ver el gesto de la joven, se apresuró a aclarar lo que había dicho con una amplia sonrisa en sus gordezuelos labios.

—Creo que me he explicado muy mal. No me refiero a que le debamos dinero, sino que gracias a él muchos de nosotros hemos encontrado trabajo. Bueno, también ha dado dinero a alguno que otro en momentos de gran apuro, pero jamás ha pedido que se le devuelva, más bien todo lo contrario.

—¿En serio?

—¡Ya lo creo! En tan solo un año que lleva aquí ha hecho más por todos nosotros que el Gobierno o el Ayuntamiento. Gracias a él, subsistimos con decencia. Sin ir más lejos, a mi marido le consiguió un trabajo en una empresa de transporte de Alicante. Mi marido es camionero —aclaró la mujer—. Y a mi hijo mayor, que acaba de terminar sus estudios, le ha ofrecido un trabajo en el hotel que dirige. Empezó el pasado día uno. Y como nosotros, un montón de gente más.

En ese momento, Carlos salió de la caseta y se dirigió hacia ellas. Llevaba entre sus manos unas tijeras de podar y una pequeña azada, aunque Carlota no se fijó en ello.

La joven estaba anonadada. Era una faceta de Carlos que no había pensado nunca que podría descubrir. Jamás se le había pasado por la cabeza que el estirado director ocultase un interior empático, dadivoso y preocupado por sus semejantes menos afortunados.

—Hola, María, ¿cómo va todo? —le preguntó el director a la mujer en cuanto llegó junto a ellas.

—Gracias a ti de maravilla, Carlos, ya lo sabes.

—No digas eso, María, todo es gracias al esfuerzo de Manolo. Pero dime, ¿tu madre está bien?

—Está genial, parece mentira que esté a punto de cumplir los ochenta años.

—Me alegro mucho. Dale recuerdos de mi parte.

—Se los daré. Toma, Carlos, que al final me lo voy a llevar —le dijo María a la vez que le alargaba el paquete.

—¿Y esto?

—Creo que por la forma puedes hacerte una idea. —Y soltó unas carcajadas—. Manolo estuvo el otro día en Elda haciendo un transporte de zapatos y trajo unos para ti. Ábrelo a ver si te gustan.

—No debería haberlo hecho, pero dale las gracias a tu marido, por favor —protestó al tiempo que le quitaba el papel y abría la caja.

Unos zapatos de tipo Oxford lisos con cordones y de color negro aparecieron a la vista de los tres.

—Me encantan, María. Son el tipo de zapato que más uso y más me gustan, pero ni se os ocurra volver a hacerme otro regalo, ¿está claro? —concluyó mientras la señalaba con el dedo y le dedicaba una tímida sonrisa.

—Bueno, ya veremos. Ahora me voy que tengo que hacer un gazpacho y necesito tomates.

Carlota había observado todo el intercambio de palabras entre Carlos y María alucinada.

—Vamos, tengo algo que enseñarte —dijo el joven en cuanto guardó los zapatos en el maletero.

La joven lo seguía como si estuviese hipnotizada, impresionada todavía por lo que acababa de descubrir, hasta tal punto que tropezó con una piedra del camino. Reaccionó con rapidez, alargó los brazos en busca de algo a lo que agarrarse y lo que encontró fue la camiseta de Carlos. Se quedó colgando de ella con las rodillas casi rozando el suelo durante breves segundos hasta que el joven la agarró de la cintura con su brazo y la izó para pegarla a su cuerpo y que retomase la estabilidad. A la vez, ella se soltó de la camiseta y rodeó con sus brazos el cuello del director.

Carlos, pese a la quemazón que sentía en su cuerpo, la sostuvo durante largos segundos; ninguno de los dos se apartaba y Carlota elevó su mentón hasta que sus miradas se quedaron enganchadas. El azul profundo de los ojos de la joven se adentró en el gris de los iris de él y viceversa.

Un torbellino caliente circuló entre los dos cuerpos, los atravesó y los conectó por unos instantes.

Carlota, al sentir esa potencia de conexión, se asustó y dio un brinco hacia atrás para separarse de Carlos, aunque sus miradas seguían entrelazadas.

Los dos a la vez, con gran esfuerzo, consiguieron apartar las miradas y retomar el camino en silencio, aunque sus mentes se preguntaban qué había pasado.

Llegaron hasta una valla metálica que estaba recubierta de enredaderas. Carlos abrió una puerta camuflada entre ellas y la traspasaron.

Y entraron en otro mundo.

Había un pasillo central de tierra y a ambos lados, decenas de huertos perfectamente delimitados exhibían sus verdes cosechas. En algunos de ellos había personas ocupándose de ellos mientras que en el resto esperaban con paciencia a que llegasen sus cuidadores para que les diesen cariño y agua.

—Esto es un huerto comunitario. La mayoría de ellos pertenecen a gente

necesitada que cosecha aquí sus verduras para comer. Ven, vamos.

Carlos la guio por el camino central mientras todas y cada una de las personas que estaban atareadas en su pedazo rectangular de huerta, saludaba a Carlos cuando ellos pasaban. Todas.

Incluso, alguno se acercó a pedirle algún consejo sobre abono o cualquier otra duda para el cuidado de la huerta.

Carlota no salía de su asombro cuando Carlos se paró frente a uno de esos pedazos y lo señaló.

—Este es el mío.

Para mayor sorpresa de la joven, el trozo que señaló Carlos estaba lleno de flores. De muchas clases y coloridos espectaculares y variados. Era un manto multicolor que destacaba de entre todas las parcelas. Gladiolos, agapantos, dalias, lirios, azucenas, nardos o begonias se peleaban por destacar más que el resto de plantas.

—Pero... es precioso, Carlos. ¡Qué maravilla! —reconoció Carlota con estupor—. ¿Lo has plantado tú?

—Claro, por eso es mío —contestó con tono de humor.

—¿Y qué haces con ellas? ¿Lo puedo saber?

—Nada. Me gusta cultivarlas y ver cómo se convierten en esta belleza. A veces, cuando detecto que ya va a pocharse alguna flor, la corto o hago algún ramo y lo regalo a alguien que esté por aquí. Bueno, también me he llevado alguna flor para decorar mi chalet en el hotel.

—Pero... tú sabías que ibas a estar poco tiempo de Benidorm.

—Ya. Bueno... —Se notaba que le estaba costando hablar—. Me gusta hacer esto en cada ciudad en la que permanezco un tiempo. Es como tener una zona mía donde arraigarme, aunque sea por una temporada. ¿Lo encuentras muy ridículo?

—¡No! Para nada, Carlos, todo lo contrario.

Carlota arrancó su mirada de las plantas y lo miró a él.

Su mirada era distinta, como si no lo conociese e intentase identificarlo.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Carlos extrañado.

—No, no, ¡qué va! Solo estoy sorprendida.

—¿Sorprendida para bien? ¿Crees que cumplo con tu requisito?

—¡Con creces!

—Entonces, ¿quieres ayudarme a darles la comida a estas bellezas?

—Por supuesto, estaré encantada. Y me tienes que contar qué truco tienes

para que crezcan así.

—Lo siento, es un secreto ancestral de la familia —respondió Carlos con guasa.

Mientras que Carlos la guiaba para que lo ayudase a mantener su hermoso jardín en perfectas condiciones, sin darse cuenta ninguno de los dos, los jóvenes hablaban y se reían como si nunca hubiesen tenido un altercado entre los dos.

Quizás fuese el ambiente que reinaba alrededor de ellos, o las confesiones y descubrimientos que se le habían mostrado a Carlota, o un conglomerado de todo ello, pero ambos estaban tan a gusto, que ninguno tuvo ganas de potenciar una discusión.

En un momento dado, Carlos, mientras inspeccionaba las hojas de las dalias para comprobar que no tenían visitas indeseadas, le insistió a la joven:

—Creo que es hora de que me digas otra de las razones por la que te soy tan odioso.

—Bueno, ya no me eres tan odioso porque hoy lo estás arreglando, aunque recuerda que no empezamos muy bien el día. Y por ahí van los tiros: eres un grosero.

—¿Yo? ¿Un grosero? —inquirió el joven girándose hacia ella con el ceño fruncido.

—Sí, por lo menos conmigo careces de educación y de delicadeza. Así que hoy te doy dos razones por el precio de una porque están relacionadas: maleducado y grosero.

—¡Vaya! Habló la suavidad en persona.

—¡¿Lo ves?! ¡Eres un grosero!

—¡Está bien, está bien! —replicó Carlos a la vez que elevaba los brazos con las manos manchadas de tierra hacia arriba en un claro gesto de darse por vencido—. A partir de ahora solo verás mi lado delicado.

—Ya lo veremos...

—Aunque estos motivos van a ser complicados de demostrar en un solo encuentro —razonó Carlos pensativo.

—¿Quieres que te ayude?

—¡Claro!

—Vale, pues mañana te invito a comer y yo elijo dónde.

—Está bien, pero ¿eso va a beneficiarme a mí en algo?

—Yo no he dicho eso —respondió Carlota con una sonrisa pícara.

## Capítulo 8

*En la mesa y en el juego, se conoce al caballero.*

Refrán

*4 de agosto de 2018*

Algo que podría llamarse remordimiento corroía por dentro a Carlota.

El día que cenaron en la habitación del director mientras veían *Outlander* él había pedido la comida sin picantes, así que se le ocurrió que, en cuanto llegase el momento de exponerle su desagrado por su mala educación y grosería, lo llevaría a un restaurante mexicano para llevarlo al límite, a ver si así lograba sacarlo de sus casillas y romper el trato por su culpa.

Pero en esos momentos, después de lo que había descubierto sobre él, sentía algo de lástima por el mal trago que iba a pasar.

Aunque... «quizás me lo pase tan bien viendo sus apuros que cese enseguida ese principio de arrepentimiento», murmuró para sí misma mientras terminaba de pintarse los ojos frente al espejo del aseo.

Ese día Carlota estaba especialmente atractiva. El pelo lo llevaba suelto, con un ondulado que parecía recién hecho por la prestigiosa peluquera Lorena Morlote. Sus hermosos ojos azules brillaban por el contraste del blanco níveo. El escueto mono de lunares blancos sobre fondo aguamarina con una gran lazada en la cintura, resaltaba el moreno de sus largas piernas y de sus fibrosos brazos.

Se miró en el espejo de su habitación, giró sobre sí misma y afirmó con su cabeza. «Lo voy a volver loco», se dijo a sí misma con una amplia sonrisa.

Si él quería jugar, ella iba a participar, pero para ganar.

Le había dado muchas vueltas a las palabras que él había pronunciado cuando ella se despertó en su cama para ver si encontraba alguna pista sobre lo ocurrido esa noche porque en su momento estaba tan cabreada que no le

prestó atención a lo que decía. Y al final había llegado a la conclusión de que el estirado del director perseguía algo que le ocultaba, pero ella tenía sus armas de mujer junto con su inteligencia e iba a descubrirlo. Palabra de honor.

Y sí. En cuanto vio la mirada que Carlos le dedicó al ir a recogerla, se dijo que había acertado de pleno. Esa noche iba a conseguir dos cosas: irritar a Don Pedante y averiguar su interés oculto.

—Conduzco yo, Carlos —dijo Carlota de camino al aparcamiento.

El joven la miró desconfiado.

—No te preocupes, que no voy a estrellarlo. Benidorm es mi ciudad y sería capaz de conducir por ella con los ojos cerrados.

—Bueno, por ahora confiaré en ti, pero si veo algo raro, te voy a obligar a parar, que lo tengas claro —rezongó Carlos con un gesto serio en su rostro.

—¿El problema es porque soy una mujer? Porque recuerdo que no le pusiste tanta pega a Dante para que cogiera tu coche el verano pasado.

—No, es porque eres tú.

—¿Dudas de mi pericia como conductora?

—No, mi pánico se debe a que no sé a dónde me llevas —reconoció a la vez que le alargaba las llaves.

—¡Pues sí que eres desconfiado, macho! Ni que yo fuese la novia de Chucky —protestó Carlota arrebatándole las llaves de la mano—. Tranquilo, solo voy a llevarte a comer.

Se introdujeron a la vez en el coche, Carlota lo arrancó y salió del aparcamiento del hotel.

Solo hicieron falta diez segundos para que Carlos se arrepintiera. Agarrado con las dos manos al cinturón de seguridad, su cuerpo daba bandazos como si estuviese en los autos de choque de una feria.

—¡Ay! —exclamó enseguida al sentir el escozor en la espalda al chocar con brusquedad contra el respaldo del asiento—. ¡Carlota, por Dios! ¡¿Pues conducir más despacio?!

—Tranquilo, hombre, tranquilo, que es culpa de los resaltos de la carretera. Tú lo sabes bien.

—¡Pues claro que lo sé! Por eso yo voy con cuidado.

—¡Caray, quejica! No he visto ese, pero los demás ya los controlo, hijo.

Carlos se calló lo que pensaba a tiempo para evitar ser un grosero con ella. Ese era el fin de la comida. La cosa había comenzado mal, pero todavía tenía

tiempo para enmendarla, así que decidió no volver a decir una sola palabra sobre la conducción de Carlota.

Pero se lo estaba poniendo muy difícil.

Al poco tiempo de salir del complejo y tras rodear un par de rotondas peligrosamente, según él, Carlota se internó en la carretera nacional dirección hacia Valencia.

La joven se consideraba una buenísima conductora, segura de sus acciones y con un talento innato. Conducir le gustaba como nada. Si ella hubiese tenido un poco más de conciencia sobre ello cuando era una niña, le habría gustado ser piloto de Fórmula 1. La joven no estaba ciega y sabía que tenía una forma de conducción algo agresiva, pero jamás peligrosa. Quizás tuviese la costumbre de acelerar demasiado a la salida de un semáforo y de pegarse en exceso al coche de delante, pero ella lo controlaba.

Además, en esos momentos tenía un motivo especial para exagerar su forma de conducir...

Casi se le escapa una sonrisa pícara.

El pie derecho de Carlos apretaba el suelo del coche con tanta fuerza, que le daba la sensación de que iba a traspasarlo. ¡Cómo se le había ocurrido dejárselo! «¡Esta chica está loca o es una temeraria!», pensó el director.

Unos cuantos adelantamientos después, las manos del joven estaban blancas por la fuerza con que se agarraba al cinturón y su cuerpo reflejaba tanta tensión que daba la impresión de que le iba a dar un síncope.

En el horizonte, Carlos divisó unas luces parpadeantes.

—¡No puedo aguantar más! ¡Llámame grosero, pero o te ordeno que pares o exploto! ¡¿No ves que está la policía más adelante?!

Por un instante pensó que Carlota, pese a la voz fuerte que había empleado, no lo había escuchado porque ningún síntoma se manifestó en su rostro.

Iba a exhortarle con alguna palabra borde cuando detectó que los labios de la joven se apretaban con fuerza, como si estuviese evitando que aflorara una sonrisa. De repente, notó cómo Carlota aminoraba la velocidad y oyó una catarata de carcajadas salía de su hermosa boca.

Y entonces lo comprendió todo.

—¡Estás jugando sucio! —exclamó Carlos enojado—. Me estás pinchando para que no sea educado y te responda de forma grosera, ¿verdad?

—Querido, me ha costado muy poco que saliera tu verdadera personalidad —le respondió con orgullo—. No puedes ocultar quién eres en realidad.

—La culpa es tuya, siempre buscas bronca.

—¡Vaya! Me acabas de recordar a mi primo Aitor, la culpa siempre es de otro. La diferencia es que él tiene diez años —indicó al tiempo que le dedicaba una mirada con una sonrisa descarada.

—Ríete, ríete, pero ya no lo vas a conseguir más.

—Ya lo veremos... —murmuró para sí.

Acababa de darle vía libre a su plan. Por fin había dejado el remordimiento a un lado y lo único que le motivaba era vencer ese duelo.

Al cabo de unos minutos, Carlota salió de la carretera.

—¿Vamos a El Albir?

—No. Estamos en El Albir. Enseguida llegamos al restaurante. Te aviso que he hecho reserva y he pedido ya el menú. Es un restaurante que siempre está lleno, así no tendremos que esperar demasiado.

—No me vas a decir qué restaurante es, ¿verdad?

—Pues no. Es una sorpresa. Solo te diré que vamos a comer una de las especialidades que más me gustan. ¡Para chuparse los dedos!

Poco después, Carlota aparcó en un hueco que encontró en lo alto de una loma, ambos salieron del cubículo del coche y, con la guía de la joven, llegaron hasta el local que ella había elegido.

Y entonces, a Carlos le entró un sudor frío por todo el cuerpo.

¡Se trataba de un mexicano!

¡Era la comida que más odiaba! Todo picante, como si fuese el sustento del infierno.

El local tenía por fuera una pinta muy moderna, pero su interior estaba decorado con toques exóticos que recordaban a las tierras mexicanas. En cuando Carlota dio su nombre, los acompañaron hasta una mesa bastante bien situada, en una zona donde un gran ventanal les permitía ver el mar y los tejados de las casas que bajaban por la ladera de la loma que coronaba el restaurante.

—Por lo menos tiene buenas vistas —murmuró Carlos.

—¿Es que no te gusta?

—Yo no he dicho eso.

—Ya, pero...

—Pero nada.

—Pues no te veo muy contento —lo pinchó Carlota.

La joven había observado su cara de disgusto cuando él se dio cuenta de

que el restaurante elegido por ella era un mexicano. ¡Esto iba viento en popa y a toda vela! El pobre iba a tener la peor comida de toda su vida. Había elegido los platos más picantes e, incluso, había hecho hincapié para que los aderezasen bien cargaditos.

—Bueno... la comida mexicana no es de mis preferidas.

—Eso es porque no has probado la auténtica. La mitad de las recetas que internacionalmente se piensan como más representativas de la comida mexicana, en realidad son *Tex-Mex*, del sur de Estados Unidos. Así que prepárate para sumergirte en un mundo lleno de sensaciones.

En cuanto se acomodaron, pidieron un vino blanco y al poco tiempo comenzaron a llevarles la comanda.

El camarero que les atendía comenzó por unos nachos con guacamole.

«Vale, el guacamole no es picante; esto puedo comerlo», pensó Carlos, pero cuando untó uno de los nachos y se lo llevó a la boca, su cara cambió. Enseguida un gesto de desagrado se plasmó en su cara, pero no dijo nada. Se tragó el nacho y bebió vino para calmar el picor.

Carlota se frotó las manos con el pensamiento. Ahí estaba el primer síntoma. Ella también había probado los nachos y pudo comprobar que picaban un poco y si a él le había afectado de tal manera, en cuanto llegasen los próximos platos iba a estallar como un castillo de fuegos artificiales.

Seguro que no tardaría mucho en echar pestes por esa boquita tan bonita que tenía.

—¡Mmmmm! ¡Qué rico guacamole, ¿verdad? —dijo Carlota y se relamió los labios.

—Sí, está rico —contestó Carlos con esfuerzo.

Cuando llegó el camarero con el siguiente plato, el joven le preguntó:

—Oiga, perdone, ¿todos los platos son picantes?

—No, qué va, aquí todo es dulce —contestó con sorna el camarero y se marchó.

Sobre la mesa había dejado un plato de aguachile de camarones, cuya mezcla de limón y chiles se utilizaba para marinar los camarones, por lo que el resultado podía ser muy picante, pero valía la pena. Por lo menos a gusto de Carlota, porque en cuanto Carlos lo probó, las gotas de sudor comenzaron a concentrarse en su frente y otra copa de vino regó su garganta.

Pero cuando llegó el plato de insectos muy fritos bañados en las salsas y especias más picantes, el asco que reflejó la boca del joven, hizo que ella se

regocijase por dentro.

—¡Oh! ¡Los chapulines! ¡Me encantan! ¿Los has probado alguna vez, Carlos?

—No, y no creo que me gusten.

—¡Venga ya! Si no los pruebas, no puedes saberlo. Eso me decía mi mamá cuando era niña. Solo son grillos y saltamontes con la textura muy crujiente y su sabor me recuerda el de las anchoas.

«Ahora sí —pensó Carlota—. Por aquí ya no va a pasar y me va a soltar lo más grande. Está tan cocido ya que, añadido a la repugnancia que está sintiendo ahora mismo, se va a poner a despotricar como un auténtico maleducado.»

Pero Carlos se conformó con cerrar los ojos a la vez que se llevaba un bicho de esos a la boca, lo masticaba como si fuese lo más repugnante del mundo, con los labios en una mueca que enseñaba todos sus dientes y se lo tragaba con un esfuerzo similar al que se produciría si se hubiese tragado una bola de billar. Y de inmediato llenó de nuevo su copa de vino y se la bebió de un tirón.

—¡Bien! —exclamó Carlota—. Así se hace, machote. ¿A que están buenísimos?

—No lo sé, mi boca arde y mi lengua está hinchada por tanto picante.

—¡Pero qué exagerado! —protestó la joven—. Si acabamos de comenzar. Todavía quedan los platos fuertes.

En ese momento llegó el camarero con el plato de tacos.

Carlos tenía la boca a punto de arder como las hogueras de San Juan.

—Por favor, traiga otra botella —le pidió el joven al camarero.

—¿Llena o vacía de vino? —preguntó el camarero.

Carlos lo miró alucinado. ¿Pero qué estaba pasando? Entre el camarero sarcástico y la comida picante, su cabeza daba vueltas.

El camarero desapareció, para reaparecer casi enseguida con la botella que había pedido el joven.

—Menos mal que conduzco yo, Carlitos. Jamás te había visto beber vino con tanta pasión.

—Será porque es lo que más me está gustando de todo lo que está poniendo en la mesa el camarero.

No supo cómo, logró acompañar a Carlota a comerse el plato de tacos. La verdad es que ya no podía sentir nada más en la boca. Su lengua la percibía

como un corcho y las papilas gustativas permanecían con un picor permanente. Las gotas de sudor comenzaron a resbalar por su frente y Carlota observó que los brazos los tenía completamente húmedos.

Resistir. Eso era lo único que llenaba la mente de Carlos. Si a ella le gustaba esa comida, no iba a protestar. Resistiría y terminaría la comida sin pronunciar una sola palabra más alta que la otra.

Todavía tenía la boca llena, cuando apareció el camarero con los chiles en nogada.

—¡Tiene una pinta estupenda! —exclamó Carlota en cuanto lo dejó sobre la mesa.

—Sí, me he esmerado con la presentación —dijo el camarero con sarcasmo. Carlota y Carlos se miraron atónitos.

—¿Soy yo, o el camarero tiene su guasa? —preguntó Carlos a Carlota en cuanto se hubo marchado el camarero.

—Yo lo tengo claro: nos ha tocado el camarero burlón —afirmó la joven

—Y este plato ¿qué? ¿Otro picante?

—Este debería ser el plato mexicano más conocido en el mundo; es sublime. Los chiles se rellenan de carne guisada y se cubren con una crema de leche, nueces y granada. Perfecto —le explicó Carlota.

—Chiles, ¿eh?

—Sí, pero no te preocupes, no todos pican. Son como los pimientos de Padrón, unos pican y otros no.

—Ya, pues con la suerte que tengo esta noche...

Y no iba desencaminado: le tocó el que picaba.

Pero lo soportó, aguantó estoicamente y no soltó ningún impropio para quejarse, todo lo contrario. Con la lengua anestesiada logró sobrellevar una conversación casi natural con Carlota, que ya se había olvidado de su propósito y estaba disfrutando de la cena y de la amena charla.

Llegó la hora del postre y el camarero les trajo una tarta tres leches, la reina de los postres mexicanos.

A Carlota le gustó muchísimo la tarta y quería la receta, pero no se atrevía a pedírsela al camarero burlón.

Carlos lo llamó.

—¿Qué desean? —le preguntó a Carlos en cuanto se aproximó a la mesa.

—Es ella...

El camarero volteó su cabeza y miró a Carlota.

—Pues yo... quería... unas servilletas —balbuceó la joven.

El camarero alargó el brazo, cogió de la esquina de la mesa el servilletero lleno de ellas y lo puso frente a ella.

—Muchas gracias —respondió Carlota avergonzada.

—Ha sido un placer inmenso —respondió el camarero y se marchó.

—¡No me he atrevido! —susurró Carlota acercando su cuerpo al centro de la mesa para aproximarse a Carlos.

—¡Yo tampoco! —le respondió Carlos en el mismo tono y acercando también su cuerpo al centro de la mesa.

Los dos se rieron a carcajadas.

Carlos la miró con fijeza. Era tan atractiva, tan lista... eso... era muy, pero que muy lista...

—¿Sabes? Creo que debo darte las gracias, Carlota.

—¿A mí? ¿Puedo saber por qué?

—Sí que lo sabes. Gracias a ti he podido demostrarte que puedo controlar mi grosería. ¿Por eso lo has hecho no? Supongo que de alguna forma te enteraste de que tengo una gran aversión por las comidas picantes, ¿no?

—¡Me has pillado!

—No te creas, acabo de sospecharlo y tú me lo has confirmado.

Carlota volvió a reírse.

—Bueno, a ver qué pasa con la siguiente razón, cada vez se te va a complicar más, Carlos. Te aviso.

—Venga, dime cuál es. Me tienes en ascuas.

—La verdad es que no te va a sorprender, te lo he llamado muchas veces, Don Pedante.

—¡Ah! Vale, pues para mí es fácil. Sencillamente no lo soy.

—Mira, conozco mucha gente como tú, niños de papá que les pagan la universidad y se visten de traje porque se cree que la gente los tomará más en serio. Y lo malo es que os lo creéis de verdad.

Carlos se la quedó mirando con estupor.

—Creo que tú y yo nos debemos una conversación. Mañana prepárate para un día tranquilo. Volveremos a probar el día de playa, ¿vale? Te lo debo.

—¿Eso es para ti un día tranquilo? —se burló entre risas.

## Capítulo 9

*Un pedante es un estúpido adulterado por el estudio.*

Miguel de Unamuno

*5 de agosto de 2018*

La primera sorpresa que se llevó al día siguiente, fue que Carlos la hizo subir al coche y salió del centro urbano, por lo cual, no iban a alguna de las dos playas más conocidas de Benidorm.

—¿A dónde vamos? —preguntó Carlota en cuanto se dio cuenta.

—A una cala solitaria a la que suelo ir. Es un pequeño paraíso, cerca de otra cala nudista más concurrida, por lo que hay una carretera que nos dejará cerca. Está en el término municipal de Villajoyosa.

—¿Una cala nudista?

—No. Está junto a ella. Allí podremos hablar con tranquilidad.

—Si tu estrategia es convencerme de que no eras un pedante, lo vas a tener muy difícil.

—No te creas. Me parece que la idea que tienes de mí va a caer como un castillo de naipes en cuanto te explique algo que parece ser que no sabes.

—No necesito saber, me basta con ver cómo te comportas, Don Pedante.

—Pues yo he visto el mismo tipo de actuación en ti. A lo mejor lo mío era un reflejo de lo tuyo.

—¡Eso es! Ahora échame la culpa a mí de cómo eres tú.

—No, Carlota, no. No me has entendido. He meditado mucho sobre este asunto y creo que ambos nos comportamos así por pura inercia. Es encontrarnos y saltar chispas. Bueno, por lo menos antes, ahora parece que poco a poco nos vamos controlando los dos algo más.

Carlota, aunque no lo pareciese, aprovechó el corto trayecto para pensar sobre las palabras de Carlos. Ella se conocía bien. Sabía que era una persona

enérgica e independiente, pero jamás había tenido con alguien los encontronazos que tenía con él. Sabía discutir sin faltar el respeto y sin acalorarse, era su especialidad. Con voz calmada, pero firme, proclamaba sus pensamientos y sus creencias sin dejarse amilanar, pero también sin las confrontaciones que, él tenía razón, en un pasado inmediato solía tener con él.

Desde que había aceptado esa tregua, las peleas entre ellos ya no se parecían a las de antes. Eso era un punto a su favor. Tenía que admitirlo.

El día que la llevó al huerto comunitario había sido un antes y un después en su perspectiva de verlo. Había conocido un Carlos que le había tocado el corazón. Algo se había colado allí y se había instalado como si fuese su vivienda.

Le habría gustado dar un giro en la historia y no seguir con esa estupidez de la lista, pero su orgullo no se lo permitía. Él quería saber lo que le molestaba a ella y así iba a ser.

Antes de llegar a Villajoyosa, Carlos se desvió por un camino que había a la izquierda hasta llegar a un aparcamiento en el que había un chiringuito de hamburguesas. Bajaron del coche y cogieron sus trastos de playa.

—Por aquel camino se va a la cala nudista —explicó el joven indicando a su izquierda. Luego se giró hacia la derecha y señaló un pequeñísimo sendero, casi invisible—, y por este, a la cala que te digo.

—¡Hola, Carlos! —oyeron gritar.

Carlos se volvió y alzó el brazo hacia el hombre que había dentro del chiringuito.

—¡Hola, Julio! —respondió él.

—¿Queréis unas hamburguesas?

—No, gracias, por ahora solo vamos a disfrutar de la cala.

—Vale, pero ya sabes, si necesitas algo, aquí estoy.

—Te lo agradezco, Julio. Nos vemos luego.

—¡Ciao!

Carlos posó una mano en la espalda de Carlota y la empujó levemente para que lo siguiera y la joven sintió una descarga eléctrica recorrerle la espalda. Se apartó con urgencia y emprendió la marcha por el sendero sin mirarlo, con la esperanza de que se le pasase pronto esa sensación tan... inexplicable.

La cala era un pequeño paraíso solitario de aguas cristalinas con arena y pequeños guijarros de canto rodado. Era muy pequeña y a ambos lados de la playa las rocas se adentraban en el agua formando pequeños embalses de agua como consecuencia de las mareas.

—¿Quieres que demos un baño primero? —propuso Carlos a la vez que dejaban las cosas sobre la arena, muy cerca de la orilla.

—Me parece perfecto.

Ambos se quitaron la ropa y se adentraron en el agua. Esta vez, Carlota procuró no alejarse de él. Compitieron un rato, pero como estaba previsto, Carlos fue incapaz de ganar a la joven. Durante el último enfrentamiento, acabaron junto a las rocas de uno de los dos lados de la playa.

—¿Subimos por aquí y volvemos dando un paseo? —sugirió Carlota.

—¿No te resbalarás?

—No, llevaré cuidado.

Carlos se izó con los brazos y se sentó sobre una de las rocas y Carlota, pese a que él le ofreció su mano para ayudarla, hizo lo mismo que él. Luego se pusieron en pie.

—Hay muchas algas verdes de esas que resbalan mucho, Carlota. Ten cuidado.

—Ya me he dado cuenta. No pasa nada, tranquilo. Ten cuidado tú también a ver si el que se va a caer vas a ser tú.

—Bueno, por si acaso, dame la mano.

—¡Que no, Carlos, no seas agoreroooooooooo!

Carlota terminó la frase en el aire mientras se caía al agua. Enseguida emergió y resopló con energía. Miró a Carlos que se había acercado al borde de la roca.

A la vez, los dos rompieron a reír con unas fuertes carcajadas.

Esta vez, la joven se dejó ayudar por el director.

—Me he peleado con la gravedad y ha ganado ella. Lo que más rabia me da es que has visto mi verdadera personalidad: soy un pato mareado. Tenías que haberte visto la cara cuando resbalé y me caí al agua —dijo Carlota con sorna en cuanto estuvo junto al joven.

—Cara de preocupación por si te habías hecho daño.

—¡Mentiroso! Cara de burla.

—Eso también —confesó con una sonrisa—. No me digas que no fue cómico. Yo diciéndote: Carlota, cuidado que te vas a caer... Y tú: Carlos no

seas agorero, que no me caigo.

—Y acto seguido, resbalón, cataplún y al agua.

—Por un momento pensé que tenía que lanzarme a salvarte.

—¡Qué va! Lo que agradezco es que me haya caído al agua y no sobre la roca, eso sí que habría dolido.

—Pues ahora hazme caso y lleva más cuidado. Dame la mano, por favor. Así iré más tranquilo.

—¡Qué pesado!

En cuanto llegaron donde habían dejado la ropa, extendieron las toallas y se sentaron en ellas. Como la otra vez, Carlota extrajo de su bolso la crema de protección solar y se la extendió por todas partes menos por la espalda.

—Anda, ponme en la espalda y ponte tú.

—Esta vez te voy a hacer caso, descuida, pero tú tumbate boca abajo, para extenderte la crema. Me será más fácil.

La joven obedeció y Carlos se levantó, pasó una pierna sobre ella y se sentó sobre su culo.

—¡Oye! ¡No hace falta que te pongas tan cómodo!

—Tú deja, que voy a aprovechar para darte uno de mis masajes. Te aseguro que tienen fama.

—Sí, claro, fama mundial —se burló Carlota con sorna.

—No, es interestelar. Las marcianas se pirran por mis manos —continuó con la broma mientras comenzaba a deslizar las palmas sobre la espalda de la joven.

«No está mal», pensó Carlota al poco tiempo. Aunque hubiese estado mucho mejor si a la vez no sintiese los muslos de él pegados a sus costados y sus glúteos sobre los de ella. Y, bueno, no podía dejar de ser sincera: sus manos eran como una caricia ardiente, como si los rayos del sol se hubiesen concentrado en sus palmas y paseasen con fogosidad. Las notaba recorrer, centímetro a centímetro toda su espalda, desde el cuello hasta el borde de la braga del bikini.

Había comenzado con fuerza, pero poco a poco se había ido transformando en una sensual caricia que le estaba embotando la cabeza. Debía pedirle que parara. Debía. Pero no quería.

Carlos, desde su perspectiva, la observaba con intensidad. Era tan perfecta.

Tenía unas curvas tan sinuosas, tan eróticas. Sus brazos, aunque se apreciaba la dureza de sus músculos como consecuencia de la natación que practicaba, eran elegantes y delicados. Su perfil se entreveía por en medio de las mechas del cabello que se le habían desprendido de la cola de caballo que llevaba. Tenía los ojos cerrados y una suave sonrisa en sus sensuales labios.

Le gustaba todo de ella.

Él había llegado a pensar que sus encontronazos con ella, en cuanto la conoció, se debían a que había sentido tal atracción de inmediato que se asustó.

Todo era posible.

Estos días, él se había propuesto que conociese como era, pero no había contado con que la cosa sería recíproca y él también sabría cosas de ella. Su idea era desfogarse, calmar su deseo con ella en la cama.

Sabía, porque lo había comentado Carlota sin pudor alguno, que prefería un rollete esporádico a las relaciones largas sin sentido. Lo llamaba *ir de caza*. Y a él, esas palabras se le habían quedado clavadas en su mente hasta convertirse en una obsesión: ser cazado por ella.

Pero ahora le iba y le venía la idea de que no iba a tener suficiente con unas horas. Los días que estaba pasando con ella le estaban resultando reveladores y cada noche se acostaba con más ganas de que llegase el día siguiente para poder estar juntos.

—Carlitos, ¿vas a terminar algún día? A este paso, cuando acabes, me habrás desgastado la espalda y se verá la toalla.

—Sí, sí, claro..., perdona, te he visto tan a gusto que me sabía mal dejarlo —dijo mientras se levantaba y se dejaba caer en su toalla.

—¡Pero si me he pegado una siesta del borrego! No sé el tiempo que llevas sentado en mi trasero, porque se me ha dormido y todo —protestó a la vez que intentaba incorporarse—. ¡Ay! ¡Qué dolor de culo!

La joven consiguió levantarse y sacudió las piernas en un intento de reactivar su circulación.

—¿Tienes hambre ahora? —le preguntó a Carlos.

—Me comería una vaca entera.

—Pues voy a acercarme al chiringuito y traigo unas hamburguesas, ¿te parece?

—No, voy yo.

—No, por favor, prefiero ir yo. Necesito moverme algo ahora.

—Te acompaño, entonces.

—¡Que no, pesado! Prefiero ir sola.

—Está bien, como quieras.

Carlos la vio marchar, luego concentró su mirada en el mar y continuó con sus pensamientos reveladores.

Mientras tanto, Carlota llegó al chiringuito y pidió una hamburguesa con patatas y cerveza para los dos.

—¿Cuánto le debo? —preguntó al tal Julio en cuanto tuvo el pedido hecho.

—Usted ha venido con Carlos, ¿no?

—Sí, él se ha quedado allí.

—Pues entonces no me debe nada.

—¿Cómo? ¿Y eso por qué?

—Mientras yo esté aquí, ni Carlos ni sus amigos pagarán algo en este chiringuito.

—Pero...

—Nada.

—¿Puedo saber el porqué?

—No es un secreto: el otoño pasado una gota fría me destruyó el chiringuito y si no llega a ser por él, que me pagó la reforma, hoy no estaría aquí. ¿Me comprende ahora, señorita?

La explicación de Julio le paralizó el corazón. Una congoja le apretó el pecho. Después de saber lo que había hecho por la gente del huerto, no le extrañaba que Carlos ayudase también a ese hombre.

—Por supuesto, lo comprendo, pero al menos déjeme que pague mi parte.

—No, por favor. Le debo mucho a Carlos y es lo menos que puedo hacer por él.

La vuelta a la cala se le hizo muy corta a Carlota porque su mente estuvo distraída en todo momento con lo que había descubierto de Carlos.

Generosidad. Empatía. Humanidad. Altruismo. Bondad. Nobleza.

Todos esos adjetivos se acumulaban en sus pensamientos y desbancaban sus estúpidas razones. ¿En serio le había dicho que no le gustaba porque llevaba el pelo engominado? ¿O porque vestía siempre de traje?

¿Había mayor estupidez?

Esta gilipollez del reto había que pararla ya. Si quería decirle qué pasó esa noche, pues bien, sino, pues peor para ella si había sido una noche de pasión desenfrenada y ella no se había enterado. Mejor no saberlo.

La verdad es que ahora que lo estaba conociendo mejor, se sentía ridícula.

En cuanto llegó a su lado, se fue a sentar sobre su toalla, pero tropezó con su propio capazo y al intentar retomar el equilibrio, con el otro pie levantó un buen montón de arena que fue a parar sobre Carlos.

—¡Joder! ¡Pues sí que estoy torpe hoy! Perdóname, Carlos, no sé qué me pasa, la torpe del grupo es Raquel. A lo mejor, al no estar ella, me ha dejado a mí el testigo.

El director del hotel se había puesto en pie con rapidez y se sacudía la arena del cuerpo con las manos.

—No te preocupes, Carlota, ya casi estoy acostumbrado a tener algún percance cuando rondáis tú y tus amigas cerca —dijo con una sonrisa.

Carlota, que estaba colocando la comida encima de su toalla se volvió con brusquedad para rebatirle, pero al ver su sonrisa, otra afloró en sus labios.

—Es la inercia, chico. En cuanto te oigo, no puedo evitarlo —confesó con una sonrisa, pero pronto desapareció y le dijo seria—: Ven, siéntate, tenemos que hablar.

—¡Uy! Esa frase no me gusta. Si fueses mi novia, pensaría que vas a romper conmigo. Menos mal que eso es imposible.

Los dos se acomodaron en las toallas y Carlos la miró a la espera de que comenzase.

—Carlos, he estado hablando con Julio, el del chiringuito, y me ha contado lo que has hecho por él.

—¡Ah! Bueno, no es nada. Lo necesitaba. Además, yo suelo venir a esta cala, ¡necesito el chiringuito abierto! —Le restó importancia con una sonrisa tímida.

—Vale, no es de eso de lo que quiero hablarte. Estos días he conocido a un Carlos que no esperaba, la verdad, y ahora me siento ridícula por la lista de razones que te estoy dando, así que preferiría terminar con esta pantomima y romper el acuerdo al que llegamos. No, espera —lo cortó al ver que pretendía hablar—. Esto no te obliga a nada. No tienes por qué contarme lo que pasó esa noche. Ya no me interesa. Solo quiero que sepas que, en comparación con la parte que yo he conocido de ti, mis argumentos son estúpidos, de niña tonta. ¿Para qué ocultarlo más? Lo que es, es.

—Me niego, Carlota. Yo estoy interesado en seguir con esa lista de razones. Me interesa de verdad, así que no vamos a romper ningún acuerdo. Las promesas se cumplen y tú vas a hacerlo. Es un interés personal y no me lo

puedes negar.

—Pero...

—No, escucha. Hoy hemos venido aquí por un motivo. Necesitaba un sitio tranquilo donde contarte algo muy importante para mí y creo que es el momento oportuno, antes de que te aferres a esa idea que te ha surgido.

—¿El qué? —preguntó Carlota intrigada.

—Algo de mi pasado que quizás haya influido en mi presente para que yo te parezca un prepotente. Verás, mis padres no me pagaron los estudios, murieron nada más cumplir yo los dieciocho años. Me quedé absolutamente solo en el mundo porque mis padres eran hijos únicos y mis abuelos ya habían fallecido. La única suerte que tuve fue que mis padres acababan de terminar de pagar la hipoteca de la casa, así que tuve un lugar donde vivir, pero el dinero que me pagaba el Estado por orfandad no me llegaba para estudiar en la universidad, así que tuve que trabajar para pagarme los estudios.

—Lo siento mucho, Carlos, no tenía ni idea. Lamento lo que te dije ayer. Soy una bocazas.

—Gracias.

—Habrás sido muy difícil para ti.

—El accidente de mis padres fue una experiencia muy reveladora. La vida nunca ofrece garantías. Nadie puede conocer el futuro por lo que hay que vivir el presente y yo, desde entonces, intento vivirlo al máximo. Pero también tengo que confesarte que tienes parte de razón cuando me llamas pedante. Tuve que crearme una careta para que nadie me hiciese daño y que solo me quitaba con mis íntimos, mis amigos, por supuesto. Y ahora contigo.

Algo que no había hecho con ninguna otra mujer que hubiese conocido; desnudarse por dentro no era tan fácil como desnudarse por fuera. Pero él estaba cada vez más a gusto con ella. Descubrió que se sentía más cómodo cuando se dejaba llevar y dejaba a un lado esa costumbre adquirida durante muchos años.

—Tú dirás lo que quieras —continuó Carlos—, pero a mí me está sirviendo de mucho esta apuesta. Me hace ver un reflejo de mí mismo que hasta ahora no veía. Si doy esa imagen que tú me estás transmitiendo razón a razón, prefiero saberlo, porque me horroriza tanto como a ti.

—Conocer esa otra parte de ti también está siendo muy revelador para mí.

—Bien, pues entonces cuéntame, ¿cuál es el siguiente motivo?

—¡Bufff! El siguiente me lo puedo aplicar a mí misma. Por lo menos hasta ahora —matizó esbozando una sonrisa—. Que no escuchas; ese es. Cuando discutimos lo único que te importa es imponer tu criterio y no escuchas mis opiniones. Es como si te pusieses unos tapones en los oídos. Y... bueno, me callo. Ya está, eso era.

—¡Ey! De eso nada. Desembucha.

—¡Jolines! ¿Vas a hacer que me humille?

—¿Humillarte? Bueno, en otro momento no habría dudado en la contestación, pero ahora... ¡tampoco! ¡Si! ¡Quiero que te humilles! —exclamó Carlos entre carcajadas.

Carlota resopló, pero hubo un cambio drástico en ella: también se rio.

—¡Está bien, está bien! El cliente siempre tiene la razón; en este motivo te iba a preguntar: ¿qué sabes de mí? ¿Te has preocupado por saber algo sobre mi vida? ¡Ya ves! ¡Como si yo hubiese sabido algo de ti hasta hace un minuto!

Carlos soltó una enorme carcajada que iluminó su rostro a ojos de Carlota.

## Capítulo 10

*Hablando se entiende la gente.*  
Refrán

*6 de agosto de 2018*

Ese lunes el hotel había sobrecargado de trabajo a los dos, por lo que ni Carlota ni Carlos tenían claro cuándo podrían quedar para continuar con los retos.

Carlota estaba manteniendo una conversación con Raquel vía *Skype* para ultimar algunos detalles que la joven había detectado en las zonas de ocio.

Su joven jefa tenía el pelo castaño claro con mechas rubias y lo llevaba muy corto por la nuca y un largo flequillo le ocultaba el lado izquierdo de la cara. Su rasgo más característico y peculiar eran sus hermosos ojos rasgados de color violeta.

—Espero que no estés dedicando el día completo a controlarlo todo, Carlota. Me gustaría que también utilices la infraestructura del hotel —le dijo Raquel en cuanto lo tuvieron todo aclarado.

—Bueno... del complejo hotelero no estoy disfrutando mucho, pero del director del hotel sí.

—Mmmmm... Carlota... ven, acércate, por favor... —le pidió Raquel haciendo un gesto con el dedo a la vez que ella misma se acercaba.

La joven, intrigada, la obedeció y aproximó su cara a la cámara del portátil. Entonces, su jefa y amiga posó una mano sobre su pantalla en la parte en la que se veía la imagen de la frente de Carlota.

—Sí, confirmado: tienes fiebre. ¿Has dicho que disfrutas de Carlos? ¿He oído bien?

—¡No! ¡Estoy disfrutando *con* Carlos, no *de* Carlos! —exclamó Carlota remarcando las palabras.

—¡Ups! Te entendí mal, o a lo mejor es que has tenido un lapsus. Bueno, pues cuenta. ¿Estás pasándotelo genial con las discusiones? Afilas tus uñas con él, ¿no?

—Pues no, todo lo contrario. Por ahora nos estamos soportando.

—Y ese cambio ¿a qué es debido?

—¡Bufffff! Es que no te lo he contado... El día después de tu boda amanecí esposada al cabezal de la cama de Carlos.

—¡Tía! ¡¿Pero qué me estás contando?! ¿Cuándo pensabas contarme que te has enrollado con él?

—Nunca.

—¡Ah! Muy bonito. Te acabas de quedar sin jefa y sin amiga.

—Ya estás con tu amenaza de siempre. No sé para qué la formulas si sabes que no lo vas a cumplir. Ni una cosa ni la otra.

—¿Y a ti te parece bonito no contarme el cotilleo del siglo? Y Fanny y Felipe, ¿también lo saben y tampoco me lo han dicho? ¡Menudos amigos que tengo! Algo interesante que pasa cuando yo no estoy y nadie me informa. Cuando llegue a España voy a...

—¡A nada, chica! ¡Cállate ya y te lo explico! Joder, Raquel, cuando coges la retahíla no paras.

Raquel se echó a reír con unas fuertes y curiosas carcajadas que eran muy particulares, contagiosas e inconfundibles, *made in* Raquel.

—Lo siento, Carlota. Es que tengo tantas cosas que contaros y estoy tan deseosa de que vosotros me contéis las vuestras que me pongo atolondrada.

En esa ocasión fue Carlota la que soltó unas carcajadas.

—Raquel, soy yo, tu amiga, te conozco. No busques excusas, que no las necesitas para comportarte como una atolondrada. Va intrínseco en ti.

—¡Bah! Tú siempre metiendo el dedo en el ojo ajeno. Venga, cuéntame lo que hay entre tú y Carlos.

—Pues lo que te he dicho antes, no hay nada.

—¡Ja! Claro, te despiertas esposada a su cama y no hay nada. ¡Venga ya, Carlota!

—¿Me dejas hablar? Otra vez me has cortado.

—Sí, sí, perdona.

—A ver, cuando yo me desperté, no recordaba nada de lo que había pasado la noche anterior...

Carlota le relató lo que ya estaba harta de contar.

—Y eso es todo —concluyó la joven—. Repito, no tengo ni idea de cómo terminé allí de esa guisa y desde entonces le pregunto a todo el mundo, pero nadie sabe lo que hice después del baño en la piscina, así que eso es lo que hay entre Carlos y yo. Solo un acuerdo.

Raquel la miraba con el ceño fruncido, muy raro en ella.

—El caso es... que yo sí sé lo que hiciste cuando saliste de la piscina.

—¿Cómo?! ¿Lo sabes? ¡*Mecagoentodoloquesemenea!* No te llamé para no molestarte en tu luna de miel, además de que pensé que tú serías la que menos sabría del tema. Si nadie me vio, di por hecho que tú tampoco. ¡Dime! ¿Qué hice?

—Tranquila, fierecilla.

—¡Caray! Otra con lo de fierecilla. ¡Ve al grano, por favor!

—Verás, después del baño en la piscina, yo me dirigí a mi chalet para cambiarme y tú me saliste al encuentro. Debo confesar que ibas bastante piripi, Carlota, y te empeñaste en que te dejara las esposas que yo había comprado cuando fuimos al *sex shop* en vísperas de la boda de Fanny, ¿te acuerdas?

—Sí, sí, lo recuerdo. ¿Y qué más?

—Pues poco más. Me dijiste que ibas a ver si terminabas la noche como se merecía y que necesitabas las esposas. Yo te las di, luego te fuiste, yo me cambié de ropa y ya no te vi más.

—¡Joder, Raquel! ¿En serio? ¿No te preocupaste al no verme?

—Chica, yo te creía estrenando las esposas con alguno de los invitados. Por parte de Dante acudieron amigos suyos que no estaban nada mal. De mi parte sabía que no podía ser porque los conoces a todos.

—Pues yo no me acuerdo de haberte pedido las esposas, Raquel. Y si estaba borracha... ¡Dios! ¿Qué demonios hice?

—Carlota, cielo, no le des más vueltas. Lo que pasó, pasó y, como dice Joan Manuel Serrat, *nunca es triste la verdad, lo que no tiene es remedio* —concluyó entonando la canción.

—Eso es cierto, lo que hice no tiene remedio, pero me corroe la duda, Raquel. Cuando me desperté en la cama de Carlos fue un impacto tremendo para mí. ¡Imagínate! ¡Yo con Carlos! Tremendo, chica, tremendo. Y cuando me puso la condición de conocernos mejor para que me sacase de mi incertidumbre, me dieron ganas de matarlo, la verdad.

—Hablas en pasado... ¿Y ahora?

—Bueno... no sé, he conocido aspectos de él que me han gustado. ¿Tú sabías que Carlos es muy altruista y que es un hombre comprometido con la gente a la que ayuda siempre que puede?

—No, no tenía ni idea.

—Pues el gilipollas este me está tocando la patata con estas cosas.

Raquel la miró estupefacta.

—Espera un segundo, Carlota, por favor —le pidió suplicante.

La vio coger el móvil y manejar sus dedos con rapidez sobre su teclado durante un rato.

—Bien, ya está.

De repente, sonaron dos llamadas en el Skype que Raquel aceptó con rapidez.

—Hola, Fanny. Hola, Felipe.

—Pero... —balbuceó Carlota sorprendida.

—¡Hola, chicas! —exclamó Felipe.

—¡Hola! —saludó Fanny.

—Chicos, necesitamos con urgencia un concilio general. Ha surgido un problema: nuestra Carlota se está enamorando.

—¡¡Raquel!! —gritó Carlota.

—¡Ey! No te sulfures, ¿es que no tengo razón? Felipe, Fanny, Carlota me ha dicho que Carlos le toca la patata, ¿es urgente o no?

—¡¿Cómo?! —exclamó Felipe extrañado—. Pero si yo te dejé con ganas de venganza y cabreada como una mona, ¿qué ha pasado?

—Pues que está conociendo otra faceta de él que le hace tilín —aclaró Raquel.

—O sea, que eso de que me portase bien con él el día de tu cumpleaños era porque te gusta, lo que me hace pensar que no tienes confianza en mí. Qué mala prima y amiga, Carlota. Qué decepción —la acusó Fanny con el ceño fruncido, la cara seria y su dedo índice señalándola.

Carlota abría la boca y la cerraba a la vez que se ponía colorada. Se llevó la mano al pecho como si no pudiese respirar.

—¡Maldita sea, Fanny! ¿Cómo te atreves a decir eso?

La cara de su prima se transformó dulcificándose y afloró una amplia sonrisa en sus labios.

—No sabes las ganas que tenía de devolverte las veces que tú me has tomado el pelo a mí —reconoció Fanny entre carcajadas.

—¡Serás cabrona!

—No, soy vengativa. Y ahora no nos distraigas de lo verdaderamente importante y cuéntanos qué sientes por Carlos.

—No os lo merecéis ninguno de los tres, pero en realidad necesitaba hablar con vosotros sobre lo que estoy sintiendo o explotaré.

—¿Ves? Estás hablando de sensaciones, de sentimientos. Venga, larga ya —observó Raquel.

—A ver, tampoco os puedo decir mucho, porque es como si algo se estuviese cocinando a fuego lento día a día. Llevamos una semana viéndonos a diario y cada día ha ido tumbando las razones que le he ido dando sobre mi animadversión hacia él. Y, como es lógico, eso me hace pensar...

—Ya, claro, porque el hecho de que esté como para mojar pan no tiene nada que ver, ¿verdad, Carlotita? —indagó Felipe con sorna.

—Bueno... a nadie le amarga un dulce.

—¡Jolines! ¿Quién es esta Carlota, que me la han cambiado? —preguntó Fanny con guasa—. Ahora sí que te creo, Raquel. Esta tía está loquita por los huesitos de Carlos. ¿Definir al «estirado director» como dulce?

—¿Sabéis qué os digo, panda de demonios? —dijo Carlota con su cara en una mueca de profundo enfado.

Les enseñó el dedo corazón para hacerles una peineta y apagó el Skype.

\*\*\*

Ya eran las diez de la noche cuando sonó el móvil de Carlota. Preocupada, apartó la vista de la novela que estaba leyendo y lo buscó sobre la mesa de centro. Le extrañó ver la cara de Carlos en ella.

—¿Ocurre algo, Carlos? —Fue el saludo lleno de intranquilidad que le salió en primer lugar.

—No, todo está en orden. Solo te llamaba para ver cómo te había ido el día. Yo he tenido un día muy complicado y no he podido planificar nada contigo. Dime, ¿todo bien en las zonas de ocio?

—Sí, tranquilo, todo ha ido bien y lo que se ha doblado, lo he vuelto a enderezar. Hemos tenido algún niño travieso un poco descontrolado y a una pareja de padres que no encontraban a su hija.

Durante casi una hora, Carlos le estuvo preguntando cosas sobre su trabajo

intercaladas con temas personales sobre su familia y su vida íntima de una forma muy sutil. Al cabo de ese tiempo, el joven se despidió porque estaba agotado y se iba a la cama ya.

Durante los dos días siguientes, el único contacto que tuvieron fue a través del teléfono. Dante la llamó en las dos ocasiones a las diez en punto de la noche y se interesó por el trabajo del día y por más detalles sobre su vida.

Indagó en ella con curiosidad no fingida. Realmente le interesaba saber qué hacía en su día a día en Barcelona; los gustos que tenía sobre cine o de música; qué lugares había visitado; su comida preferida; su interés por temas sociales o políticos... en definitiva, por todo lo que le concerniese a ella.

Carlota no era tonta y se dio cuenta de que, aunque fuese a distancia, estaba cumpliendo con su reto y la dejaba hablar a ella sin parar. Él, prácticamente, solo intervenía para hacerle más preguntas de una forma bastante perspicaz e ingeniosa además de que las disfrazaba con mucho arte y no parecía un interrogatorio.

El miércoles por la noche, a la misma hora, cuando ya llevaban una hora hablando, le preguntó por su cumpleaños.

—Mañana es tu día, ¿me sigo invitando a tu cumpleaños o prefieres que no vaya?

—No, no quiero que te *autoinvites*.

—¡Oh, vaya! —exclamó el joven con tono de decepción.

—Te invito yo.

—¡Oh, vaya!

—Ya veo que has ampliado tu vocabulario, Carlitos —se mofó Carlota.

—Es que no me lo esperaba.

—Yo tampoco, pero ¿sabes? Acabo de darme cuenta de que llevo tres días hablando de mí, por lo que te mereces la invitación por soportar toda mi verborrea, además del reconocimiento de haber roto en pedazos la décima razón.

—¡Bien! ¿Ya solo quedan cuatro?

—Eso parece.

—¿Y cuál toca mañana?

—Tu frialdad.

«Con que eso piensas», rumió Carlos para sí mismo.

## Capítulo 11

*A veces, la indiferencia y la frialdad  
hacen más daño que la aversión declarada.*

J. K. Rowling

*9 de agosto de 2018*

Había llegado el día de su cumpleaños. Treinta años solo se cumplen una vez en la vida y quería que fuese un día especial junto a su familia. Fanny tenía razón, y una pequeña reunión familiar era lo que necesitaba. En Barcelona, pese a que Raquel y su padre la trataban como a una más de su reducida familia, no dejaba de añorar a los suyos.

Sí, su madre era peculiar y su padre era un bendito híper mega enamorado de ella que jamás le recriminaba nada, pero eran sus padres, y ella los quería más que a nada en el mundo.

Cuando era niña, o más bien adolescente, en alguna época de esa despótica edad en la que todo lo que concierne a tus padres te molesta, ella había sentido vergüenza por tener la madre que tenía y evitaba que sus amigas la conociesen para que no se riesen a su costa, pero su madre, con esa forma de ser que tenía, se había inmiscuido en su vida como le vino en gana y no le consintió apartarla de sus amistades. Y ahí fue cuando se dio cuenta de que en realidad sus amigas sentían envidia de ella por tener una madre tan «guay». Y es que era «guay», pero también muy peculiar y seguro que muchos la llamarían excéntrica o extravagante. Pues sí, también.

Y ahí estaban ahora, en plena extravagancia de su madre.

Cuando Carlos y Carlota llegaron al adosado de Fanny y Vicente, ya estaban allí Virginia y Pepe, los padres de Fanny y Ximo, su hermano. Pepe era el encargado de hacer la paella mientras el resto se afanaba en preparar la mesa.

Lucía y Pablo, los padres de Carlota, todavía no habían llegado. Era otra peculiaridad de la madre de la joven: le gustaba llegar tarde a todas partes para hacer una entrada triunfal y que todos la contemplaran.

Y la hizo. ¡Vamos que si la hizo!

Primero apareció un hombre alto de cabello rubio con una estampa impresionante. Réplica casi exacta de su hija en masculino. Besó a la familia y se presentó él solo a Carlos.

—Soy Pablo, el padre de Carlota —dijo con un tono de voz grueso y muy modulado.

—Encantado, yo soy Carlos.

Y ya no dio tiempo a más. En ese momento hizo su aparición Lucía.

Cuando Carlos la vio llegar con unos pelos rubios, más bien casi blancos, rizados y alborotados como si fuesen un amasijo de esparto, con un vestido ceñido de *animal print* y con dos velas negras en sus manos, enseguida reconoció a la bruja Lola. Tal cual.

No se parecía en nada a su hija. Era una mujer bajita y un poco rellenita por lo que el vestido resaltaba los michelines que se formaban en algunas partes de su cuerpo, especialmente en la cintura.

—¡Os voy a poner dos velas negras que os van a temblar las orejas! —gritaba Lucía mientras avanzaba por el salón para salir al jardín donde estaban todos—. ¡Dos velas negras para todos porque sois unos mamarrachossss!

Carlota se tapó la cara con una mano y Carlos abrió la boca como si acabase de ver una aparición. La joven, sin apartar la mano de su cara acercó sus labios al oído del director y le susurró:

—No te he comentado que mi madre es... algo extravagante.

—¡Me encanta! ¡Yo era muy fan de la bruja Lola!

—¿En serio? —le preguntó con tono de duda a la vez que despejaba su cara.

—¡Ya lo creo!

Cuando terminó de besar a toda la familia con gran efusividad, Carlota le presentó a Carlos.

—Mamá, este es Carlos Díaz, el director del hotel de Dante, donde estoy trabajando estos días.

—¡Gusiluz, que no soy tonta! Ya me informé de él en la boda —le respondió Lucía. Luego se giró para mirar a Carlos y le extendió la mano

para que se la besara—: Encantada, Carlos, puedes llamarme *Madame Lucinda*.

—¡Mamá! —exclamó Carlota mientras veía como el joven se inclinaba al tiempo que le sostenía la mano a su madre y se la besaba con un gesto grandilocuente.

—¡Ay, niña, no me grites! ¿Qué te pasa? ¿He dicho algo inapropiado?

—¿Cuántas veces te tengo que decir que no me llames *gusiluz*?

—Lo siento, tesorito, pero no puedo evitarlo. —Se giró de nuevo hacia Carlos que la miraba embobado— Cuando mi niña era un bebé, dormía siempre con el *gusiluz*. Pero es que cuando creció, tenía tendencia a constiparse y su naricilla se ponía brillante y mocosa y me recordaba a su inseparable muñeco, así que empecé a llamarla así.

—Eso no era imprescindible que lo supiera, mamá —rezongó Carlota.

—¡Bah, bah, tonterías! —Buscó con la mirada a Fanny—. Cariño, ¿la comida está ya o puedo hacer antes una sesión de cartas? Tengo curiosidad por saber el futuro de alguno de los presentes.

—Mi padre acaba de poner el arroz a la paella, tía. Todavía queda una media hora para comer, así que puedes ejercer de pitonisa —le respondió Fanny con una sonrisa.

—Gracias, tesoro.

La mujer retiró hacia un lado de la mesa algunos de los platos que se habían dispuesto como aperitivo para dejar un hueco libre y se sentó en una de las sillas.

—Ven, Carlos, siéntate frente a mí. Tus vibraciones me están pidiendo que las traduzca de inmediato.

El joven director la obedeció sin pensárselo.

—Estaré encantado de ponerme en sus manos, *Madame Lucinda* —convino Carlos.

Carlota lo miraba extrañada. En ningún momento le notó que se estuviese mofando de su madre, más bien todo lo contrario. Realmente parecía fascinado por ella.

Lucía sacó un tapete de fieltro morado de un enorme bolso que llevaba colgando de su hombro y que había depositado en el suelo junto a ella y lo extendió sobre la mesa. Luego extrajo cinco velas de varios tamaños y colores, las encendió y las colocó a ambos lados del tapete. Después sacó un soporte de incienso y su barrita correspondiente, la encendió con la llama de

una de las velas y la colocó sobre el soporte para depositarlo un poco más alejado que las velas.

Toda esta parafernalia era seguida por las miradas de toda la familia que se había concentrado alrededor de ellos dos. Las manos de dedos gordezuelos con las uñas largas pintadas de rojo y repletas de enormes sortijas de Lucía se movían con ligereza, como si ese ritual lo hubiese hecho durante toda su vida. Luego sacó una baraja de cartas del Tarot, la barajó con esmero durante un rato mientras su rostro expresaba concentración y puso el montón en la mesa entre ella y Carlos.

—¿Qué quieres saber? Hazme una pregunta lo más definida posible.

—¿Voy a encontrar el amor?

A Carlota se le paró el corazón. No se esperaba esa pregunta de él. En realidad, pensó que querría saber por su trabajo.

—Haz tres montones con tu mano derecha, por favor —le pidió Lucía a Carlos.

El joven le hizo caso y dividió el montón en tres. Después, la pitonisa volvió a unir los tres montones en sentido inverso y extendió el mazo en el tapete.

—Elige tres cartas.

Carlos extrajo las tres cartas y Lucía les dio la vuelta.

—¡Ay, Dios mío! Esto es increíble, Carlos. ¡Increíble! Está clarísimo. Mira, la primera carta es El Mago, que nos está hablando de nuevas oportunidades en el amor, del inicio de una nueva relación y de que la solución que te preocupa está en tu mano. La segunda es La Emperatriz, que representa la relación equilibrada, el amor, la sensualidad... augura la llegada de los hijos, la fortaleza de la relación, el apoyarse en los sentimientos de la pareja y habla de sentimientos muy fuertes. Y la tercera son Los Enamorados que nos indica que en esa relación va a triunfar el amor, la unión, que habrá boda, también la llegada de hijos, solidez en la relación, aparición de alguien nuevo con quien vas a vivir algo muy intenso.

Lo miró con fijeza, luego miró a su hija y volvió a mirar a Carlos.

—Creo que podrás responder por ti mismo a tu pregunta, ¿no? —continuó Lucía.

—Sí, sí, claro —balbuceó el joven al tiempo que se levantaba de la silla impactado por lo que le acababa de decir Lucía.

Carlota los miraba con el rostro congestionado y el ceño fruncido. En

cuanto pudo, le dio un empujón a Carlos para apartarlo de su familia.

—No te creas ni una sola palabra. Mi madre no sabe tirar las cartas ni es pitonisa. Hace un mes era la viva imagen de María Teresa Campos: imitaba sus gestos, su ropa y su forma de peinarse. A mí me llamaba Carolu e iba haciendo entrevistas por todos lados. Cada cierto tiempo cambia de personaje televisivo.

—¿En serio?

—¡Ya lo creo! No te puedes hacer una idea de la de personajes que ha recreado. Jamás sé con quién me voy a encontrar cuando la llamo por teléfono o vengo a verla.

Carlos se carcajeó con ganas.

—¡Me encanta! Ya me he hecho fan de ella. Debe ser muy divertido y entretenido. ¿Adivinas quién es normalmente?

—Ahí donde la ves se camufla de maravilla. No sé cómo lo consigue, pero se convierte en un fiel reflejo del personaje.

—Porque me lo creo, parejita —oyeron la voz de Lucía tras ellos a la vez que unos brazos los rodeaban por la cintura y los atraía hacia ella

—¡Mamá!

—¡Ay, hija, me vas a desgastar!

—¡Pero es que Carlos y yo no somos pareja!

—¿Ves cómo leo el futuro? Lo seréis, *gusiluz*, lo seréis.

—Eso no lo verán tus ojos, mamá.

—¡Oh! ¿Es que tú también eres adivina y has visto que me voy a quedar ciega?

Carlos las miraba interactuar con los labios apretados para intentar contener la risa.

—¿Puedo opinar? —preguntó el joven.

—¡No! —gritó Carlota.

—Niña, no le contestes así a tu futuro marido —le recriminó su madre.

—¡Ay, Dios! —exclamó con resignación a la vez que se tapaba la cara con las manos.

—Dime, querido yerno, ¿qué es lo que deseabas decir?

—*Madame* Lucinda, para mí sería un honor que usted fuese mi suegra, pero estoy de acuerdo con Carlota. Ella y yo hemos sido, hasta hace muy pocos días, enemigos acérrimos, y aunque ahora estamos conociéndonos de verdad, nos hallamos muy lejos de una pedida de mano.

—¡Tan lejos que ni la habrá! —exclamó Carlota.

—¡¿Dudas de mi predicción?! —exclamó Lucía a la vez que su hija—. ¡Te voy a poner dos velas negras!

—¡Todos a sentarse! —anunció Fanny en ese momento al ver que su padre llegaba con la paella.

—Mira qué suerte tienes, Carlos, te vas a librar porque estoy muerta de hambre, Ya te pondré las velas en otro momento.

Las risas se hicieron generales al oír a la supuesta pitonisa. Todos se sentaron alrededor de la mesa y el buen humor llenó la comida junto con la apetecible paella que había hecho Pepe, el padre de Fanny. La sobremesa se alargó hasta la noche entre conversaciones llenas de risas, copas y anécdotas contadas por los padres de ambas primas y por la ronda de predicciones de Lucía o *Madame* Lucinda, como ella se hacía llamar.

Carlos participaba y observaba todo con entusiasmo. Compartir ese día con Carlota y su familia estaba siendo muy revelador para él. Hacía muchos años que él no formaba parte de un día en familia, aunque no fuese la suya.

Los estudios primero y el trabajo después, se habían convertido en el centro de su vida tras la muerte de sus padres. Al principio fue una forma de no pensar en lo sucedido, de no revolcarse en la mierda. Ya tenía bastante con subsistir él solo, aunque también debía reconocer que estaba orgulloso de haberse hecho a sí mismo. Pero en esos momentos habría dado todo lo que tenía por haber compartido sus logros con una familia, por pequeña que esta fuese.

Un gran anhelo se instaló en su corazón; se acababa de dar cuenta de que lo echaba de menos. Y mucho.

Cuando llegó el momento de las despedidas, Lucía le dio un gran achuchón a su hija y le susurró al oído:

—Carlos es un bomboncito, nena. Aprovecha ese cuerpazo que debe ser una fiera en la cama. Te lo digo yo.

—¡Mamá! —masculló Carlota en el oído de su madre—. Ya te he dicho que no hay nada entre nosotros.

—Ya lo habrá, *gusiluz*, ya lo habrá. Y a no tardar mucho. Y mi consejo es que lo aproveches. Este hombre no es solo tu media naranja, entre los dos hacéis una macedonia entera y si la aderezas con nata, mucho mejor. —Se separó de ella y le guiñó el ojo con una pícaro sonrisa dibujada en sus labios.

Su hija le correspondió sacándole la lengua con burla. Los ojos de Carlota

se notaban achispados y su voz había sonado algo estropajosa al hablar con su madre.

Estas comidas familiares normalmente terminaban así porque la sobremesa se solía alargar hasta casi la cena o más..., así que una copita por aquí, otra por allá, un brindis por aquí y otro por allá... Conclusión: todos terminaban algo piripis.

Carlota y Carlos salieron del chalet de Fanny en silencio. Era una preciosa noche de luna llena y paseaban con tranquilidad en busca del coche. Además, Carlota intentaba disimular el balanceo que notaba bajo sus pies, cuando de repente, de la nada, apareció una extraña mujer que se dirigía por la acera en dirección contraria a ellos. En el momento en el que pasó por al lado de la pareja, le dio un empujón a Carlos, le arrancó el bolso a Carlota de su brazo e intentó salir corriendo, pero Carlota, de inmediato, sin pensárselo, la persiguió, saltó en el aire y le hizo un placaje. Estuvo fantástica, fue impresionante.

Carlos acudió en su ayuda enseguida y mientras ella le arrebatava el bolso a la ladrona, él intentaba sujetarla para que no golpease a Carlota ante el arrebato que le había dado a la mujer al sentirse atrapada.

—¡Si te crees que me vas a quitar el bolso, la tienes clara monada! —gritó Carlota—. ¡Es mío!

—¡Socorro! —vociferó la ladrona.

Carlos, asombrado, vio cómo Carlota había agarrado por los pelos a la mujer y estiraba de ellos con fuerza.

—¡Carlota, suéltala! ¡Ya la tengo yo!

Carlos la había agarrado por las muñecas e intentaba incorporarla, pero Carlota, que estaba sentada sobre su espalda, se lo impedía.

—¡A mí no me roba ni el Dioni<sup>[3]</sup>!

En vista del ofuscamiento que tenía Carlota, el joven no tuvo más remedio que soltar a la mujer para intentar separar las manos de Carlota del pelo, hecho que utilizó la ladrona para escurrirse como una anguila de entre las piernas de Carlota y poner pies en polvorosa.

—¡Por tu culpa, joder! ¡Se ha fugado por tu culpa! —reprendió Carlota a Carlos mientras intentaba ponerse de pie, sin conseguirlo.

Las piernas le temblaban y tuvo que ser ayudada por el director.

—¡Suelta, yo puedo! —le increpó al joven al tiempo que se erguía sobre sus piernas y estiraba todo su cuerpo.

—Venga, vayámonos. Por si no te has dado cuenta, te has destrozado las rodillas con tu lanzamiento en plancha sobre esa mujer, que por otra parte he de decir que ha sido un placaje de película.

Carlota bajó la mirada hacia sus piernas. Sus rodillas sangraban al habérselas rozado contra el suelo rasposo de la acera.

—¡Hala, con razón me dolían!

El director la cogió por el codo y la instó a seguirlo hasta el coche. Se montaron y se adentraron en el tráfico caótico de Benidorm.

—¿Por qué has dejado escapar a esa mujer?

—Carlota, yo no pretendía dejarla escapar, pero no quería que le hicieses algo irreparable. Sabes de sobra que, si tú le hubieses hecho alguna herida o algo similar, te podría haber denunciado y serías tú la perjudicada.

—En eso tienes razón. Gracias por preocuparte por mí.

—A sus órdenes, mi bella damisela.

La joven rio con fuerza. Había recostado su cabeza en el asiento y tenía los ojos cerrados.

—Eso me lo apunto. Pensaré qué órdenes darte, pero será en otro momento, ahora no tengo ganas de pensar.

—¡Pufff! No sabes cuánto me alegro de que sea así. Si tú no tienes ganas de pensar, yo no tengo ganas de hacer nada. El día con tu familia me ha dejado noqueado.

—Son agotadores, ¿verdad? —Y sin esperar respuesta, continuó—: Pero muy divertidos.

Carlos insistió a Carlota para que lo acompañara a su chalet para curarle las rodillas.

—Que conste que voy a seguir tu consejo porque no se me da nada bien ejercer de enfermera. Bueno, y porque creo que no estoy en condiciones de hacer nada en estos momentos.

Carlos la obligó a tumbarse en el sofá para poder curarla y cuando terminó, la joven se había quedado dormida, así que la cogió en brazos y la tumbó sobre su propia cama.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo al verla allí. Parecía pertenecer a ese lugar. La contempló durante un buen rato. Era una mujer extraordinaria y cuanto más y mejor la conocía, más le gustaba.

Su fortaleza era casi inquebrantable a la vez que justa. Cualquiera, en las mismas circunstancias que ellos estaban atravesando, se empecinaría en tener

la razón, pero no era el caso de Carlota. Ella reconocía cuando se había equivocado en las apreciaciones que había tenido a priori con él. Aceptaba su error y eso hacía que él tuviese aún más ganas de demostrarle que estaba equivocada. No percibía que se daba contra una pared, que era lo que él había temido en un principio. Él también se había equivocado con ella. Y mucho. No era una mujer superficial ni egocéntrica. Era fuerte de carácter, eso sí, pero también usaba esa fortaleza para querer a los suyos.

\*\*\*

Un ruido ensordecedor la hizo incorporarse y abrir los ojos con brusquedad. ¿Qué había pasado? ¿Dónde estaba? Miró alrededor entre tinieblas y la habitación le resultó conocida. En cuanto vio una chaqueta colgando del galán de noche, comprendió dónde se encontraba. Se miró a sí misma. Esta vez estaba vestida y sus manos permanecían en libertad, pero reconoció el cuarto de Carlos.

Otros sonidos más ligeros llegaron hasta la habitación. Carlota se levantó de la cama y tras asearse un poco, se dirigió hacia el salón del chalet. Tenía la cabeza algo entumecida y la boca pastosa. Odiaba tener resaca, por eso se cuidaba mucho de no traspasar el límite del alcohol que se la producía, pero es que pasar un día con su familia entre risas y sorbito a sorbito, traía esas consecuencias casi irremisiblemente.

Cuando llegó al salón se encontró a Carlos recogiendo del suelo unos cristales rotos. Solo llevaba puesto unos pantalones cortos de algodón de color gris y sus músculos se perfilaban con cada movimiento de sus brazos y torso desnudos. Del cabello le caían algunas gotitas sobre los hombros que evidenciaba la proximidad de un buen remojó en todo su cuerpo.

Las mariposas comenzaron a revolotear en el estómago de Carlota y un latigazo de deseo se le enredó en todo el cuerpo. ¡Ese cuerpo esculpido era tremendo! Sus manos estuvieron a punto de lanzarse a acariciar las gotas que se deslizaban por su espalda.

—Creo que me he dormido —se decidió a hablar Carlota antes de que él la descubriera con la mirada fija en su cuerpo.

Carlos giró la cabeza para dirigir sus ojos hacia ella con una amplia sonrisa.

—¿Solo lo crees? —preguntó con guasa a la vez que se levantaba con los

cristales en la mano.

—¿Qué has roto?

—Una copa, así que tendremos que compartir la que queda. He pedido algo de cena mientras esperaba que te despertaras.

—Pues te lo agradezco porque las tripas me crujen de hambre.

En un santiamén prepararon la mesa como si fuese algo a lo que estuviesen habituados a hacer. Sobre la mesa depositaron el menú que había pedido Carlos al restaurante del hotel y que constaba de una ensalada César y tortilla de patatas.

—¿Te molesta que coma así o vas a hacer que me vista? —preguntó Carlos.

—Pues... yo soy una mujer muy vergonzosa y me da apuro verte medio desnudo —le respondió con sarcasmo.

—Sí, y yo soy una monja de clausura.

—¡No caerá esa breva! —murmuró no lo suficientemente bajo para que no lo oyese él.

—¡Ah! Conque lo que pasa es que te pongo nerviosa al verme así, ¿eh? —se burló Carlos al intuir lo que le pasaba a la joven.

Carlota abrió la boca con una expresión que decía: «¡Pillada! ¿Qué respondo yo a eso?». Su mente, ralentizada por el abotagamiento, tardó largos segundos en reaccionar.

—¡Eso quisieras tú!

El joven la miró con intensidad. Y ella supo que sí, que había acertado de pleno y el nerviosismo inundó todo su ser. Y un clima de deseo se instauró en la sala mientras ambos se sentaban y comenzaron a degustar la cena. Las palabras se quedaron atascadas en la garganta mientras los ojos hablaban por los dos.

En varias ocasiones sus manos se rozaron al coincidir en la copa en busca de un sorbo del vino que había elegido Carlos hasta que él retuvo en la copa la mano de Carlota bajo la suya, apretándola con dulzura y calor.

—Me gustaría demostrarte que no soy frío.

El latigazo de pasión que sintió Carlota le hizo tragar con fuerza. Buscó la mirada de Carlos y vio sus ojos clavados en ella con un brillo peligroso. Oleadas de calor encogió y excitó su interior. Pensamientos salvajes, calientes y morbosos hicieron que su respiración se agitase. Notó que él jadeaba y se le secó la boca ante la idea de lo que eso presagiaba.

Carlos acarició su mano y el suave y delicioso contacto de su piel hizo que

le temblase todo su cuerpo. La necesitaba junto a él. Piel con piel. Sobrecogido por aquella fuerza de sensaciones que le desbordaban, casi ni se atrevía a moverse por miedo a romper el hechizo. Curvó un lado de su boca a modo de sonrisa.

—Me siento terriblemente atraído por ti —continuó él con un hilo de voz que consiguió balbucear.

El cerebro de Carlota se desconectó ante la intensidad de su mirada y la caricia que empezó en su mano pero que ahora se deslizaba por su brazo.

Se produjo un largo silencio mientras la mano de Carlos continuaba con su recorrido hasta llegar al cuello, ejerció una suave presión para acercar su cabeza a la de él a la vez que se inclinaba hacia ella. Acarició con sus labios el cuello de Carlota y descendió por él hasta llegar a la clavícula antes de volver a subir.

Carlota notó cómo se le erizaba la piel a medida que los labios de Carlos la recorrían hasta llegar a su propia boca.

Carlos la escuchó jadear y eso lo animó a explorar los labios de la joven, los lamió y degustó su sabor. Notó cómo los brazos de ella le rodeaban el cuello y dejó que las sensaciones se descontrolaran. Se levantó de la silla sin soltarla y la apretó a su cuerpo para que notara cómo ardía también por fuera.

Fuego y pasión los rodeaban.

Los dos cuerpos se amoldaron enseguida y Carlota pudo sentir el torso duro y cálido de Carlos que le provocó un deseo abrasador y vibrante que le quemaba la piel.

Carlos gimió sobre sus labios y atacó su boca con una pasión feroz. La deseaba de una forma sobrehumana, desesperada, y cuando notó que ella le correspondía y luchaba con él en poseer cada uno la boca del otro, todo se convirtió en pasión y frenesí.

Después de largos minutos de comerse mutuamente la boca, Carlos a duras penas pudo desprenderse para susurrar:

—¿Me acompañas a mi cuarto?

El tiempo se le hizo interminable y su corazón palpitaba con fuerza esperando una respuesta afirmativa que necesitaba oír con ansia.

Carlota levantó sus ojos hacia los de él, elevó su cabeza y le dio un beso lento y demoledor que provocó un temblor descontrolado en Carlos. Luego desprendió con parsimonia sus labios de él y volvió a mirarlo con ojos aturcidos y enarcó una ceja como si con ese gesto le indicase si había

entendido la respuesta.

De improviso, la joven se soltó, separó su cuerpo del de Carlos y se giró para echar a correr.

—¡Tonto el último! —exclamó mientras se dirigía hacia la habitación del director.

Carlos reaccionó enseguida y salió detrás de ella, pero no logró atraparla. Antes de que sus manos logaran agarrarla, la joven se tiró en plancha sobre la cama. Él se aproximó a la cama, encendió la luz de la mesita de noche y la contempló con detenimiento. Sus ojos la recorrieron de abajo arriba y reflejaron tal necesidad por Carlota que la joven se estremeció solo de ver su intensidad.

Sin dilatar más el tiempo, Carlos se desnudó y se arrodilló junto a ella. Comenzó a desprenderle de la ropa cuidadosamente hasta que se quedó desnuda. Deslizó las manos por su fina y suave piel, recorrió su cuerpo con parsimonia, deleitándose en cada centímetro. Inclino su cuerpo hasta hundir su cara en el dorado cabello desparramado sobre la almohada de la cama y aspiró con fuerza. Un penetrante olor a cítricos inundó sus fosas nasales.

Carlota rodeó el torso de Carlos con sus brazos y acarició su espalda. Recorrió con minuciosidad sus músculos y sintió cómo él se estremecía y gemía en su oído a través de su manto de pelo.

Carlos le retiró el cabello del cuello, le pasó la lengua por allí y por la clavícula donde se dilató con esmero al notar las violentas pulsaciones que palpitaban en el hueco entre la clavícula y el cuello. Sus manos se deslizaron hasta sus rotundos senos y los acarició con calidez. Los pezones se contrajeron y él los tomó entre sus dedos índice y pulgar, los pellizcó y tiró de ellos con suavidad.

Ella sintió que desde los dedos de los pies se disparaba una corriente que la recorría hasta el último pelo de su cabello.

Él bajó los labios, surcando húmedos regueros de besos hasta que capturó un pezón con su boca y tiró de él con fruición. Carlota se estremeció y agarró la cabeza de Carlos con la intención de que no la apartase de allí. Las piernas de la joven se movían con nerviosismo y su torso se arqueó con frenesí.

Carlos levantó la cabeza para mirarla a los ojos azules que transmitían una fuerte necesidad, la besó con avidez a la vez que se colocaba entre sus piernas y se hundía en ella con un impulso firme que llenó el interior de ella. Se apoyó sobre los codos a ambos lados de ella e introdujo un pezón en la boca,

luego el otro, dándoles pequeños mordiscos que la indujeron a retorcerse bajo él y a arañar su espalda con las uñas.

El joven la acometió con urgencia, salió de ella y volvió a empujar con un ritmo que la hizo gemir de placer.

Carlota le agarró la cabeza, la acercó hasta la de ella para besarla con pasión y fusionó su cuerpo al de él al sentir el placer en todos los poros de su piel cuando el clímax la recorrió de punta a punta.

Carlos la sujetó por las nalgas para introducirse con mayor profundidad al tiempo que estallaba su propio cénit. El sudor le perlaba la frente cuando, agotado, se dejó caer junto a la joven con un suspiro que decía mucho.

—Ha sido increíble —murmuró Carlos sin fuerzas.

—¡Ya lo creo! Acabo de tachar de la lista tu supuesta frialdad.

El joven director se sujetó el estómago por los espasmos al estallar en fuertes carcajadas.

—Me matas, Carlota, me matas. —Se giró en la cama para ponerse de lado y poder contemplar a la joven en todo su esplendor—. Oye, ¿me haces un favor? ¿Podrías quedarte a dormir aquí? Te prometo que no te estorbaré. Solo es un capricho de cumpleaños.

—¡Eh! Es mi cumpleaños, no el tuyo.

—Yo no he dicho que lo fuera... Por cierto, mañana tengo algo planeado que se prolongará durante todo el fin de semana, ¿cuál se supone que es la siguiente razón que me convierte en un ser abyecto?

—¡Uy! Viene una prueba de fuego: no eres nada romántico.

—¡Ah! ¿Con que no lo soy? Pues mira tú por donde, este fin de semana te demostraré lo contrario. Lo que tengo planeado me viene como anillo al dedo, ¡y antes de que me lo dijese!

—Bueno... ya lo veremos —dudó Carlota al tiempo que se llevaba una mano a la boca para tapar el bostezo que le sobrevino.

—Venga, a dormir. Estás muerta de sueño. ¿Hacemos la cucharita?

—¡Y una leche! Esto ha sido solo sexo y no hay cucharitas que valgan. Mañana toca el romanticismo y si lo cumples, me lo pensaré.

—Entonces, ¿vamos a repetir mañana? —inquirió Carlos guasón.

—¡Ay! ¡Ya no sé lo que digo! ¡A dormir!

Y a la vez que cogía la sábana y se la echaba por encima hasta la cintura, se dio la vuelta para darle la espalda al director.

Carlos se quedó mirándola con detenimiento durante un rato.

—¡Apaga la luz! —exclamó Carlota arrancando al joven de sus pensamientos.

Pero en cuanto la hubo apagado, su cabeza volvió a llenarse de Carlota.

«¿Qué me pasa? Por dentro siento algo que no pensaba que iba a sentir», pensó Carlos mientras esperaba acostumbrarse a la oscuridad para poder vislumbrar el cuerpo desnudo de Carlota junto a él.

Al mismo tiempo, la joven, con los ojos abiertos de par en par, sin poder conciliar el sueño, pensaba en lo que acababa de pasar.

«He sentido algo en mi interior que no estaba previsto. ¿Qué me pasa?», pensó Carlota.

Carlos fijó los ojos en la curva de la cintura de la joven.

«Pensaba que los pálpitos en el corazón que sentía cada vez que la veía se debían al deseo, pero ahora sigo con ellos», meditó Carlos.

«La aceleración del corazón que sentía cuando estaba a su lado creía que era por el apetito sexual que tenía, pero no se me ha calmado», meditó Carlota frunciendo el ceño.

Carlos deslizó la mirada por los reflejos de la luna en los dorados cabello de la joven mientras se preguntaba: «¿Por qué tengo la necesidad de estar siempre junto a ella?»

Carlota sintió una gran congoja en su corazón y se preguntó: «¿Por qué me gustaría prolongar hasta el infinito su compañía?»

«¿En serio tengo sentimientos más fuertes? ¿No era solo deseo? ¿Me estoy enamorando de ella?», retumbaban estas preguntas en la mente de Carlos.

«¿Qué es lo que estoy sintiendo? ¿Por qué noto mariposas en mi estómago? ¿Es esto amor?», barruntaba Carlota pasmada.

Recordó que Raquel, cierto día que hablaban sobre su enamoramiento con Dante, le dijo que el amor era inesperado, que atacaba de repente. Exactamente sus palabras fueron: «A veces te enamoras de alguien inesperado en el lugar más inesperado y en el momento más inesperado, y por eso el amor es abrir el corazón a cualquier posibilidad por inesperada que esta sea.». Sabias palabras las de su amiga.

¿Sería capaz de seguirlas ella?

¿Sería capaz de comprenderlo él?

## Capítulo 12

*¿Qué si soy un romántico?  
He visto Cumbres Borrascosas diez veces.  
Johnny Depp*

*10 de agosto de 2018*

Un fuerte picor en la nariz despertó a Carlota del sueño húmedo que estaba teniendo. En él, Carlos estaba sobre ella, la besaba con pasión mientras le estimulaba los pezones con las dos manos. Ella no podía tocarlo porque tenía las manos estiradas hacia el cabezal de la cama con... ¡las esposas de pelo rojo puestas!

De inmediato intentó mover los brazos, ya no solo para rascarse la nariz, sino que también para comprobar que estaban libres. ¡Y lo estaban! ¡Ufff, menos mal! ¿O no? El sueño había sido realmente excitante. ¡Mucho!

De repente recordó dónde estaba y giró su cabeza para mirar el otro lado de la cama. Estaba vacía salvo por una hoja de papel. La agarró y leyó las pocas palabras que en ella estaban escritas con una letra clara, firme y muy personal. En ellas, Carlos la citaba a media tarde en el chalet de la joven y le pedía que preparase ropa para unos días en la que incluyese ropa de baño. Él se había ido a ultimar todos los detalles del fin de semana, así que se levantó enseguida, se vistió con rapidez y se marchó a su chalet a prepararlo todo.

\*\*\*

—Desde luego, ya estabas tardando en ser el de siempre, Don Pedante —  
refunfuñó Carlota.

—Eso no es justo, Carlota. Mi terquedad se debe a que quiero que sea una

sorpresa.

—Pues eso, que ya ha salido tu parte prepotente.

—¡Joder, Carlota! ¡Esto no es prepotencia! Mira que te gusta darle la vuelta a la tortilla.

Al no recibir una respuesta agria de ella, bueno... más bien ninguna respuesta, aprovechó al pararse en un semáforo rojo para girar su cabeza y mirarla.

Y entonces lo entendió todo.

La joven apretaba los labios en un intento de retener las carcajadas que pugnaban por salir de su boca.

—¡Serás cabrona!

Carlota por fin rompió a reír con una risa que destilaba verdadera felicidad. Y es que lo era. Tenía la convicción de que Carlos iba a hacer todo lo posible para que ese fin de semana fuese inolvidable para ella. Se jugaba mucho. Por ahora había ganado todos los retos y la joven creía que este era uno de los más difíciles de rebatir. O se es o no se es romántico. No era como quitarse la gomina de la cabeza.

El coche circulaba por la carretera nacional en dirección a Valencia. Carlota no tenía ni idea de a dónde iban, pero la verdad es que no le importaba.

Salieron de Benidorm, cruzaron Altea y en cuanto llegaron a la urbanización *Altea Hills*, abandonó la carretera nacional y se adentró entre las callejuelas que conducían al mar, por lo que Carlota pensó extrañada: «¿Otra vez a la playa?».

Pero estaba equivocada, en cuanto bajaron del coche y sacaron las pequeñas maletas que estaban en el maletero, el joven se dirigió en dirección distinta a la que llevaría a la cala. La agarró por la mano con delicadeza y la instó a que lo siguiera por ese intrincado de calles hasta que desembocaron frente al Club Náutico Campomanes.

Carlota giró el rostro con brusquedad hacia el joven y lo miró atónita. Carlos le devolvió la mirada con una sonrisa complacida.

—Un amigo me ha dejado su barquito para que podamos disfrutar unos días en el mar.

Carlos la guio por el embarcadero hasta que se paró frente a...

—¿Un yate?! —gritó Carlota en cuanto lo vio.

—Sí, un yate de casi doce metros de eslora.

—Pero ¿tú sabes llevar este bicho?

—No, pero mi amigo me ha aconsejado un patrón de recreo amigo suyo para que lo lleve.

Carlota no podía apartar la mirada del yate. Era una embarcación moderna y muy estilizada con dos cubiertas. Desde el embarcadero se podía ver la plataforma de teka para el baño y un sofá con rinconera redonda tapizado en polipiel blanca con ribetes en chocolate en la cubierta exterior del primer piso.

En ese momento, del interior de la cubierta interna salió un hombre con un color de piel del moreno más oscuro que jamás había visto Carlota y vestido casi igual que Carlos. Ambos llevaban un polo con gruesas rayas horizontales, aunque en el de Carlos se combinaba los colores azul turquesa, blanco y negro: y en el del hombre, rojo, blanco y azul marino. En cambio, los pantalones cortos de color crudo parecían iguales y los náuticos azules con adornos en color tabaco eran casi idénticos.

La joven por poco no pudo contener la risa al contemplar lo predecibles que eran los dos.

—Buenos días, soy Santiago, pero me podéis llamar Santi. Supongo que vosotros sois la pareja que espero —les dijo enseñando sus luminosos dientes a la vez que alargaba la mano hacia Carlos.

—Encantado, Santi. Yo soy Carlos —le respondió el joven a la vez que le estrechaba la mano.

—Yo soy Carlota. Encantada de conocerte, Santi —fue la respuesta de la joven estrechando también su mano.

—Si queréis, primero os enseño las dependencias del barco y zarpamos de inmediato —propuso el patrón señalando la puerta corredera de cristal que daba acceso al interior de la cubierta.

—Me parece bien —aceptó Carlos.

Al traspasar la puerta, lo primero que encontraron fue otro sofá de piel blanca con forma ovalada, una mesa de centro con la misma forma y una reducida cocina con muebles de madera de chopo junto al puesto de mando y entre ellos, una escalera daba acceso a la zona más privada donde un pequeño pasillo servía de distribuidor de, en primer lugar, dos camarotes con dos camas individuales cada uno; a continuación, dos pequeños aseos completos ; y, al fondo, el camarote principal con cama de matrimonio.

—¡Es precioso! No tiene nada que ver con el barco que solemos alquilar para navegar alguna que otra vez.

—Podéis elegir el o los camarotes que queráis, yo me quedaré con el que no ocupéis, aunque, si no os importa, en estos casos prefiero pasar la noche en la cubierta superior. Me gusta dormir bajo las estrellas, además de que así vigilo. Durante el día, mientras vosotros disfrutáis de alguna cala o del mar, yo utilizaré el camarote para descansar. Estos días son para vosotros y yo intentaré no interferir en vuestras vidas lo menos posible —les informó Santi.

—Por mí puedes acomodarte donde quieras.

—Gracias, Carlota. Ahora venid, subamos a la cubierta superior. Os gustará también.

Volvieron a la cubierta exterior en donde se encontraban las escaleras para subir. Santi fue el primero y le siguió Carlota. Carlos, que iba el último, no pudo evitar mirar el trasero de la joven que caía justo delante de sus ojos. Enfundada en unos vaqueros cortos que dejaban entrever sus glúteos, el director tuvo la tentación de...

—¡Ay! ¡No me pellizques! —le recriminó Carlota bajando la voz.

—Lo siento, pero no te lo prometo. Tienes un culo muy tentador —le contestó en el mismo tono y con una amplia sonrisa.

La joven lo miró por encima del hombro exhibiendo una sonrisa cautivadora, y meneó el trasero con descaro para tentarlo, pero enseguida terminó de subir las escaleras y lo dejó con tres palmos de narices.

En la cubierta superior se encontraron con otro sofá blanco de polipiel con forma de ele junto al puesto de mandos y una amplia colchoneta solárium en la proa.

—¡Esto es fantástico! Me va a encantar pasar horas y horas aquí tomando el sol —exclamó Carlota entusiasmada.

—¡Menudo plan! —protestó Carlos con guasa—. Si llego a saber que te conformas con tomar el sol me habría ahorrado la molestia de organizar todo esto. En el complejo lo podrías haber tomado sin tanta parafernalia.

—¡Pero esto mola mucho más! Es más chic.

—Bien, ¿zarpamos? —preguntó el patrón.

—Sí, por favor —contestó la joven.

—Supongo que sabes la ruta que he planeado, ¿no? —inquirió Carlos a Santi.

—Sí, por supuesto. No te preocupes, que tendréis un fin de semana perfecto.

Los dos jóvenes bajaron hasta la cubierta exterior para sentarse en los sofás

a observar cómo salían del puerto deportivo y se adentraba en el mar hasta virar el barco para navegar siguiendo la costa con lentitud.

—¿Has navegado muchas veces? —le preguntó Carlota a Carlos.

—¿Yo? ¿Navegar? ¡Qué va! Es la primera vez que me subo a un barco.

—¿En serio?

—Creo que no he pasado de un patinete y, cómo no, siempre me han tocado los pedales.

Según iban conversando, Carlota lo miraba con más fijeza. Notaba algo extraño en el rostro de Carlos...

—Oye... ¿es posible que te vea más blanco? —inquirió con interés.

—Bueno... creo que me estoy mareando...

—¿De verdad?

Carlos ya no escuchó lo que le preguntaba Carlota porque había salido disparado y dando tumbos hacia el aseo. La joven se llevó la mano a la boca para amortiguar la risa que le brotó sin querer. ¡Pobre! No era para reírse. Seguro que ahora estaba arrojando hasta la primera papilla.

Mientras Carlos intentaba controlar sus mareos e incontinencia estomacal, Carlota se dedicó a contemplar la belleza del paisaje mediterráneo con sus montes, algunos de ellos repletos de urbanizaciones de chalets. Sus aguas tranquilas, claras y cristalinas se rompían con el paso del yate.

En cuanto rebasaron el morro de Toix, justo enfrente, apareció el peñón de Ifach de Calpe que es un parque natural situado en el mar en una enorme mole calcárea que está unida al continente por un estrecho istmo y que es símbolo de la Costa Blanca. El barco ralentizó aún más la velocidad, bordeó el morro y se acercó lo más posible a la cala de Gasparet hasta detenerse.

—¡Ay, Dios! ¡Qué mal rato he pasado! —exclamó Carlos apareciendo en la cubierta—. Menos mal que ya se ha parado.

—¡Pobre! —se compadeció la joven—. ¿Cómo se te ocurre navegar si te mareas?

—¡Es que no tenía ni idea! Ya te he dicho que es la primera vez que me subo a un barco. ¡Maldita sea!

—¿Quieres que volvamos al puerto?

—¡No, no! Fondearemos en esta cala hasta mañana, si no te importa. La idea es ponernos ahora el bañador y nadar hasta la playa de la cala.

—¿Te atreves? —inquirió la joven al recordar lo sucedido en la playa.

—Tranquila, lo que me pasó fue una casualidad. Jamás me había ocurrido

antes, así que no tiene por qué suceder otra vez.

—¡Ah! Pues genial. Pero te aviso, no voy a poder resistirme a hacer una carrera desde aquí hasta la orilla.

—¡Joder, Carlota! ¡Me vas a ganar! —protestó Carlos frunciendo el ceño.

—Con esa intención lo hago.

—Pero es que no quiero que llegues a la playa antes que yo.

—¿Un capricho de machito incapaz de verse vencido por una mujer? —ironizó Carlota.

—¡No! ¡Joder! Al final lo vas a fastidiar todo —refunfuñó el joven.

—¿Yo? Me parece que el mareo te ha afectado al cerebro. Que sepas que me estás empezando a cabrear —espetó Carlota a la vez que ponía los brazos en jarras.

—Pues yo diría que ya lo estás.

—Pues mira, parece que ya empiezas a conocerme mejor, porque tienes razón.

—¡Está bien, está bien! ¡Para! —alzó la voz Carlos a la vez que elevaba los brazos con las palmas hacia fuera con un claro gesto de pedirle que se calmara—. No te exaltes. Te lo explico —dijo con resignación—: es que quiero que lleguemos juntos a la orilla porque tengo una sorpresa allí para ti.

Carlota se quedó con la boca abierta. Su intención había sido rebatirle y seguir con la gresca, pero al oír las últimas palabras del joven, se quedó paralizada. ¡A ella le encantaban las sorpresas! Desde muy niña se entusiasmaba cada vez que su padre le traía una simple «chuche» y de mayor tampoco necesitaba mucho más para excitarse ante cualquier sorpresa.

—Entonces, ¿a qué estamos esperando? Venga, rápido, cámbiate, yo llevo el bikini puesto —lo azuzó a la vez que comenzaba a quitarse la ropa.

Al rostro de Carlos volvió la sonrisa y se dirigió hacia el interior para cambiarse.

—¡Caaaarloooosss! ¡Caaaarloooosss! ¿Te das prisa o qué? —oyó desde el camarote a los pocos minutos.

—¡Ya voy, impaciente! —le respondió mientras salía a su encuentro.

Y apareció. Y el cuerpo de Carlota se electrizó entero. Empezó por los pies y subió hasta las yemas de los dedos. Cada vez encontraba más lugares en ese cuerpo que la hacían enardecer.

Con la esperanza de que Carlos no hubiese notado nada, se giró para dirigirse hacia la plataforma de baño desde donde debían saltar al agua,

aunque también fue el momento que utilizó el joven para recorrerle el cuerpo con una mirada que la habría hecho saltar sobre él si la hubiese visto. ¡Decía tanto! Era una mirada apreciativa del esplendor de su cuerpo, sí, pero también llena de otros sentimientos menos carnales y más espirituales.

La mirada de Carlos sobre Carlota había variado mucho desde la noche anterior. Poseerla, tenerla entre sus brazos y gozar con ella le habían revelado otras sensaciones que escondía en su corazón, camufladas por el deseo.

—Espero que no tenga que volver a rescatarte de las profundidades del mar porque quizás en estos momentos no lo haría —dijo Carlota y se arrojó al mar.

Carlos la siguió efectuando un salto estilo *bomba* que salpicó en un radio de varios metros a la redonda, justo cuando la joven salía a la superficie.

—¡Eres un bestia!

—Perdona, ha sido sin querer —se excusó aunque una sonrisa ladina dejó al descubierto que no decía la verdad.

La joven se acercó hasta él e intentó hacerle una aguadilla colocando su mano sobre su cabeza, pero Carlos la agarró por la cintura y se pegó a su cuerpo, por lo que los dos terminaron debajo del agua. Cuando emergieron, ambos rieron entre toses y sacudidas de pelo.

—Me encanta el agua, no lo puedo remediar —confesó Carlota.

«A mí me encantas tú», pensó el joven para asombro de sí mismo.

—Lo veo en tu mirada.

—Yo veo otras cosas en la tuya.

Carlos no había soltado su cintura en ningún momento y la atrajo aún más hacia él.

—Llevo todo el día deseando darte un beso.

—¿Y a qué esperas?

Los dos a la vez acercaron sus bocas para fundirse en un húmedo beso repleto de anhelo y pasión.

La suave boca de Carlos transmitía un deseo tan inflamado que el corazón de Carlota latió con un ruido ensordecedor que nubló su mente. La besaba como nadie lo había hecho jamás, con su boca la saboreaba hasta parecer que invadía todo su ser. Notó su suave mano recorrer su espalda hasta rodearle la nuca desnuda y mojada. Sintió miedo. Mucho miedo.

Se soltó con brusquedad de los brazos de Carlos y sin previo aviso se lanzó hacia un lado y le gritó:

—¡Tonto el último!

¡Anda que no era pesada con eso de la competición! Enormes brazadas y un intenso pedaleo de las piernas impulsaban a la joven con gran potencia. Carlos la imitó enseguida en un intento de alcanzarla, pero como ocurrió en la piscina, no lo conseguía. Carlota mantenía su espacio de seguridad sin dejar que se acercara ni un solo centímetro. Cada vez se aproximaba más a la orilla de la cala y no había forma de atraparla. ¡Al final iba a joderle el plan!

Sin previo aviso, la joven se puso vertical, dejó de nadar y se giró para mirarlo. Carlos ralentizó un poco su ritmo hasta que se detuvo delante de Carlota.

—No te preocupes, Carlitos, que no pienso arruinarme la sorpresa a mí misma. ¿Estamos tontos o qué? Anda, *lentorro*, sigamos juntos. Para que veas que soy buena chica.

—Tú no eres buena chica. Eso es lo que más me gusta de ti.

Carlota lo miró entre brazadas. ¿Qué quería decir Carlos con eso? ¿Lo que más le gusta? Eso implica que hay más cosas que le gustaban de ella. ¿Tantas como a ella le gustaban de él? Estas y otras muchas preguntas se realizaba Carlota mientras continuaba nadando hacia la orilla.

Carlos, a su lado, notaba su estómago encogido ante la inminente llegada a la cala. El sol comenzaba a acercarse al horizonte terrestre y todo se teñía de naranjas y sombras. Alargadas nubes de distintas tonalidades, desde el marrón más oscuro hasta el ocre más claro pasando por distintos tonos anaranjados, surcaban el cielo acompañándolos a ellos en su travesía hasta la orilla. Carlos tenía la esperanza de que cuando ellos llegasen a la playa, el atardecer estuviese en su máximo esplendor para que participara de la sorpresa.

Una vez que hicieron pie en el suelo de arena se izaron para seguir el camino a pie. Las gotas de agua salada resbalaban por sus cuerpos y sus pieles se habían mimetizado con el aura de la puesta de sol.

Según se acercaban al final del trayecto, Carlota pudo distinguir algo sobre la arena seca. Agudizando la vista, le pareció reconocer una mesa redonda acompañada de dos sillas. Notó la mano de Carlos que rozaban sus dedos y buscaban su mano para encerrarla con la suya.

—Espero que te guste —dijo el joven director con voz contenida.

No entendía el motivo, pero estaba nervioso. Se había tomado muchas molestias para que la sorpresa saliese bien, aunque no tenía claro que ella lo

disfrutara. Creía que había captado la esencia de lo que a ella le gustaba, pero con Carlota saberlo con certeza era una aventura.

Los ojos de la joven se abrieron como platos al ver lo que les esperaba. Una mesa decorada con el más fino mantel que había visto en su vida daba soporte a un servicio de mesa primoroso. En el centro destacaban un ramo de dalias de un delicado color amarillo y blanco dentro de un jarrón de cristal y a cada lado de él, unos candelabros blancos sostenían seis velas cada uno de ellos.

—¿Esas flores son tuya? —preguntó Carlota.

—Robarlas, no las he robado —le respondió Carlos con guasa.

Le había chocado que en lo que primero se fijase fuese en ellas.

—¡No, tonto! ¡Que si son de tu huerto!

—Lo son. He ido esta mañana a regar y las he cogido.

—Podrías habérmelo dicho. Te habría acompañado.

—La próxima vez lo haré. Esta mañana tenía muchas cosas que preparar.

—Ya lo veo, ya.

Carlos cogió un mechero, que estaba escondido detrás del jarrón, y encendió las velas. Después se acercó hasta una silla y la retiró a la vez que hizo un gesto con la mano para invitarla a sentarse.

—Su silla, señorita.

—Gracias, señorito —respondió ella a la vez que se acomodaba en ella.

—Parece que no te ha impresionado mucho —comentó Carlos mientras se sentaba él en su silla, frente a la joven.

—Bueno, una mesa muy bien decorada, lo admito, pero... ¡no veo nada para comer!

—¡Ah! ¿No es suficiente con el esfuerzo que he hecho en traer todo esto hasta la playa? —bromeó Carlos.

—He de informarte de que el ejercicio que hemos hecho al venir a nado hasta aquí me ha abierto un apetito descomunal. Lo siento, pero no sé decirlo de forma más fina.

Carlos miró alrededor como si estuviera buscando algo.

—Pues yo solo veo arena...

—¡Carlos!

—¿Si?

—¡Tengo hambre!

—Ya, ya te he entendido. A la primera, que conste.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿No piensas darme de cenar?

—¿Yo a ti? ¿De mi mano? Creía que sabías comer tú solita... ¡Qué decepción! Pero vamos, que si tengo que darte yo la comida, pues lo hago. No quiero añadir a la lista la poca caballerosidad.

Carlota se tapó la cara con sus manos simulando desesperación, aunque de lo que en realidad tenía ganas era de reírse con ganas. Le encantaba que él tuviese también ese lado burlón y juguetón.

Cuando se destapó los ojos para enfrentarse otra vez a Carlos, su boca se quedó a medio camino de iniciar una protesta. A un lado de la mesa había aparecido una cesta de mimbre de esas que usan en las películas americanas cuando se van de pícnic.

—Espero que sea de tu agrado. Quiero que sepas que todo lo que hay aquí dentro lo he hecho yo con mis propias manitas.

—¿Todo?

—Bueno, bajo la supervisión de una cocinera.

—A ver, sorpréndeme con tus manjares.

Carlos abrió la tapa de la cesta y empezó a sacar recipientes de plástico.

—Una ensaladilla rusa, una tortilla de patatas y filetes de ternera empanados —iba diciendo a la vez que los abría y los colocaba sobre la mesa.

—¡No! —exclamó Carlota al tiempo que se tapaba la boca con una mano.

—¿No? Sí —respondió Carlos a la vez que miraba atentamente el interior de los recipientes como si se asegurase de su contenido.

—¿Cómo lo has sabido?

—¿El qué?

—¡Oye, ¿tú eres gallego?!

—¿Yo?

—Sí, tú.

—¿Por qué me preguntas eso?

—¿Será porque siempre me respondes con una pregunta?

—Es que me apetece hacerme el misterioso...

—Pues lo que estás logrando es que me desespere. ¡Contesta ya! ¿Cómo has sabido que es mi menú preferido cuando voy de pícnic a la playa?

—*Madame* Lucinda me lo ha facilitado.

—¿Has llamado a mi madre?

—No, le hice una visita a su casa y me ha contado maravillosas historias sobre ti.

—¡No!

—¡Qué manía, mujer! ¡Que sí! —afirmaba Carlos mientras llenaba las copas de vino.

—¡Ay, Dios! ¡La mato! En cuanto la vea, voy a ser huérfana.

—¡Pobre mujer! Pero si todo lo que me ha relatado sobre ti ha sido de lo más tierno.

—Mira, prefiero no saberlo. Ni se te ocurra mencionarlas. No te lo autorizo. Ni ahora ni nunca. Quedas avisado.

—Está bien. No lo haré, pero ahora ¿podemos comer? Yo también estoy muerto de hambre.

No hizo falta nada más para que Carlota se tirara como una loba a devorar sus manjares preferidos.

—¡Mmmm! ¡Está riquísimo! ¿Seguro que lo has hecho tú? La tortilla está jugosa, como a mí me gusta y la ensaladilla está muy sabrosa, incluso parece que tiene los ingredientes que a mí me gustan.

Lo miró con desconfianza.

—¡Está bien! —reconoció llevándose una mano al corazón y agachando la cabeza con resignación—. Lo confesaré: la cocinera que ha supervisado mi cocinado ha sido tu madre. Por eso está todo como a ti te gusta, ¿satisfecha?

—Conociendo a mi madre, dudo mucho que te haya dejado hacer algo a ti.

—Bueno, estaba en su papel de la bruja Lola, no de Susi Díaz y por lo que se ve las cartas del Tarot y la cocina están reñidas porque se ha conformado con sentarse en la mesa de la cocina, colocar todos sus artilugios adivinatorios y realizar un ritual para que la comida saliese perfecta mientras yo cocinaba bajo sus directrices.

—Pues eres un buen aprendiz, lo reconozco.

—Y no solo de cocina, he de decir —manifestó Carlos con una sonrisa insinuante.

—¿Se supone que debo preguntarte en qué más eres un buen aprendiz?

—¿No te apetece saberlo?

—¿Me afecta en algo?

—¿Ahora eres tú la gallega? —preguntó Carlos entre risas.

Carlota soltó una carcajada.

—*Touché.*

—Vale, doy por hecho que estás deseando que te informe de las otras habilidades en las que puedo ser un buen alumno.

—La verdad es que prefiero que me lo demuestres, como has hecho con la comida. Las palabras se las lleva el viento.

Y en ese momento una ráfaga de aire los envolvió como presagio a las primeras gotas que cayeron sobre ellos.

La noche había caído con su manto negruzco-azulado casi a la vez que ellos habían empezado a cenar. La luz de las velas los envolvía en un halo de privacidad tan potente que casi habían olvidado dónde estaban y no se dieron cuenta de que el cielo se había ido cubriendo de unas nubes negras y espesas que traían con ellas una cortina de lluvia.

Las gruesas gotas golpearon con fuerza los cuerpos de los dos.

—Tendremos que recoger e irnos, Carlota.

—¡Ey! ¡Yo quiero mi postre! Si he de fiarme por el menú, debe ser toña<sup>[4]</sup> con chocolate.

—¡Premio para la señorita! ¡Ha ganado la muñeca chochona!

—¡Buaaa! Eso es muy viejo. Creo que deberías renovar tus chistes.

Sin previo aviso, las gotas aceleraron su cantidad y fuerza y se convirtieron en un torrente de agua semejante a una catarata.

—¡Me cago en tó! Esto es una gota fría, Carlos, que me las conozco muy bien.

—¿Seguro?

—¡Ya te digo! Va a caer agua a mares.

—Venga, deja todo esto aquí y volvamos al barco.

—¿Estás seguro? Quizás haya algo de oleaje.

—Tampoco podemos quedarnos aquí, Carlota. ¡Vamos! —decidió al tiempo que la agarraba de la mano y tiraba de ella para correr hacia la orilla.

El mar parecía un manto de terciopelo negro con multitud de arrugas que se movía como si la estuviese sacudiendo la corte del dios griego Poseidón y copiosas agujas lo perforasen.

Los dos lucharon contra la fuerza de los remolinos que les impedía andar con relativa facilidad hasta que tuvieron que lanzarse al agua para seguir a nado.

Cuando levantaban la cabeza para observar si iban por el buen camino, distinguían las luces del barco en lontananza. El yate daba la impresión de

que se hubiese alejado hacia el interior del mar y por mucho que nadasen, no parecía que se acercaran a él. Carlos instó a Carlota para que arreciara con sus brazadas, aunque no sabía si lo oía.

Pese a todo, el mar no parecía muy picado, pero la urgencia por volver los hacía ir con mucho ímpetu lo que les provocaba un mayor cansancio.

El agotamiento comenzaba a hacer mella en ellos cuando, de improvisto se encontraron frente a las letras que formaban el nombre del yate en la proa de su casco: Tempestad. Carlos tragó con fuerza pese al sabor salado de su saliva. Parecía un mal presagio.

Rodearon el barco hasta la plataforma de baño y con mucho esfuerzo se izaron apoyando sus brazos en ella para reptar sobre el borde, voltear sus cuerpos en el suelo y quedarse tumbados boca arriba, agotados.

—¡La madre que me parió! —exclamó Carlota con una fuerte respiración—. Creía que no lo conseguía.

—¡Pues imagina yo!

—¡Por fin! Estaba sufriendo porque no os veía —oyeron la voz de Santi—. Esperad, os traigo unas toallas de inmediato.

El patrón corrió hacia el interior y volvió enseguida con dos enormes toallas que echó sobre ellos. Los cuerpos de los dos temblaban de frío y se arrebujaron enseguida en ellas.

—¿Cómo se avecina la noche en el mar, Santi? —inquirió Carlota preocupada.

—Estad tranquilos, en realidad solo es lluvia. Las previsiones son que no va a arreciar ni el viento ni el oleaje y, además, la lluvia, aunque intensa, no durará más de media hora, así que os aconsejo que os deis una ducha caliente y os relajéis porque esto pasará en un pispás.

—Gracias, Santi, eso vamos a hacer —le aseguró Carlos—. Carlota, elige baño, yo usaré el otro, a mi pesar...

Los aseos del yate eran la mínima expresión y, aunque hubiesen querido, era imposible que dos personas se pudiesen duchar en la misma minúscula cabina.

Carlos se aseó lo más rápido posible y entró en el camarote principal para prepararlo todo. Cuando Carlota salió del aseo envuelta en una toalla y abrió la puerta del camarote, su sorpresa fue mayúscula.

Cada rincón del camarote estaba repleto de velas blancas encendidas de todos los tamaños imaginables. Sobre la cama, un largo gladiolo de color

magenta contrastaba con el blanco níveo de la colcha y frente a ella, a un lado de la cama, Carlos, envuelta su cintura en una toalla mucho más pequeña que la suya, la miraba expectante junto a una cubitera llena de hielo en la que había introducida una botella de cava y en sus manos, dos copas llenas de ese líquido ambarino.

—¿Quieres una? —preguntó el joven alargando el brazo para ofrecerle la copa.

—Por supuesto... —aceptó a la vez que se acercaba.

Abrió la mano que sujetaba la toalla para coger la copa y esta se deslizó por su cuerpo hasta el suelo. Una figura escultural, con las curvas precisas, la largura de piernas ideal y la piel dorada brillante apareció ante la mirada de Carlos. Su largo pelo rubio todavía estaba húmedo y pequeñas gotitas cayeron sobre sus hombros de curvatura perfecta.

Carlos notó un potente escalofrío de deseo que le recorrió su cuerpo. Era tan... tan... No tenía palabras para describirlo. Sentía que a través de ella había encontrado todo lo que necesitaba en la vida. Su necesidad se estaba convirtiendo tan potente, que dudaba que pudiese contenerse mucho más en demostrárselo.

—¡Vaya! ¡Qué tonta! —exclamó Carlota con tono y sonrisa pícaras.

—Yo diría más bien, ¡qué lista! Creo que te voy a imitar —replicó Carlos con una amplia sonrisa.

Y dejó caer su propia toalla. La mirada de Carlota se disparó de inmediato para recorrer ese cuerpo que le atraía como si fuese un imán de máxima potencia. Comenzó por sus marcados bíceps, luego paseó su mirada por el musculoso tórax hasta llegar a su redondo ombligo. Un palmo más abajo ya no pudo seguir con el escrutinio porque se encontró con algo que le llamó soberanamente la atención.

—Veo que te he alegrado la vista ...y algo más —dijo Carlota con guasa.

—Y mucho más.

Dejó las copas sobre la mesita de noche y se acercó hasta ella.

Una leve queja se escapó de la garganta de Carlota cuando Carlos estrelló la boca sobre sus labios entreabiertos e invadió con su lengua la tibia y suave boca de la joven mientras gemía al cumplir con su deseo. La mente se le había nublado ante la intensidad del hambre que había sentido al verla desnuda.

La deseaba ya. De inmediato. Jamás había sentido esa fuerza de deseo por

una mujer. La pasión provocó el ardor en su cuerpo.

A Carlota le temblaba el cuerpo de anhelo por él.

Carlos la separó de sí para contemplarla y sus ojos se detuvieron en los pequeños pezones erguidos de color sonrosado oscuro.

—Creo que tú también me deseas —susurró a la vez que elevaba su mirada cargada de pasión hacia los ojos de la joven y una complacida sonrisa.

—¡Chico listo! No sé cómo lo has notado —bromeó Carlota mientras lo besaba en la punta de la nariz y enlazaba los brazos alrededor del cuello del joven.

—Eres perversa.

—Eso es lo que me gustaría hacer contigo ahora mismo: algo perverso —le susurró en el oído y a continuación lo empujó para que cayese sobre la cama.

Carlos soltó una carcajada, se incorporó lo suficiente para agarrarla por la muñeca y tirar de ella para que se derrumbase sobre él. De inmediato, la joven se sentó a horcajadas sobre él e irguió su cuerpo exhibiéndose ante los ojos de Carlos.

De repente él le dio un manotazo en el pompis.

—¡Ay! —gritó Carlota—. ¿Me has dado un azote en el culo?

—No, yo no. Es que tengo un calambre en la mano —respondió con un fingido tono inocente.

—No te creo. Y te aviso: no me va el sado.

Carlos le rodeó la cintura y se volteó en la cama para invertir la postura en la que estaban. Se colocó sobre ella, agarró sus manos y las aprisionó sobre su cabeza.

—A mí tampoco, aunque he de confesarte que me gustó verte esposada en el cabezal de mi cama. No estaría mal repetirlo.

—¿Repetir el qué?

—Buen intento, pero no ha colado. Lo sabrás a su debido tiempo.

—¡Maldita sea! Ni siquiera el deseo te nubla la mente.

—Eso no es cierto. Tengo la cabeza brumosa desde que te conozco. No sé qué tienes, corazón, que me vuelves loco.

Se inclinó y besó la base del cuello de Carlota con delicadeza. Le fascinaba ese cuello esbelto y su olor lo extasiaba. Lo tenía hechizado.

Carlota se estremeció ante el reguero de besos que él dejó por su cuello hasta llegar a su boca. Notó cómo su mano le acariciaba la cadera y cintura para llegar hasta uno de sus inflamados pechos. Masajeó el pezón con

suavidad entre su dedo índice y pulgar. Lo sintió erguirse a la vez que ella lanzaba un profundo suspiro.

De repente Carlos se incorporó y se pasó la mano por su frente.

—Soy yo o hace mucho calor. Dame un momento, creo que voy a... sí... sí... —balbuceó a la vez que su frente se perlaba de gotitas de sudor.

Se levantó con rapidez de la cama mientras se tapaba la boca con una mano y salió corriendo del camarote. Carlota, preocupada, se incorporó y lo siguió fuera del camarote. Nada más traspasar la puerta, oyó las arcadas que provenían del aseo contiguo. ¡Estaba vomitando!

Una mueca de asco se dibujó en la cara de la joven en un principio, pero enseguida apareció la preocupación en ella.

Durante largos segundos lo escuchó arrojar como si le fuese la vida en ello. ¡Pobrecillo! Hacía unas horas que había expulsado de sí su primera papilla, así que ahora le tocaría a la segunda o a la tercera, además de la cena de esa noche. Advirtió que se abría el grifo del lavabo durante un buen rato y poco después salió Carlos.

Tenía el pelo mojado y el rostro enrojecido por el esfuerzo. La miró de soslayo y avanzó dando tumbos hasta el camarote. Una vez allí, se arrojó boca arriba sobre la cama y cerró los ojos.

—Tengo un mareo que me muero, Carlota. Lo siento... Creo que si me traes un poco de agua y me espabilo un poco, me repondré y podremos seguir por donde estábamos.

—Sí, Carlitos, sí. El agua lo cura todo —se burló Carlota.

La joven salió del camarote para complacer al desfallecido director y llevarle un vaso de agua, pero cuando volvió, se lo encontró dormido.

\*\*\*

Acababa de despertarse Carlos, todavía parpadeaba sin saber lo que había pasado, cuando Carlota entró en el camarote. Era de día y la joven llevaba un vestido de algodón muy ligero, corto con tirantes y de color blanco.

—¡Hola! —exclamó la joven al ver sus ojos abiertos.

—¡Hola! —respondió con voz ronca y la mente embotada mientras se tapaba el cuerpo desnudo con la sábana.

—Te has despertado.

—Sí...

—¿Cómo estás?

—Mejor.

—Me alegro, me alegro.

—Carlota, perdón por lo de anoche, de verdad. No es una actuación precisamente estelar.

—¡Oh! No pasa nada.

—Cuando anoche llegué al camarote, traía ropa, ¿verdad?

—Supongo que sí, yo aquí solo te he visto desnudo —le respondió con sorna.

La joven recorrió el camarote con su mirada. A su alrededor solo estaban las velas apagadas. Abrió uno de los cajones de la cómoda que había pegada a una de las paredes.

—Por lo que se ve la plegaste y guardaste cuando te desnudaste anoche. ¿Es que no lo recuerdas?

Carlos frunció el ceño reconcentrado.

—Tengo todo borroso a partir del momento en que subimos al barco. Es como una nebulosa oscura.

Carlota soltó una carcajada.

—¡Dios es justo! Ahora soy yo la que sabe lo que ha pasado esta noche.

—Carlota, no seas vengativa, que estoy muy malito.

La joven se frotó las manos y dijo burlona:

—Lo siento, pero ha llegado la hora de mi *vendetta*. Vas a sufrir lo que no está escrito.

El joven se puso de rodillas en la cama, desnudo, claro, juntó sus manos como si estuviera rezando y le pidió:

—Por favor, solo dime si te dije algo anoche.

—¿Qué crees que me dijiste?

—¿Qué crees que yo creo que te dije?

—¿Qué piensas que yo creo que tú crees que me dijiste?

—¡Carlota!

—¡Carlos!

—¡Te vas a enterar! —exclamó el joven mientras intentaba bajarse de la cama.

—¡Ay! —gritó la joven y echó a correr fuera del camarote—. ¡Te recuerdo que estás desnudo!

Sin hacer caso de las palabras de Carlota, el joven la persiguió hasta que pudo agarrarla de la cintura antes de que traspasase la puerta que daba acceso a la cubierta exterior. La levantó en volandas y la transportó hasta la cama del camarote donde la arrojó sin miramientos.

—Te vas a quedar ahí quietecita hasta que me digas lo que pasó anoche.

Carlota se sentó y se retiró el pelo de la cara con gran teatralidad. Se iba a enterar ese troglodita.

—¿Qué pasa? ¿Te molesta que no te cuente lo que hiciste anoche? O más bien, lo que no hiciste.

—¿De qué hablas? —inquirió Carlos mientras que se sentaba frente a ella con las piernas cruzadas, desnudo, claro.

La mirada de la joven era incontrolable. Desde que había entrado esa mañana en el camarote, sus ojos se habían vuelto unos desobedientes y no dejaban de desviarse para buscar el miembro que deseaba que estuviese dentro de ella cuanto antes.

Las ganas de chincharlo se multiplicaron por mil. La lucha interna que mantenía por culpa del maremágnum de sentimientos que le estaba provocando, se iban acumulando poco a poco, día a día, y la envolvían con nuevas necesidades que no quería tener.

—¿Estás seguro que quieres saberlo?

—Por supuesto.

—¿Aunque salga lastimada tu fama de machito ibérico?

—Yo no tengo fama de eso, ni la pretendo tener.

—¡Ah! Entonces no pasa nada por tener un gatillazo. Quedará entre tú y yo.

—¡¿Qué?! ¡¿Un gatillazo?!

—¡Ups! ¡Se me ha escapado! —exclamó Carlota con cara inocente al tiempo que se llevaba una mano a la boca.

—¡Imposible!

—¿Ves cómo sale tu parte *macho man* a relucir en cuanto se pone en entredicho tu hombría?

—A ver, Carlota, ¿tú me aseguras que eso fue lo que pasó anoche?

—Pues claro. Es algo que no se olvida fácilmente. En realidad, es la primera vez que le pasa eso a un tío que esté conmigo.

De improvisto, Carlos se arrojó sobre ella, la tumbó en la cama y le sujetó por las muñecas con los brazos por encima de la cabeza de la joven.

—¿Y tú te acuerdas de esta postura? Anoche estabas desnuda cuando

estábamos así.

Carlota se quedó paralizada, lo miró con atención a los ojos y soltó una carcajada.

—¡Eres un cabrón! ¡Te acuerdas de todo!

—¿Y lo que me he divertido? Ha sido muy instructivo comprobar hasta dónde puedes llegar con tal de vengarte —replicó mientras la soltaba y volvía a sentarse sobre la cama.

—¡Eso no es así! Solo estaba jugando contigo.

—Yo prefiero otros juegos, la verdad.

—¿Cómo cuáles?

—De los que dan placer.

—¿Ahora vas a chulearte de tus artes amatorias?

—Estoy dispuesto a hacerte una demostración.

—Pues yo de ti, me tomaba antes una *biodramina*. No me gustaría volver a quedarme a medias.

—¡Joder, Carlota! Me has bajado la libido de un plumazo.

—Lo que es, es, chico... Me dejaste con las piernas abiertas y el *chirri* haciendo palmas.

—¡No quiero oírte! —exclamó Carlos a la vez que se tapaba los oídos con las manos—. ¡Qué bajón, Dios, qué bajón! Te prometo que no volverá a ocurrir. Por mi perro Leo, que algún día tendré, te prometo que sabré recompensarte.

—Promesas... promesas... Por ahora me conformo con que te repongas.

—A eso voy. ¿Tú crees que asimilaré algo de comida? La verdad es que tengo hambre y me gustaría desayunar.

—¿Cómo vas del mareo? El mar está en calma y el barco no se mueve nada.

—En estos momentos estoy con calma chicha yo también.

Los dos jóvenes decidieron preparar algo para el desayuno y Carlos aprovechó para tomarse una pastilla contra el mareo. Él tenía preparado un fin de semana romántico para los dos y no quería que ningún malestar se lo echara a perder, así que se hizo el firme propósito de abarrotarse de *biodramina* si así lo conseguía.

Y lo consiguió. La sorprendió con nuevas cenas románticas repletas de velas, flores y comida especial; fondearon en calas paradisíacas y desiertas para que gozara del agua, la arena y el sol; la llevó de excursión al peñón de

Ifach y como colofón, a disfrutar de una experiencia única buceando alrededor de una nave mercante romana naufragada a mediados del siglo I frente a las costas de Villajoyosa, una de las mayores naves que se conocen de la época, propiedad de Nerón.

Y por la noche... La lujuria se apoderaba del camarote. Carlos la llevaba a un éxtasis superior que jamás de los jamases hubiese pensado que se podría sentir. Se dedicaba a ella plenamente, la sumergía en una vorágine de placer inconmensurable. Y entonces, ella se dejaba llevar y sacaba su parte más sensual y sexual, aquella que solo unos pocos hombres conocían y que los volvía locos.

Todo aquel que veía a Carlota, se la imaginaba como una fiera en la cama, como un felino en pleno celo, y tenían razón. Pero no era tan fácil llegar a esa faceta de ella. No. Solo la mostraba cuando se descontrolaba, cuando el hombre con el que estaba sabía tocar las teclas oportunas y lograba penetrar en su «yo» más lascivo, a su apetito más carnal.

Y Carlos lo lograba.

## Capítulo 13

*Las miradas se encuentran a través una habitación atestada, se enciende la chispa de la atracción. Conversan, bailan, se ríen. Ninguno está en busca de una relación seria pero de alguna manera una noche puede convertirse en una semana, después en un mes, en un año o en más tiempo.*  
Zygmunt Bauman

*13 de agosto de 2018*

Mientras atendía su trabajo en el hotel, Carlos se preguntaba cómo iba a demostrarle a Carlota que solo la miraba a ella con deseo. Por mucho que lo intentaba, no se le iba de la cabeza.

La penúltima razón que tenía la joven para evitarlo lo acusaba de mirar a todas las mujeres igual, con lujuria y deseo.

Y eso no era cierto. Ya no.

Hasta hacía quince días quizás fuese posible. No lo sabía. Jamás se había preocupado en saber cómo miraba a las mujeres, pero ahora tenía claro cómo la miraba a ella. A Carlota. Solo a ella.

La había observado con tanto detenimiento que la conocía mejor que a sí mismo. Reconocía al instante los signos que su cuerpo enviaba: se tocaba las puntas del pelo mientras pensaba; su ceño se fruncía ante algo que no le gustaba; se mordía la esquina izquierda del labio inferior cuando estaba deseando expresar su opinión sobre algo; sus claros ojos azules se volvían brumosos con el deseo y el descontrol; echaba el pecho hacia adelante cuando se enfrentaba a algo...

Podría seguir. Se los conocía todos.

¿Pero cómo demostrarlo? ¿Cómo convencer a Carlota de que su mirada hacia ella era especial y que no miraba a ninguna otra mujer así? Y no era

solo con deseo y lujuria.

Si ella todavía no había percibido que su forma de contemplarla había cambiado a lo largo de los días, quizás fuese que ella no se fijaba en él de la misma manera.

Habían sido quince días de descubrimiento interior para él, de reconocer sus sentimientos verdaderos a través de los retos que había tenido que sortear.

Y lo que había descubierto lo llenaba de incertidumbre, algo a lo que no estaba acostumbrado. Sus sentimientos ya no eran suyos, pertenecían a Carlota y ella tenía la llave de su felicidad o de su destrucción.

Tan solo una palabra lo convertiría en un hombre inmensamente feliz o altamente desgraciado.

Durante esos días Carlota se había vuelto imprescindible en su vida. Esperaba con anhelo el momento de encontrarse con ella y disfrutar a su lado.

Su conversación chispeante, su rostro de fuertes rasgos suavizados por el azul cielo de sus ojos y el brillante pelo rubio que lo rodeaba, sus movimientos sensuales y elegantes, su mente abierta y despierta, sus ideas claras e inteligentes, sus... sus... Había tantos «sus», la conocía tan bien, que podría estar días y días hablando de lo maravillosa que era sin detenerse un solo segundo.

La amaba.

Por fin lo había verbalizado. Era amor en estado puro.

La noche anterior, mientras intentaba conciliar el sueño en su cama del hotel, se lo había reconocido a sí mismo.

Dejar a Carlota en su habitación había sido duro para él, pero necesitaba pensar en soledad. Los tres días que habían pasado en el yate habían sido tan impactantes para él, había sido tan inmensamente feliz que tenía que replantearse muchas cosas.

Así que había sido una noche larga, pero fructífera.

Y ahora tenía que convencer a Carlota de que no miraba igual a todas las mujeres.

¿Lo lograría?

Tenía que pensar algo impactante para antes de encontrarse con ella al final de la jornada de trabajo.

\*\*\*

Carlota caminaba intranquila por la terraza de su chalet. ¡Era del todo punto imposible! ¿Ella enamorada de ese...? ¡Ya no encontraba palabras para definirlo! Por lo menos no como antes. Ahora le venían a la mente adjetivos como: solidario, generoso, romántico, apasionado, tremendamente guapo, inteligente...

Quince días. Tan solo quince días habían transformado su opinión y sus sentimientos hacia Carlos. ¿Sería eso posible o era un espejismo?

Amor era una palabra muy fuerte, había que tener cuidado de pronunciarla si no se estaba completamente seguro. ¿Lo estaba ella?

¿Y él? ¿Qué sentiría él por ella?

¡Ay, Dios! ¡Estaba hecha un verdadero lío!

Dos fuertes golpes en la puerta desbocaron el corazón de Carlota. ¡Ya estaba allí!

¿Cómo conseguiría demostrarle que no miraba a todas las mujeres igual? ¿Dónde la llevaría? Solo la había aconsejado que no se vistiese muy informal, que se arreglase un poco. Así que había elegido un vestido de gasa azul noche decorada con diminuta pedrería brillante y con un forro del mismo color. Su pelo lo había recogido en un moño suelto que dejaba al descubierto su largo y sexi cuello.

\*\*\*

—¿Sabes? No me esperaba que me trajeses aquí hoy. Se acaba el día y todavía no has sorteado el reto. ¿Vas a fallar por una vez? ¿Te ves incapaz de demostrarme que te gusta mirar a todas las mujeres por igual, con deseo?

Estaban sentados frente a frente en una mesa para dos en uno de los restaurantes mejor considerado y más elegante de Benidorm, La Faula. Ante ellos tenían los platos entrantes. Ambos habían pedido *carpaccio* de gamba con tartar de ahumados y tenía una pinta impresionante, pero una tirantez flotaba alrededor y no los dejaba disfrutar como se merecía el plato.

Antes de contestar, Carlos agarró su copa y bebió un sorbo de vino blanco Rueda Verdejo que les habían aconsejado como maridaje para el menú que habían solicitado.

—Carlota, he de hablar contigo.

«¡Vaya! ¡Eso suena fatal! —pensó Carlota—. ¿No es lo que se suele decir

cuando quieres terminar con tu pareja? Nosotros no hemos llegado ni a eso...»

—Dime, soy toda oídos —balbuceó sin querer la joven.

—Verás, llevo todo el día dándole vueltas a ese tema —continuó con una sonrisa que a Carlota le pareció tímida—. He pensado llevarte a una playa nudista para que vieses que no me interesan las mujeres desnudas que hubiese allí. Se me ha ocurrido pasear por toooda la avenida del Mediterráneo frente a ti y de espaldas con la mirada fija en tus ojos.

La joven soltó una carcajada, relajándose un poco.

—Incluso, he pensado en donar mis ojos a la ciencia. Pero nada de ello me ha convencido. —Hizo una pausa y su sonrisa se borró de sus labios—. ¿Sabes? Como te he dicho antes, este motivo lo he meditado mucho y he llegado a la conclusión de que, a estas alturas, no soy yo quien debe mirarte distinto, si no tú la que debe saber leer en mis ojos. Yo sé lo que siento al mirarte y si no se refleja en mi mirada, no puedo hacer otra cosa que no sea expresarlo con palabras.

—¡Oh! ¿Debo asustarme? —inquirió temblando por sus palabras.

No sabía hacia dónde se iba a dirigir con el discurso. ¿Qué saldría de esa cena?

—Eso depende de ti, Carlota. Yo solo te puedo decir que mis ojos te buscan a cada momento. Que me encanta observar cómo andas, cómo te mueves. En realidad, con cualquier cosa que hagas te persiguen como si fueses lo único que existe en el universo —dijo con voz bronca a la vez que observaba cómo la joven se tocaba las puntas de su larga melena, signo inequívoco de que lo escuchaba y estaba pensando en sus palabras. ¿Sería bueno o malo para él lo que ella pensaba? Eso no lo sabría hasta que él terminara de desembuchar todo lo que sentía y ella opinase sobre ello—. Mira, he de confesarte que estos días, para mí, han sido como un viaje a través del cual conocerte. Día a día, en cada parada del trayecto, he ido descubriendo la persona que en realidad eres. Y me gusta. Me gusta mucho todo lo que viene de ti: tu forma de ser, tu carisma, esa fuerza que destaca en ti como si fuese un farolillo rojo, tu pasión por todo lo que te gusta. En definitiva, me gusta todo de ti.

—¡Oh! Bueno... yo podría decir lo mismo, Carlos. También te he descubierto a lo largo de estos días y a mí también me ha gustado lo que he visto. Estaba totalmente equivocada con mi percepción de ti, he de reconocerlo y, además, por si te interesa, acabas de desmontar mi última

razón para pasar de ti.

—¿Sí? ¿Cuál era?

—Pues... ahora me da vergüenza decírtelo...

—No, no, Carlota. Ahora te conozco y sé que la vergüenza no va contigo. Venga, dispara.

—Bueno, pensaba... Escucha bien: *pensaba*, en pasado, que no sabías expresar tus sentimientos y acabas de demostrarme que no es así.

Carlos no pudo contener una fuerte carcajada que rompía el ambiente tranquilo del restaurante.

—Pues mira tú por donde, creo que es en lo único que has acertado. No se me da bien expresarlos, pero algo ha cambiado en mí. Necesitaba que supieses todo lo que te he dicho antes, porque esto se acaba, Carlota. Mañana vuelven Raquel y Dante y tú te irás. Y, bueno, no es el lugar apropiado, lo sé. No era así como había pensado que sucediese. Mi plan era otro, pero ya que hablamos con franqueza no puedo dejar pasar el momento y confesarte que te amo, Carlota. Que contigo siento que pertenezco a algo y a alguien. Que me gustaría pasar el resto de mi vida junto a ti. Donde sea, pero junto a ti. Ese sería el hogar que tanto he buscado.

Los ojos anegados en lágrimas de la joven rebosaron con la última frase de Carlos.

—¡Oh! —exclamó Carlota al tiempo que se tapaba la boca con las dos manos.

—¿Solo ¡oh!?! —preguntó el joven con una sonrisa irónica—. ¿Te abro mi corazón y solo obtengo ¡oh!?!

—¡Oh! No seas bobo, Carlos. Si lo que estás buscando es una respuesta a una pregunta, primero tendrás que plantearla, ¿no? —se burló Carlota apartando sus manos de su boca y dejando ver una inmensa sonrisa.

—Está bien. Después de todo lo que he hecho por ti, creo que seré capaz de realizarla. —Alargó la mano y atrapó la de ella—. Carlota, ¿me correspondes? ¿Me quieres?

—No.

—¡¿No?! —exclamó el joven estupefacto.

¿Había entendido mal las señales que le había enviado Carlota esa noche?

—No, Carlos, no te quiero. Te amo.

—¡Carlota, coño, cómete el pollo! —Oyeron los dos en ese preciso momento.

Ambos giraron sus cabezas al unísono. Esa voz...

A pocos metros de ellos los padres de la joven se estaban acomodando en una mesa. De Lucía había desaparecido la reencarnación de la bruja Lola y se había transformado en... ¡Belén Esteban! Llevaba el pelo largo y rubio y un vestido de licra ajustado. Sus facciones estaban maquilladas de tal manera que se identificaba perfectamente ese personaje televisivo. Era increíble y alucinante a la vez.

Los dos jóvenes la miraban con la boca abierta, patidifusos.

—¡Ahora le ha tocado a Belén Esteban! ¡Ay, Dios! —exclamó Carlota.

—Creo que a tu madre le gusta Telecinco.

—Donde esté un buen cotilleo... Es el lema de mi madre, sí —afirmó la joven—. ¡Joder! ¡Y ahora creo que se va a acercar!

La mujer se había vuelto a levantar de la silla donde se había acomodado y se dirigía hacia ellos con el ceño fruncido.

—Carlota, ¿estás llorando? —inquirió cuando llegó y sin dilación, miró a Carlos y añadió a la vez que lo señalaba con un dedo— Mira, cabrón, que yo por mi hija MA-TO.

—Mamá, mamá, para. No estoy llorando de pena, sino de alegría —susurró con énfasis la joven mientras se limpiaba el rostro—. Haz el favor de volver con papá.

—¡Caray, hija! ¡Ni que fuera yo Bin Laden!

—Shhhh —la conminó su hija para que bajase el tono.

—¿Qué pasa, Carlotilla? —preguntó acercando su cara a la de su hija—. ¿Es que estamos en un velatorio?

—No, mamá, pero aquí la gente no habla tan fuerte.

—Está bien, no te molestaré más, pero... —Miró el plato intacto de la joven, cogió una gamba y exclamó—: ¡Me lo llevo!

Luego se giró hacia Carlos de nuevo.

—Ya te he advertido: mucho cuidado con mi niña, ¿me entiendes? —Se giró sin esperar respuesta y añadió—: ¡Hasta luego, Mari Carmen!

Se dirigió hacia su mesa seguida por los ojos de todos los comensales del salón.

—¡Arriba la Esteban! —gritó a la vez que levantaba el brazo antes de sentarse.

Carlota se había tapado la cara con las dos manos.

—Cariño, no quiero que te avergüences de ella. Es una mujer

extraordinaria. Pasa de todo el mundo y hace lo que quiere. ¿No es eso maravilloso? Además, tienes que reconocer que ha tenido mucho arte para meter todas esas frases míticas de la Esteban en una pequeña conversación — dijo Carlos al verla así.

El cuerpo de la joven comenzó a convulsionarse y una fuerte carcajada se dejó oír entre sus dedos.

—¡Ay! Carlos, si no me avergüenzo. De eso nada. Es que he visto las caras de la gente mientras la observaban y me ha entrado la risa —confesó a la vez que apartaba sus manos del rostro.

—Genial, eso me alivia. Entonces, continuemos con lo nuestro. —Se levantó de su silla frente a la de ella y se cambió de sitio, a su lado—. ¿Por dónde íbamos? —le preguntó con voz seductora y una pícara sonrisa.

La joven lo miró con una amplia sonrisa que se reflejaba también en sus ojos.

—A ver... —comenzó a hablar con tono dudoso a la vez que se golpeaba los labios con el dedo índice—. No sé, no sé, creo que se me ha olvidado.

—Pues voy a intentar que lo recuerdes.

Carlos acercó su cara a la de ella y tomó sus labios con los suyos, los lamió con su lengua y luego la introdujo dentro de su boca. El fuego ardió en el interior de Carlota. Se le nubló la vista y se dejó saborear hasta que él retiró su rostro para separar sus labios.

—¿Y ahora?

La joven abrió sus ojos y se quedó enganchada en la mirada de él. ¡Decía tantas cosas! ¿Cómo era posible que no lo viese antes? Los ojos de Carlos hablaban por sí solos y lo que decían le llegaba a ella al alma.

—Te amo. Te amo. Te amo.

—Y yo a ti, amor. Por eso ahora quiero que te centres en la cena porque estoy deseando acabar con ella para irnos al hotel.

—¿Tienes sueño, encanto? —le preguntó Carlota con guasa.

—Tengo hambre... de ti.

¡Hala! ¡Menudo escalofrío! El deseo se apoderó del cuerpo de la joven y con apresuramiento comenzó a comer. Al verla, Carlos la imitó entre risas.

—Bueno, entonces podemos dar por finalizada la tregua, ¿no? —preguntó Carlota entre bocado y bocado.

—Si ya se te han acabado todas las pegas que tenías en mi contra, sí.

—Mi lista está finiquitada, por lo tanto, ahora debes cumplir con tu

promesa.

—¿Promesa? ¿De qué hablas?

Carlota le lanzó la servilleta a la cara.

—¡Desembucha! ¡¿Qué pasó la noche de la boda?!

—Nada —dijo Carlos con una amplísima sonrisa.

—¿Cómo que nada? ¿No piensas contarme cómo y por qué acabé esa noche en tu cama esposada en tu cama? Y más importante todavía, ¿qué paso en ella?

—Calma, calma. Yo te lo explico todo, o más bien, ya te lo he explicado. No pasó nada, Carlota. Te encontré durmiendo sobre un sofá del *hall* del hotel aferrada a esas esposas y te llevé en brazos a mi cama.

—¿Dormida en el sofá? ¿Y lo de estar esposada al cabezal? ¡Y desnuda!

—Una malicia que se me ocurrió. Yo te dejé allí durmiendo y volví al convite. Cuando me retiré, ya amanecido, yo estaba algo contentillo y se me ocurrió gastarte una broma, así que te desnudé, pero te juro que no miré —aclaró con una sonrisa pícará—. Y, bueno, es que lo de las esposas era una tentación tan grande... Teniendo en cuenta cómo nos llevábamos, me pareció lo más suave que te podía hacer.

—¿Y ya está? ¿No pasó nada entre nosotros esa noche?

—Te aseguro que, si hubiese pasado, te acordarías —aclaró Carlos con una sonrisa presuntuosa.

—¡Uy! Eso huele a pedantería, mi razón número nueve.

—No, querida, se trata de seguridad.

—Bueno, vale, lo daré por bueno porque ya he podido comprobar que sí, que tienes razón: me acordaría.

Las risas y las miradas cómplices acompañaron al resto de la cena junto con una potente electricidad provocada por un poderoso deseo. Los platos se sucedieron con rapidez y con la misma velocidad desaparecía el alimento de ellos.

Algo había cambiado entre ellos desde que habían expulsado sus sentimientos. Los ojos hablaban con más claridad, con los sentimientos a flor de piel; el contacto era continuo, las manos no eran capaces de pasar más de unos segundos sin tocarse; las palabras eran dichas con un tono distinto, más íntimo y juguetón.

Habían creado una cúpula entre ellos, olvidando al resto del mundo y se concentraron el uno en el otro.

Era tan extraño.

Tan solo quince días atrás entre ellos había un mal rollo que los impulsaba a debates y pullas sin ton ni son, y ahora no podrían vivir el uno sin el otro.

Al otro lado del salón, una madre sonreía con ternura. Ella supo enseguida que Carlos era el hombre predestinado para su hija.

\*\*\*

Carlota notó un cosquilleo en el brazo izquierdo por lo que intentó rascárselo con la mano derecha, pero le fue imposible.

¡Algo la tenía atrapada!

Sacudió los brazos en un intento de desasirse, pero no lo consiguió.

La postura en la que estaba era incómoda. Tenía los brazos elevados sobre su cabeza y su cuerpo inmovilizado por algo pesado sobre ella.

Abrió los ojos de golpe.

¡Otra vez no!

La oscuridad la envolvía y, pese a que lo intentó, no consiguió ver nada.

Sacudió su cuerpo con frenesí, pero algo rebotaba sobre su estómago y no la dejaba moverse.

—¡¡¡Caaaaarloooooosss!!!

—Dime, cariño —respondió la voz soñolienta del joven sobre su estómago.

—¡¡Suéltameeeee!!

—¿Tú estás segura de eso, cielito?

—¡Pues claro!

Carlota notó cómo la mano del joven acariciaba su cuerpo mientras subía por su cadera, luego por su cintura, su torso, hasta llegar a su pecho. Lo magreó y tomó el pezón entre su dedo corazón y pulgar y jugó con él un rato a la vez que percibió cómo quitaba la cabeza de su estómago y sus labios aprisionaban el otro pezón.

Su cuerpo se convirtió en pura energía, latigazo tras latigazo. Arqueó su espalda en busca del placer mientras de su boca se escapaban pequeños grititos y grandes suspiros.

—¿Y ahora quieres que te suelte, amor? —le preguntó Carlos con voz sugerente.

—¡Sí! ¡Necesito tocarte! ¡¡Ay!!

Carlos le había dado un pequeño mordisquito en el pezón.

—Si te quito las esposas, paro.

—¡No!

—Entonces, déjame hacer, cariño. Es algo que he deseado desde que te vi así la primera vez.

—¡Pero si no me ves!

Notó cómo el cuerpo de Carlos se separaba del suyo por completo y su peso dejaba de estar sobre la amplia cama.

—¡No te vayas! Ven, ven, está bien. Juega conmigo todo lo que quieras, ¡pero no me dejes así!

—No podría hacer eso, amor mío. Vuelvo enseguida.

Casi enseguida una pequeña luz intermitente brotó sobre la cómoda. Y otra, y otra y otra. Carlos estaba encendiendo los restos de las velas que habían utilizado la noche anterior.

Desde que él tuvo que demostrar su vena romántica en el yate, se había aficionado a esa iluminación. Era muchísimo más íntima y agradable que cualquier bombilla.

La joven dirigió de inmediato su mirada hacia él. Era un placer verlo desnudo. En esos momentos podía apreciar todos los músculos de su espalda y ese culito un poco respingón que, aunque con esa luz pareciese dorado, ella sabía que era blanco como la nata. ¡Hummmm! ¡Nata!

Cuando Carlos se dio la vuelta para dirigirse hacia la cama, Carlota lo olvidó todo para concentrar su mirada en el miembro de su amado.

Era evidente el deseo en él. Más que nunca. ¡Parecía la botavara de un barco velero! Enhiesta y firme.

Carlota no pudo evitar que su cuerpo reaccionario ante esa visión y comenzó a retorcerlo.

—Ven, ven ya... —musitó con voz vibrante.

—Pero sin soltarte, quiero saborearte toda entera —insistió Carlos con una sonrisa malévola.

—¡Haz conmigo lo que quieras, pero ven ¡ya!!

—No esperaba menos de ti, amor.

Y Carlos cumplió con lo que había dicho: no hubo parte de su piel que no fuese besada o lamida por él. La recorrió con esmero y precisión arrancando arrebatadores suspiros y gritos de la joven. Había adorado tanto ese cuerpo desde la lejanía que la eternidad era poca para disfrutar de él. Su propia

agonía le importó un bledo, siempre y cuando estuviese en contacto con la piel bronceada y satinada que le volvía loco.

Y cuando llegó el momento del éxtasis, ambos sintieron esa conexión que se eleva más allá y va vagando por los confines del universo. Esa energía que se canaliza entre los dos cuerpos y los une permanentemente.

## Epílogo 1

*Formigal (Huesca), 24 de diciembre de 2018*

Durante el día anterior y esa misma mañana fueron llegando todos los miembros de las familias al hotel resort que la empresa familiar de Dante adquirió el otoño pasado en Formigal.

Dante le había encargado a su amigo y empleado Carlos que se encargara de la reforma del hotel, y Raquel, con la ayuda de Carlota, se ocupó de reestructurar las zonas de ocio. Al final, Carlota se trasladó a vivir con Carlos en el hotel y trabajaba con su amiga a través del ordenador.

Así que Carlos y Carlota llevaban viviendo varios meses juntos cuando decidieron celebrar una boda íntima, solo con los más allegados, allí, en pleno invierno. Lo habían convertido en su hogar y como la fecha elegida era el 26 de diciembre, ¡qué mejor lugar!

Aunque la sorpresa fue mayúscula cuando Dante les hizo un regalo muy especial. De la misma forma que él había cerrado el complejo hotelero en Benidorm para su boda, les ofreció, como regalo por la suya, uno de los edificios más familiar del hotel de montaña para invitar a su familia y amigos más íntimos, los que siempre asistían a las fiestas de navidad, para que celebrasen la Nochebuena y Navidad en ese paradisíaco paraje y, por supuesto, la boda.

Así que todo estaba dispuesto. Las familias de Carlota, Raquel, Fanny y Dante al completo más unos pocos amigos íntimos de la pareja ya tenían adjudicadas sus habitaciones.

El trasiego entre una habitación y otra era monumental. Las risas, besos y abrazos llenaban el pequeño edificio. Gritos, conversaciones estridentes, murmullos y carcajadas se oían en cualquier rincón mientras se arreglaban

para cenar todos juntos esa Nochebuena.

Estaban todos: Raquel y Dante; el padre de Raquel, Santos; los padres de Dante, Vanesa y Roberto; sus hermanas Beba y Yoli con sus respectivos maridos e hijos; la prima de Carlota y su marido, Fanny y Vicente; los padres de Fanny y tíos de la novia, Virginia y Pepe; y el primo de Carlota, Ximo; los padres de Carlota, Lucía y Pablo; el amigo de la novia, Felipe; y el amigo de Carlos, Darío.

Carlos y Carlota estaban terminando de arreglarse en su apartamento privado dentro del resort.

Ella terminaba de maquillarse cuando él se acercó por la espalda a su futura esposa y le dio un suave beso en el cuello que la hizo estremecerse.

—¿Has visto ya a tus padres?

—¡No! ¡Qué va! Mi madre me ha mandado un wasap para avisarme de que se había metido en el spa, así que no he ido todavía. Pensaba acercarme ahora. Por lo menos podré ver a mi padre si todavía no ha acabado ella.

—¿Sabes con qué personaje nos vamos a encontrar hoy?

—Pues sí, todos los años se convierte en Mamá Noel. Menos mal que no obliga a mi padre a disfrazarse de Papá Noel. Y no te creas, pero seguro que viene cargada de regalos para todos.

—¡Me encanta! Hace mucho que no recibo un regalo de la mano de la familia Noel.

—No hables antes de verlo —le aconsejó Raquel entre risas.

Se miraban a través del espejo con una sonrisa feliz en los labios de cada uno. Carlota dio el último repaso a los labios y se giró para encararse con él, le rodeó el cuello con sus brazos y le dio un suave beso en la punta de la nariz.

—No te preocupes, no te he convertido en Rudolf, es permanente y no deja marca.

—Por ti me convertiría en ese reno con la nariz roja —señaló a la vez que le rodeaba la cintura.

—Pues yo prefiero que no lo hagas. Me gustas tal cual eres.

—¿Solo te gusto?

—¿Sabes? Creo que te estás volviendo un empalagoso. A mí me gusta el romanticismo, pero lo tuyo ya es pasarse... —bromeó Carlota.

—Seguro que de esto no te cansas —anunció el joven y aplastó sus labios en los de ella.

Un beso lánguido y sugerente, lleno de erotismo y deseo.

—¡Ay! Carlos, ya, por favor, o no saldré de esta casa. No juegues con eso —protestó la joven cuando logró separarse empleando mucha fuerza de voluntad—. Me voy a ver a mis padres, ¿me acompañas?

—No, todavía no he terminado de arreglarme. Ve tú, enseguida te alcanzo. Pero antes dime una cosa... ¿me quieres?

La joven se lo quedó mirando con sorna. Cuando ella decía que se estaba volviendo un empalagoso...

—Pues mira, ahora que lo dices, creo que sí. Al principio creía que eran gases, pero ha resultado que no lo eran, así que tiene que ser eso; que te quiero.

Ambos se desternillaron de la risa.

Carlota le dio un pico en los labios y se deshizo del abrazo para salir por la puerta a la vez que le enviaba otro beso con la mano.

—Hasta luego, cariño. Me encontrarás con las chicas.

Carlota entró en el *hall* y se dirigió hacia el ascensor, pero de soslayo divisó que alguien estaba sentado en una de las butacas de lectura de una pequeña salita que había al otro lado de la recepción. Le pareció el cogote de su padre y, con paso silencioso, se dirigió hacia él para darle una sorpresa.

Se acercó por detrás del sillón, pero antes de hacerse notar, vio que su padre sostenía entre sus manos el móvil y miraba con interés un vídeo. A Carlota le llamó la atención las imágenes porque le recordaron a algo... algo exclusivo del género femenino... Había un dibujo en varios tonos de rosado con forma ovalada y un botoncito rojo en la parte de arriba y unas flechas subían constantemente por en medio de la pantalla. De repente, la imagen desapareció y la cabeza de un hombre lamiendo la pantalla del móvil la sustituyó. ¡Madredelamorhermoso! ¿Pero eso qué era?

—¡Papá!

El hombre dio un brinco en la butaca y se puso de pie *ipso facto*. Pegó la pantalla del móvil a su pecho, su rostro se congestionó y sus ojos evidenciaban la vergüenza que sentía.

—¡Carlota! ¿Qué haces aquí? —balbuceó.

—No, no desvíes el tema, ¿qué es eso que estabas mirando?

—¡Ay, hija, qué vergüenza! Te juro que no volveré a hacerlo.

—Papá, espera, siéntate por favor —dijo la joven al ver que su padre pretendía escabullirse.

Estaba desconcertada ante lo que creía que había visto y lo que su mente se imaginaba. Si su padre tenía que recurrir a videos de ese tipo, a lo mejor había algo entre sus padres de lo que ella no se había enterado.

Pablo se dejó caer en la butaca donde estaba unos segundos antes con un gesto desolado y Carlota se acomodó en otra que había a su vera.

—Papá, ¿te has cansado de mamá? —preguntó preocupada.

—¿Yo?! ¡De eso nada! Tú deberías saber que la amo más que a mi vida.

—Entonces... ¿eso que he visto?

—Caray, Carlota. Es algo que no me gustaría hablar contigo.

—Pero hasta que no lo hagas, no me quedaré tranquila.

—¡Está bien! —exclamó renuente. Apartó la vista de su hija, fijándola al fondo de la salita— Es una aplicación que te enseña a practicar el *cunnilingus*.

—¿Cómo?! ¿Existe eso? ¿Y para qué lo quieres tú? ¡No! ¡No me lo digas!

—¡Ay, hija! Ahora tengo que decírtelo todo. Tu madre me ha avisado de que después de Reyes se va a transformar en Penny Pax.

—¿Penny Pax? ¿Quién es? No la conozco.

—Ni yo la conocía, pero me he informado y es una de las actrices porno más reconocidas en Estados Unidos.

—¿Actriz porno? ¿Mamá se va a convertir en una actriz porno? ¡¿Pero está loca?!

—Cariño, deja a tu madre en paz y no digas esas cosas de ella. Sabes que no, que está muy cuerda. A ver, hija, tranquilízate. Las actrices porno, por lo general, y esta en particular, son personas normales y corrientes que van por la calle como puedes ir tú, así que no pienses que va a ir medio desnuda por ahí.

—Entonces, ¿qué es lo que te preocupa a ti?

—¡Mujer, está claro! Una actriz porno tiene mucha experiencia y no quiero defraudar a tu madre.

—¡No! ¡No me lo digas! ¡Dios! ¡Lo he escuchado! ¿En serio, papá? ¡Ella, en realidad, no es una actriz porno! ¡No me lo puedo creer, no me lo puedo creer! —exclamó mientras se levantaba y salía de la salita meneando la cabeza.

Cuando subió al piso donde estaban las habitaciones de sus amigos, un

alboroto la recibió al abrirse las puertas del ascensor.

En cuanto puso un pie en el pasillo, tres cuerpos se le echaron encima entre risas y gritos de alegría.

—¡Por fin ha llegado la novia! —gritó Fanny.

—¡Pero qué cara de felicidad tienes, Carlota! —exclamó Raquel.

—¡Cómo se te nota que estás bien follada, hija! —vociferó Felipe.

Los cuatro amigos formaban un amasijo de brazos y cuerpos estrujados. Hacía meses que no se habían vuelto a reunir todos a la vez y la felicidad rebosaba por todos los lados.

—¿Ya estáis acomodados en vuestras respectivas habitaciones? —preguntó Carlota mientras se deshacían los abrazos y se miraban a las caras con enormes sonrisas.

—Sí. Todo perfecto —respondió Raquel elevando la cabeza para poder mirar a su amiga desde su baja altura.

—De eso nada. Perfecto para vosotras, para mí no. Soy el único que no está emparejado. ¡Necesito un maromo! Por eso me he puesto tan guapo —protestó Felipe a la vez que abría los brazos para que lo contemplaran.

Era un tipo larguirucho, pero pese a ello, su forma de vestir y sus modales lo convertían en un chico con mucha clase. En esa ocasión llevaba un traje de un llamativo azul cian muy entallado.

—Estás espectacular, Felipe, pero yo de ti se lo pedía a Papá Noel, ¿quién sabe? A lo mejor te lo concede porque aquí no creo que lo encuentres, macho —le aconsejó Fanny.

—Que yo sepa, el único soltero que hay es Darío, el amigo de Carlos y Dante. ¡Ah! ¡No! También está mi primo y hermano de Fanny, Ximo —enumeró Carlota.

—¡Calla, calla! ¡Ni loco! Lo siento, Fanny, pero es que tu hermano es un poco animal y primitivo para mí.

—Y para mí, no te creas —respondió Fanny al tiempo que se echaba a reír.

—Chicos, ¿me acompañáis para ir recogiendo a la familia e ir al salón donde celebraremos la Nochebuena?

—¡No! —gritaron los tres a la vez.

—Antes tienes que contarnos cómo estás de enamorada —apuntó Felipe—. Es algo que no me esperaba de ti.

—¿Que me enamorese? ¡Tú estás tonto! ¿Acaso pensabas que no me iba a enamorar nunca?

—A ver, Carlotilla, que tú siempre has sido la más fría y calculadora del grupo, no lo puedes negar.

La joven miró uno a uno a sus tres amigos con el ceño fruncido.

—¿Vosotras opináis lo mismo? —inquirió con tono borrascoso.

Raquel y Fanny giraron sus cabezas y miraron alrededor con gestos exagerados de los ojos, como si disimulasen.

—¡Seréis cabronas! Pues enteraros: estoy loca loquísima por ese hombre excepcional que es Carlos. Es la persona más maravillosa que hay sobre la faz de la tierra y no le llegáis ni a la suela del zapato.

De la garganta de los tres amigos estallaron unas carcajadas que expresaban un gran cachondeo.

—¿Veis? —inquirió Felipe mirando a Fanny y a Raquel—. Ya os dije que no había cambiado. Sigue siendo la misma borde, aunque ahora esté llenita de amor —culminó con los brazos abiertos y sus ojos elevados al techo.

—¡Lo que hay que aguantar! Lo que sí que tengo claro es que no he sabido elegir bien mis amistades. Claro, como ahora Raquel es una señora casada y su marido la rescata de sus torpezas, ya no os metéis con ella.

—¡Qué más quisiera yo! —replicó Raquel—. Solo me libro cuando tengo a Dante pegado a mí, aunque ahora es mucho más difícil desprenderme de él...

En ese preciso momento, de una de las puertas salió un hombre de rostro jovial, profundos ojos negros, nariz fina con un ligero hoyuelo en la punta y una boca expresiva de labios delgados.

—¡Amor! ¿Qué haces ahí? ¿Estás de pie en el pasillo desde que has salido de la habitación? —inquirió con preocupación al tiempo que se dirigía hacia ella y la abrazaba por la espalda—. Ven al cuarto a sentarte un rato. —Levantó la mirada hacia el resto—. ¡Hola, chicos! Es un placer veros. Ahora os saludo, pero antes tengo que acompañar a mi bella esposa a nuestra habitación.

—¡Dante! Déjame en paz, pesado. ¡No estoy enferma! —protestó Raquel y se sopló su largo flequillo con un bufido.

Los amigos de Raquel los miraban estupefactos.

—Oye, Dante, no es por nada, pero no le va a pasar nada a tu mujer por estar con nosotros. Te recuerdo que antes de que aparecieras tú en su vida, éramos nosotros su compañía habitual. Y sí, predices cuando va a darse un tropezón o a volcar algo y lo evitas, pero hasta que tú te convertiste en su guardaespaldas, Raquel sobrevivía estupendamente —protestó Carlota.

—Ya lo sé, Carlota, pero estas circunstancias son especiales, ya no es ella sola la que puede hacerse daño —arguyó Dante.

Raquel le dio un manotazo en el brazo y lo miró con fuego en los ojos.

—¡Te he dicho que no digas nada! —le masculló en voz baja.

—¡Ay, Dios! ¡Que está embarazada! ¡Voy a ser tía! —gritó Fanny a la vez que la abrazaba.

—¡Vamos, vamos a ser tíos, Fanny! —la acompañó Felipe arrojándose él también sobre la joven.

—Pero... pero... ¡¿por qué coño no has dicho nada?! —demandó Carlota atónita.

Raquel la miró con un gesto penoso.

—Es que no quería eclipsar tu boda. Pensaba decirlo después.

—¡Joder, Raquel! ¡Tú estás tonta! Cuantas más cosas haya que celebrar, mejor —exclamó Carlota al tiempo que le daba un beso y la abrazaba.

—¡¿Quién está embarazada?! —Oyeron gritar al fondo del pasillo.

Por allí aparecieron Lucía y Virginia, las madres de Carlota y Fanny.

Lucía vestía un traje de terciopelo rojo con mangas largas y un delantal blanco en la cintura. Los bordes del cuello, mangas y vuelo de la falda estaban adornados con una franja de pelo blanco. Su cabello lo había convertido en rizado y blanco. Sobre él llevaba un gorro de la misma tela que el vestido adornado con puntilla blanca y sobre su nariz colgaban unas gafitas redondas y doradas. Era la viva imagen de la señora Noel.

Y ahí no acababa todo. Había convencido a su hermana para que se vistiese de duende navideño, así que la mujer llevaba un vestidito verde con el cuello y el borde del dobladillo en rojo y un cinturón ancho negro, un gorro muy curioso con los mismos colores, unas medias a rayas rojas y blancas y unos botines negros.

—¡¿Quién está embarazada?! —iban preguntando a la vez que corrían hacia el grupo de amigos.

—Es Raquel, mamá —respondió Fanny lo más rápido que pudo para que no se hiciese ilusiones.

Las dos mujeres felicitaron a Raquel y en ese momento llegó el novio, Carlos, que saludó a los familiares de Carlota y los azuzó para que bajasen al restaurante.

\*\*\*

La celebración de la Nochebuena estaba siendo perfecta. Las anécdotas y las risas ambientaban la cena y los villancicos llegarían con los turronec. Había mucho que celebrar: estaban todos juntos en navidad, Carlota y Carlos se casaban, Raquel estaba embarazada...

Carlota estaba encantada de ver a toda su gente allí. Todo aquel que compartía un hueco en su corazón se encontraba a lo largo de esa mesa. Recorrió a los comensales con su mirada para memorizar el momento: Felipe se burlaba de las orejas de Darío, signo inequívoco de que le gustaba; Fanny y Yoli se reían de una anécdota que estaba contando Vicente; su padre estaba acomodando el gorrito de su madre que acababa de caérsele; Dante evitaba que Raquel metiese la manga de su vestido dentro del bol del cóctel de marisco...

Por debajo del mantel buscó la mano de su novio y la apretó con ternura. Carlos giró su cabeza para ofrecerle una mirada llena de amor.

Desde hacía cuatro meses, cuando se vio obligada a conocerlo para que él pudiera desmontar sus catorce razones para pasar de él, vivía en una nube de felicidad. Pese a la bronca que le había dado a su amigo Felipe, ella siempre había sido bastante escéptica con respecto a la posibilidad de encontrar el hombre adecuado para ella. Por eso, hasta ese verano, se dedicó a conocer a hombres apropiados para acostarse con ellos. No solía interesarles para nada más.

Todo había sucedido muy rápido, lo sabía. Ella misma se llamaba loca por su decisión, pero era una locura tan maravillosa... La más pequeña célula de su cuerpo sabía que él era su hombre, su compañero, su amigo y su amor. Que lo que sentía por él pasaba una vez en la vida y que no debía perder el tiempo viviendo cada uno en la otra punta de España.

Sí, era cierto, no tenía por qué casarse, pero comprendió a Carlos cuando expuso sus razones para hacerlo de inmediato. Él llevaba muchos años sin pertenecer a nadie y sin que nadie le perteneciese a él.

Ahora tenía un hogar formado junto a Carlos. Incluso habían construido un pequeño invernadero donde plantaban las plantas y flores que les apetecía cultivar. Y ellas habían echado raíces, lo mismo que la pareja. Allí donde estuvieran, sus raíces eran tan profundas como las de los eucaliptus.

La boda solo era la culminación de esa gran verdad y una celebración de amor compartida con todos sus seres queridos.

Acababan de terminar con el postre y los turrónes y pastas navideñas cubrían el mantel acompañados de licores y cavas cuando una voz se hizo oír por encima de las demás.

—¡Jo! ¡Jo! ¡Jo! ¿Habéis sido unos niños buenos?

¡Ya estaba allí! Su madre, como todos los años, cargaba un saco de regalos y los repartía, aunque esta vez casi duplicaba el volumen del mismo.

La mujer se sentó en una silla en medio del salón, puso el saco a un lado y pidió:

—¡Niños! Poneos en fila para recibir vuestros regalos. Venga, ¿quién quiere ser el primero? ¿Tú, Carlos? Ven, siéntate aquí —lo instó dándose palmaditas en las piernas.

—¿Encima de ti? —preguntó el joven con tono dudoso mientras se levantaba con lentitud de su silla.

—Pues claro, hijo, ¿dónde sino?

Carlos miró atónito al resto de familiares que se estaban incorporando a la cola solicitada por Mamá Noel buscando confirmación, pero lo que encontró fueron risas contenidas en todos los labios, bocas tapadas para no estallar en carcajadas y brazos aguantando el estómago ante las convulsiones producidas por las ganas de soltar una risotada.

Carlota lo azuzó con la mano para que se sentara en el regazo de su madre.

—Lo siento, cariño, es un ritual por el que todo el mundo debe pasar —le dijo jocosa.

Carlos le hizo caso y se sentó sobre Lucía con cuidado de no dejar todo su peso sobre ella, pero la mujer lo agarró por la cintura y tiró de él hacia abajo.

—¡Siéntate bien, niño!

Mamá Noel se inclinó hacia el saco y rebuscó en él hasta que encontró el regalo apropiado ayudada por el duende navideño y se lo tendió a Carlos.

—Toma, cariño, este es para ti. Espero que te guste. ¡Pero no lo abras hasta que estén todos repartidos! —Le dio un beso en la mejilla y lo empujó para que se levantara—. ¡El siguiente!

Así ocurrió con todos, hasta Darío se sentó sobre ella con el rostro colorado como una fresa del valle del Jerte.

En cuanto terminaron de pasar todos por el regazo de Mamá Noel, comenzó el momento de abrir los regalos. Y las risas volvieron a brotar por todo el salón.

A Dante, por ejemplo, le había tocado un gato chino dorado de esos que mueven la mano y que se supone que atraen suerte y dinero al hogar. A Raquel una muñequita con el vestido típico alicantino. A la madre de Dante una tetera de porcelana con forma de váter. Los regalos de Carlos y de Carlota se complementaban: dos copas de cava decoradas con corazones y lacitos de lo más hortera y cursi posible. A Darío le tocó un pequeño arcón recubierto con conchas de mar. Y a Beba un abanico con una foto de Benidorm y puntillas. Y como estos ejemplos, el resto de los regalos.

Una cantidad de regalos horteras, demasiado abundante para el bienestar de los ojos, se exhibían como si fuesen grandes tesoros, aunque solo fuese por echarse unas risas.

La celebración se prolongó hasta altas horas de la noche, o más bien a primeras horas de la madrugada. Nadie tenía que madrugar para preparar la comida de Navidad puesto que todos iban a celebrarla juntos de nuevo en ese mismo salón servidos por los trabajadores del hotel que les tocaba el turno de ese día.

## Epílogo 2

*25 de diciembre de 2018*

El día de Navidad fue una prolongación de la Nochebuena. El buen humor y el amor compartido se derramaban por todas partes.

Comieron con el buen ambiente de la noche anterior pero la sobremesa no fue tan larga. Los jóvenes habían preparado una despedida sorpresa para Carlos y Carlota, y a media tarde las chicas arrastraron con ellas a Carlota y los chicos a Carlos.

Ellas la llevaron a una sesión continua de belleza: masaje relajante, *peeling* corporal, limpieza profunda facial, mascarilla de chocolate y depilación para acabar en la piscina multifuncional con hidromasaje.

—¡Ay, chica! Todavía no me lo puedo creer. ¡Estamos aquí para tu boda!  
—exclamó Raquel mientras se aposentaba en su respectiva camilla.

—¿Qué pasa? ¿Creías que me iba a quedar soltera?

—Bueno, no habría estado mal tener una canguro gratis durante un tiempo. Carlota le levantó el dedo corazón.

—¡Anda! ¿Te parece bonito hacerme ese gesto? —protestó Raquel

—No quiero que me salgan arrugas el día antes de mi boda y necesito cuarenta y seis músculos para fruncir el ceño, pero solo cuatro para enseñar el dedo, así que, gana por goleada. ¡Ah! Una cosa que quería comentaros, chicas. Mañana no quiero compañía para vestirme, ¿eh? Si venís a ayudarme, la mitad de los invitados estarían en mi habitación —concluyó con una carcajada risueña.

—¡Tienes toda la razón! —aprobó Yoli, la hermana pequeña de Dante.

—Pues yo no estoy de acuerdo, Carlota. Tú estuviste con Raquel y conmigo y yo quiero estar contigo. Y me imagino que Raquel también —protestó

Fanny mientras se giraba en la camilla para que siguiesen con los masajes.

—Imaginas bien, Fanny —ronroneó Raquel de lo a gusto que estaba.

—Pues lo siento, podréis cotillear antes de vestirme, pero luego os iréis. Comprendedlo, necesito hacer una aparición estelar y quiero que sea una sorpresa.

—¿Y tu madre? ¿Irá de Lucía o nos va a sorprender? —interrogó Yoli—. Me encanta cómo se mimetiza con los personajes. ¡Es una diva!

—¿Veis? ¡Necesito superar a mi madre! ¿Os podéis imaginar algo peor? ¡Yo no! Y no, Yoli, no tengo ni idea de cómo irá vestida, no ha querido informarme.

—Carlota, hija, tú eres la novia. Tranquila, que serás el centro de todas las atenciones —aseguró Raquel.

—Nuria está emocionadísima por ser vuestra dama de honor —aseguró Beba, hermana de Yoli, con la intención de cambiar de conversación.

Y surtió efecto. A Carlota le brotó enseguida una sonrisa ante la mención de la niña.

Ellos se fueron primero al gimnasio para ponerse en forma, luego a la sauna finlandesa, masaje energético y, para terminar, piscina multifuncional con hidromasaje.

—Habéis acertado de pleno —aseguró Carlos mientras cogía unas mancuernas en el gimnasio—. Necesito soltar adrenalina. Estoy nervioso, aunque no lo parezca.

El resto de hombres se miraron entre sí y a la vez rompieron en grandes carcajadas.

—¿Por qué te crees que te hemos traído aquí? —le preguntó Dante a la vez que comenzaba a ejercitarse en un banco de musculación, pero antes de que contestase Carlos, continuó—: Jamás te he visto tan inquieto. Ni siquiera el día que los curas nos pillaron saltando la valla del pabellón de las chicas cuando volvíamos de estar con un par de ellas.

—No me recuerdes ese día. Aún me duele el chichón que me hizo don Hilarión con sus nudillos en mi cabeza cuando te empeñas en recordármelo.

—Veo que esquivas lo que realmente te dejó marcado, ¿eh?

—Dante, ¿te he dicho alguna vez lo cabrón que eres?

—Muchas, amigo, muchas.

—¡Ah, no, no! A mí no me vais a dejar así —intervino Felipe.

El joven había cogido la mancuerna menos pesada, se había sentado en un banco y, con el codo apoyado en la pierna, movía el brazo de arriba abajo mientras escuchaba a los dos amigos con una sonrisa.

—Si quieres te lo cuento yo, Felipe —medió burlón Darío que se encontraba en otra máquina—. No es la primera vez que Dante le pincha con esa historia.

—¡Otro cabrón! ¿Es que estoy rodeado de traidores?

—¡Joder, Carlos! ¡Pero si es una chorrada! —se rio Dante.

—¡Está bien, está bien! Ya lo cuento yo: éramos unos críos y nos encontramos con dos tías en el jardín de su colegio. Y... bueno, ya sabéis. Nos magreamos un poco y tal. Todo muy inocente, pero yo me corrí encima. Así que cuando nos pilló el cura y vio la mancha en los pantalones, me castigó a llevar los pantalones manchados durante una semana. En todo momento. Incluso para dormir. —Recorrió a todos con la mirada—. Y ahora ya me he humillado lo suficiente, ya podéis reiros de mí.

—Nadie se va a reír, Carlos —aseguró Ximo, pero ni él mismo se lo creyó. Se observaron los unos a los otros cómo intentaban contener las risas hasta que no pudieron aguantar más y estallaron en carcajadas estruendosas.

—¡Lo sabía! —aseguró Carlos, pero ni si quiera él pudo contenerse y se unió a las risas.

Cuando llegaron las chicas a la piscina, ellos ya estaban allí.

—¡Madre mía, chicas! Si lo llego a saber me voy con vosotras. ¡Qué paliza me han dado estos bestias! —exclamó lastimosamente Felipe en cuanto las vio aparecer.

Una colección de cuerpos esculturales se deleitaba de la piscina entre chorros, jacuzzi y una zona de relax con una amplia ventana para poder disfrutar de la luz natural con unas espléndidas vistas a las pistas de esquí.

—Deja de lloriquear, Felipe, que mira que te gusta —se burló Raquel.

—Sí, jefa. Lo que tú digas, jefa. A tus órdenes, jefa. Lo que mandes, jefa.

—¡Pelota!

Para Carlota había desaparecido todo lo que la rodeaba en cuanto pudo admirar el cuerpo de Adonis de su futuro y próximo marido, aunque, para ella, Carlos ya le pertenecía; era su pareja, su amigo, su amor.

Notó que algo le tocaba la barbilla y volvió a la realidad.

—Se te va a caer la baba, Carlota —oyó la voz de Fanny.

Le dio un manotazo en la mano para apartarla de su mentón y le sacó la lengua con burla.

—Está claro que no te ves tú cuando miras a tu marido, petarda.

—Chicas, ¿os pensáis quedar ahí mirando o probáis la piscina? Cualquiera diría que es la primera vez que veis a vuestros respectivos maridos en bañador. ¿O es de mí del que flipáis? —dijo Felipe mientras salía de la piscina—. Estoy bueno, ¿eh? —bromeó a la vez que hacía las típicas posturitas de forzado y se reía con una carcajada contagiosa.

El cuerpo larguirucho del joven, con sus brazos desmesuradamente largos y sus grandes manazas no era el ideal para presumir de músculo, así que las chicas no pudieron resistirse y lo acompañaron con sus risas.

Y a continuación se introdujeron en la piscina y se unieron a los chicos para disfrutar de las distintas zonas y del ambiente relajado y distendido.

## Epílogo 3

*26 de diciembre de 2018*

Había decidido estar sola hasta el momento de dirigirse al salón en donde se había acondicionado todo para la celebración de la boda. Su madre había insistido en acompañarla, igual que sus amigas, pero ella no había claudicado. Había quedado con ella con que la llamaría cuando fuese a salir de la habitación para encontrarse las dos en el pasillo e ir juntas al salón.

Como Carlos no tenía familia, Carlota le propuso que los testigos fuesen Dante y su madre, a lo que él aceptó agradecido.

Acababa de terminar de arreglarse y se encontraba mirando a través de la ventana el maravilloso paisaje nevado que los rodeaba. Le parecía mentira, cómo en tan poco tiempo había llegado a adorar ese lugar, pese a que siempre había manifestado su preferencia por el mar y la playa.

Su pelo rubio y ondeante lo llevaba suelto, con su forma habitual, únicamente había acentuado un poco más las brillantes ondulaciones y vestía un elegante modelo en crep blanco con manga larga. Enmarcaba su silueta de una forma tan limpia que resultaba muy favorecedor y sensual. Una sexi apertura en la falda dejaba al descubierto su pierna izquierda al andar y una pequeña cola remataba el vestido por detrás. De adorno, tan solo llevaba un enorme lazo realizado en pedrería plateada en el lado izquierdo del cuerpo, por debajo del pecho hasta la apertura.

Para ella era el momento de meditar. De asimilar lo que había cambiado su vida en unos pocos meses arrebatadores. Habían sido tan intensos en emociones, se había visto inmersa en una vorágine tan fuerte, que ni siquiera se había planteado si era lo que quería. Sencillamente se había dejado arrastrar por sus sensaciones y por sus sentimientos.

Y había llegado la hora definitiva. El momento de averiguar si era lo que quería.

Todavía estaba a tiempo.

Ella nunca había creído en los amores eternos. Pensaba que lo que sus propios padres tenían era prácticamente imposible de conseguir, por eso no entraba en sus planes casarse y menos con la inmediatez con la que lo iba a hacer.

¿De verdad estaba segura de romper sus reglas?

¿Estaba convencida del paso que iba a dar?

Un golpe en la puerta la sacó de su abstracción.

Nadie debía molestarla, por eso, con energía, abrió la puerta para echarle la bronca a quién hubiese osado interrumpir sus reflexiones.

Pero su sorpresa fue grande cuando descubrió lo que había tras ella.

Un largo gladiolo de color magenta, como el que Carlos había dejado sobre la cama del yate, reposaba sobre un cojín blanco en el suelo y a su lado una pequeña tarjeta con un gran corazón rojo dibujado en ella.

Cogió el gladiolo con una mano y con la otra la tarjeta. Entró de nuevo en su habitación, cerró la puerta y temblorosa, giró la nota entre sus dedos. La enérgica letra de Carlos apareció ante los ojos de Carlota.

«Lo mejor de mi vida es estar en la tuya. Te amo. Carlos»

Si había tenido una mínima duda, acababa de disiparse de su pensamiento y lo único que deseaba era encontrarse con él para demostrarle que él también era lo mejor de su vida. Que él era el motivo de que fuese feliz, de que sonriera y de que su corazón palpitase descontrolado tan solo con pensar en él.

Otro golpe sonó en la puerta y una sonrisa se dibujó en sus labios. Seguro que tenía otra sorpresa detrás de ella. Como no se había apartado de la entrada, la abrió con ímpetu.

Y sí, delante de ella había una gran sorpresa.

Nada más y nada menos que ¡la reina Isabel II del Reino Unido!

—Hola, princesa Carlota —saludó alargando su mano enfundada en un guante blanco.

Lucía, con el pelo blanco y cardado sobre el que llevaba un sombrero verde lima con detalle de plumas en morado y un adorno de pedrería y perlas, había elegido un vestido de seda con estampado en tonos lima, amarillo y lila, y cerraba su look con un abrigo del mismo color que el sombrero con un gran

broche en el cuello. Mención aparte se merecía el bolso blanco que llevaba colgado del antebrazo a juego con los zapatos de tacón bajo con un lazo en el empeine como todo adorno y las tres vueltas de perlas que rodeaban su cuello que formaban conjunto con los pendientes.

—¡Mamá! —exclamó la joven entre carcajadas que no pudo evitar.

—¿Qué pasa? ¿No es suficiente para ti que alguien de la realeza, en concreto Su Majestad la reina, sea la que te lleve al altar?

—Por supuesto que sí, mamá —respondió a Lucía a la vez que le daba un tierno beso—. No podrías haber elegido mejor.

—Es lo mínimo que te mereces, mi princesa —aseguró la mujer al tiempo que elevaba el brazo opuesto al del bolso—. Enhebra la aguja, cariño.

—¿Cómo?

—¡Que te agarres de mi brazo, leñe!

—¡Su Majestad, ¿qué palabra es esa?!

—¡Ay, chica! ¿Qué quieres? Eso me pasa por juntarme demasiado con la plebe.

La decoración era sencilla y elegante porque así lo habían querido los dos. El pequeño salón donde se iban a casar lo habían acondicionado con un atril para el concejal que iba a dirigir la ceremonia y las sillas suficientes para que los invitados se sentasen mientras que Carlos y Carlota permanecerían de pie.

Unas pocas flores del invernadero de la pareja decoraban estratégicamente el salón soltando los aromas que envolvían el ambiente.

Ya todos estaban colocados en su sitio a falta de la novia y su madre.

Dante aguardaba de pie junto a Carlos su llegada, aunque él disponía de una silla en la primera fila en la que luego se sentaría, lo mismo que Lucía.

Miró a su amigo con una sonrisa al darse cuenta de lo inquieto que estaba.

—Tranquilo, Carlos. Ya queda poco para encadenarte —le dijo a Carlos con sorna.

El director miró a su amigo con ojos de asombro.

—¿Encadenarme? ¿Ya te has arrepentido de tu boda?

—¡No! ¡Para nada, tío! Vivir junto a Raquel es toda una aventura diaria. ¿Sabes lo que ha hecho hoy?

—Algo he oído sobre unos polvos. ¿Te refieres a eso? Pero no sé exactamente de qué tipo de polvos hablaban —respondió Carlos sonriendo

con picardía—. Oí a Fanny y Felipe reír y comentar algo, pero no estaba pendiente de lo que decían porque estaba recibiendo al concejal.

—Pues yo te lo aclaro, pero vas muy desencaminado. Justo antes de salir de la habitación para venir para aquí, yo estaba sentado en la cama atándome los zapatos cuando Raquel ha decidido ponerse unos pocos polvos de talco en no sé qué sitio para no sé qué. No lo tengo claro porque ella estaba nerviosa y daba saltitos de un lado a otro de la habitación murmurando para sí cosas ininteligibles para mí. El caso es que llevaba el bote de polvos en la mano intentando abrirlo, pero no lo conseguía por lo que se dirigió hacia mí para que yo lo hiciese en el preciso instante en el que el bote se abre del todo y los polvos salen desperdigados. ¿Te imaginas dónde?

—¿Sobre ti? —aventuró su amigo con una sonrisa guasona.

—¡Bingo! No he tenido más remedio que ducharme y cambiarme de traje porque parecía Copito de Nieve. ¡El bote entero lo ha vertido sobre mí! Menos mal que me he traído dos trajes.

Carlos se partía de la risa al imaginarse a su amigo.

—Sí, tú riéte, pero creo que aún tengo polvos de esos metidos en el oído. ¿Ves? En eso has tenido más suerte tú. Tu vida no corre peligro con tu futura esposa.

—Quizás físico no, pero te aseguro que tampoco me aburro con Carlota. Es una mujer intensa para todo.

—Ya, eso es cierto, pero es que a ti te va que te den caña.

—¡Cómo me conoces, amigo! Es lo que más me gusta de ella, su fogosidad ante la vida. —Carlos se quedó pensativo unos segundos y luego le confesó a su amigo y jefe—: ¿Sabes? Jamás me imaginé que pudiese amar de esta manera. Han pasado tantas mujeres por mi vida que me han dejado indiferente, que llegué a pensar que eso del amor era una quimera. Empecé a dudar cuando el año pasado te veía a ti desesperado por Raquel, pero, aun así, ni se me pasó por la cabeza que eso pudiese ser una realidad para mí.

—Te lo mereces, Carlos. Tu vida no ha sido fácil. Has vivido durante mucho tiempo sin familia, ya te tocaba.

—Sí, Dante. Ahora siento que estoy formando un hogar.

—Por cierto, ¿a Carlota y a ti os gustaría quedaros aquí? Estaba pensando en ofrecerte la dirección definitiva del complejo.

—¡Oh! ¡Dante, nos encantaría! Lo hemos hablado Carlota y yo, y era una fantasía que nos ilusionaba a los dos.

—Pues ya no es fantasía, ahora es una realidad.

—¡Gracias, amigo!

Un murmullo sobrevolaba en el salón a consecuencia de las distintas conversaciones que mantenían los asistentes hasta que comenzaron las primeras notas de «Te amaré», de Miguel Bosé. Todos se giraron para observar la llegada de la novia.

Primero apareció Nuria con una cestita llena de pétalos de rosa colgando de su brazo y comenzó a tirar los pétalos por el recorrido que iba a hacer la novia.

Comenzaba la segunda estrofa de la canción cuando apareció Carlota. Todos los ojos se concentraron en ella. El gladiolo magenta que sostenía en la mano, contrastaba con el blanco níveo del vestido. Su esbelta figura comenzó a andar con pasos menudos para dilatar el momento de encontrarse con su futuro marido. Su corazón se paralizó al detectar enseguida los ojos grises y profundos de su amor. Carlos, al fondo del salón, la miraba arrobado e impresionado de que esa fantástica mujer fuese a acompañarlo para el resto de su vida.

Para él no existía nadie más en esa sala.

Pero para los invitados...

De improvviso, las miradas del resto de presentes en la ceremonia se desviaron hacia al lado de la novia. Lucía acababa de alzar su mano y saludaba como una verdadera reina. El bolso se deslizó por el antebrazo y acabó colgando del pliegue del codo de la supuesta Isabel II.

—Saluda, nena —murmuró entre sus labios a su hija.

Carlota se desprendió de la mirada de Carlos y miró a su madre. Los ojos se le volvieron blancos al mirar hacia arriba con un claro gesto de resignación.

Los invitados lograron contener la risa con disimulo puesto que no era el momento. Carlota debía ser el centro de atención, así que, con gran esfuerzo, eso sí, las miradas volvieron a la novia y la acompañaron hasta que se encontró con Carlos.

La pareja se dio un leve beso y los testigos se sentaron en sus respectivas sillas.

En esos momentos comenzaba la historia conjunta de Carlos y Carlota. Se iban a convertir, por medio de una firma, en una familia para el resto del mundo, aunque para ellos lo eran desde que se confesaron que no podían vivir el uno sin el otro.

Todo estaba ocurriendo con rapidez, sí. Pero es que no necesitaron más tiempo para sentirse unidos.

Carlos comprendió enseguida que su vida no había estado completa hasta que se encontró con Carlota. La vorágine en la que se había visto envuelto al tener que ocuparse de su propia vida desde muy joven no le permitió comprender cuánto echaba en falta una familia hasta que la formó junto a Carlota y al mundo que la rodeaba.

La comida que compartió con ella el día de su cumpleaños la tenía marcada a fuego en su corazón. A partir de ahí fue cuando comprendió qué era lo que anhelaba, lo que le faltaba a su vida y lo que ansiaba. Siempre y cuando fuese junto a ella. A Carlota. A su verdadero y único amor.

Los besos y abrazos a la pareja se sucedieron hasta que todos los invitados los felicitaron. Había sido una ceremonia corta, pero muy emotiva. Las pequeñas muestras de cariño entre los novios durante ella habían sido contempladas por todos con los ojos llenos de ternura y ahora era el momento de celebrarlo.

Estaban en plena efusividad cuando unos golpes secos los detuvieron a todos. A la vez giraron sus cabezas y se encontraron a Lucía delante del atril golpeándolo con una figurita de un gato de plata que había cogido de un mueble auxiliar.

—Señores y señoras, en esta ocasión tan especial, unida ya para siempre a las fiestas navideñas, quiero desearos, junto a la princesa Carlota y su consorte, el príncipe Carlos, una maravillosa celebración de boda, unas muy felices fiestas y todo lo mejor para el año nuevo. Desearía también que la voluntad de entendimiento y el espíritu fraternal, tan propios de estos días, estén siempre muy presentes entre nosotros, en nuestra convivencia. Una nueva vida se está gestando y una nueva historia de amor acaba de unirse, por lo que nuevas alegrías nos esperan en un futuro.

Mientras ella hablaba, unos cuantos camareros entraron al salón con bandejas que portaban copas de cava y las fueron repartiendo entre los invitados.

—Alcemos nuestras copas —continuó a la vez que cogía una copa y elevaba su brazo— y brindemos por un futuro prometedor y porque todo él esté a rebosar de amor.

Como hipnotizados, todos acompañaron a Lucía o, más bien a la reina Isabel II, elevaron sus copas y bebieron de ellas.

Nuria, la hija de Beba, aplaudió fascinada por la fuerza con la que la madre de Carlota había dicho su discurso mientras la miraba embobada, lo que provocó un arranque de aplausos de todos los presentes que se convirtió en una gran ovación, con pitos y gritos.

—¡Viva la Reina!

—¡Viva Isabel II!

—¡Bravo!

—¡Eres la mejor, suegra!

## Epílogo final

*27 de diciembre de 2018*

Carlota permanecía sentada en un sillón en la zona más oscura de la habitación con un bote de nata entre sus manos.

Un parpadeo de los ojos fue el primer síntoma de que Carlos se estaba despertando. Soñoliento, trató de girarse en la cama, pero sus brazos no respondieron.

Un leve frescor en su cuerpo le advirtió de que estaba desnudo y destapado por lo que probó a alargar su mano para taparse, pero algo impidió que se movieran sus brazos. Los tenía por encima de la cabeza e intentó bajarlos nuevamente, los sacudió y un ruido metálico se le incrustó en la mente.

Abrió los ojos de inmediato y se retorció para poder mirar sobre su cabeza.  
¡Sus muñecas estaban enganchadas al cabezal por esas malditas esposas de pelo rojo!

Incorporó la cabeza todo lo más que pudo y gritó:

—¡¡¡Caaaaarloooooootaaaaaaa!!!

FIN

## Agradecimientos

Para mí es una obviedad, pero no por ello no hay que expresarlo. Como decía mi abuela: *de bien nacidos es ser bien agradecidos*.

Y eso es lo que siento yo: un agradecimiento inmenso y profundo a mi familia porque sin ellos yo no podría seguir cumpliendo un sueño tras otro. Cada novela conlleva mucho esfuerzo y meses, días y horas de dedicación, por lo que, sin la colaboración de ellos, sin su apoyo incondicional, sin sentir que ellos se sienten orgullosos de lo que hago, mi andadura por la escritura habría sido muy corta.

Del otro lado está la gente de *Selecta*, de Penguin Random House. Otro pilar básico por el que yo estoy en estos momentos escribiendo estos agradecimientos. Quiero recalcar la comprensión y la ayuda de Lola Gude (mil gracias, Lola), con quien mantengo una estrecha comunicación y que es la cara más visible de *Selecta* para los escritores, por lo que la nombro portavoz de toda la gente que participa de algún modo para que nuestras novelas vean la luz de la forma más correcta posible y le pido que así lo comunique.

Por supuesto, también quiero agradecer a mis compañeras todo el apoyo, la amistad y los buenos momentos que disfruto con ellas. ¡Menuda cuadrilla! Esto no sería lo mismo sin ellas, os lo aseguro. Saber que puedes compartir con ellas todas mis emociones y que te van a comprender mejor que nadie es maravilloso.

Y quiero terminar mis agradecimientos con la parte que podría ser más invisible, pero que me arropa y me da ánimos en los momentos más difíciles: los lectores. ¿Qué sería de una escritora sin ellos? Recibir sus ánimos y leer sus reseñas y opiniones es de las cosas más gratificantes que os podéis imaginar. Así que, si has llegado hasta aquí, quiere decir que eres uno de

ellos y te agradecería infinito que dejases tu opinión en la web de la editorial: *megustaleer.com* o en cualquiera de las plataformas digitales en las que se encuentra mi novela.

¡Hasta la próxima novela!

Si te ha gustado  
*14 razones para pasar de ti*  
te recomendamos comenzar a leer  
*Una eternidad sin ti*  
de *Emma J. Care*



## Prólogo

### Su regreso

*Universidad Estatal de Salem, Massachussets.  
Agosto de 2014.*

«Aquí estoy de nuevo».

De pie, con la mirada perdida en el que iba a ser, durante todo ese año, su despacho –una estancia simple, con olor a nuevo, incomparable al suyo de Harvard–, recordaba esos dos malditos siglos de vida en los que había visto cómo el ser humano se corrompía; cómo el mundo, en vez de mejorar, se transformaba en un lugar abyecto, y allí estaba él para dar buena cuenta de ello. Mas, transcurriera el tiempo que transcurriese, solo había algo que no mudaba dentro de su corazón: la esperanza de recuperar su vida. Aquella vida normal que una vez había perdido; que una vez se le había arrebatado y que una pitonisa del tres al cuarto, o eso creía, le había profetizado. Una vez más se había equivocado por prejuizar, debido a la impaciencia que se adueñaba de él.

Maritha Mae no había errado.

Su rictus, así como la tensión de los músculos de su cuerpo debajo de la tela de su traje de corte clásico, no daba muestra de emoción alguna, pues en esas dos centurias había aprendido a mantener a raya sus sentimientos. Al no filtrarse al exterior, se alejaba de la gente. Su indiferencia era tal que nadie sospecharía que el corazón retumbaba en su pecho por estar de vuelta en el lugar que lo vio nacer, Salem, sin temer que nadie lo reconociese. Del pueblo de sus recuerdos no quedaba nada, salvo las lápidas que rememoraban la masacre de la cacería de brujas. No así su atmósfera: sus habitantes no disimulaban la suspicacia que despertaban los desconocidos; te miraban por el rabillo del ojo atentos a posibles faltas; le susurraban al de al lado para que se fijasen en uno. No, esa idiosincrasia se había mantenido.

La pitonisa, en la lectura de las cartas, le había interpretado que ahí estaba su futuro y salvación, en un ser maravilloso, en cuerpo y alma de mujer. La

había visto gracias a la intervención de Malcolm. ¿La había encontrado él? ¿O ella lo había buscado?

Fuese como fuese, podía alegrarse. La rabia y la desesperación padecidas en esos dos siglos hallaban su recompensa. Habían merecido la pena.

No quería experimentar tal dicha; no quería que su nerviosismo lo echase todo al traste, ni darle más vueltas cuando ya podía contemplar la luz al final de aquel túnel cuya oscuridad había tenido que cruzar para llegar a ese instante.

—¡¡Carlos!! ¡¿Qué haces aquí?! —gritó Carlota emitiendo algún que otro gallo.

—Querrás decir, ¿qué haces tú aquí? Este es mi cuarto.

—¡¿Se puede saber por qué estoy esposada a tu cama?! —continuó con las preguntas ignorando la respuesta de Carlos.

—¿No lo recuerdas? —inquirió él al tiempo que elevaba las comisuras de sus labios con una sonrisa socarrona.



Cuando Carlota se despierta en la cama de Carlos esposada a su cabezal y sin recordar nada de lo que había ocurrido durante la noche anterior después de la celebración de la boda de Raquel y Dante (protagonistas de *Tú alteras mi mundo*), Carlos ve la oportunidad de añadir un nombre más a la lista de sus conquistas y la amenaza con no soltarle las esposas si no acepta un trato con él.

Carlota debe trabajar en el hotel que dirige Carlos hasta que regrese Raquel de su luna de miel, por lo que el director le propone contarle la verdad de lo que había sucedido entre ellos durante esa noche si acepta una tregua de las discusiones que mantienen desde que se conocen.

Carlota es reacia al pacto porque asegura tener 14 razones para no querer saber nada de él, pero al comprender que de todas formas tendrá que sufrir su compañía durante ese tiempo, decide transigir. Así que, durante los siguientes catorce días, la joven se propone cotejar su lista de razones con el día a día junto a Carlos.

Lo que ella no sabe, es que el estirado director oculta un profundo deseo hacia sus sensuales curvas.

**Adéntrate en la historia de Carlos y Carlota, y desearás ser la protagonista de esta comedia romántica.**

**Begoña Gambín.** Nací en Alicante en 1964. Casada y con dos hijos, soy una lectora voraz desde que mi abuela me inició en la lectura con las inmortales novelitas rosas de Corín Tellado y Carlos de Santander, aunque mi afición por la lectura me llevó a leer todo tipo de géneros. Hace bastantes años que me entró el gusanillo por escribir, sin embargo, mis trabajos (el de mi empresa y el de casa) no me dejaban tiempo para dedicárselo. Hace unos años (ahora tengo más tiempo libre) descubrí la nueva novela romántica y con ella, un nuevo género para escribir que me apasiona.

Edición en formato digital: enero de 2019

© 2019, Begoña Gambín

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-56-2

Composición digital: [leerendigital.com](http://leerendigital.com)

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

me**gustaleer**

## Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

## NOTAS

### Capítulo 3

- [1] Simpa: popularmente, irse de un restaurante o bar sin pagar la comida o bebida.

### Capítulo 4

- [2] Cántame una canción de una muchacha que se ha ido.  
Dime, ¿esa muchacha podría ser yo?  
De alma alegre, ella navegó un día  
sobre el mar a Skye.

### Capítulo 11

- [3] El Dioni: famoso personaje público, ex vigilante de seguridad español que robó un furgón blindado.

### Capítulo 12

- [4] Toña: es un tipo de dulce típico de la provincia de Alicante.

# Índice

14 razones para pasar de ti

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Epílogo 1

Epílogo 2

Epílogo 3

Epílogo final

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro

Sobre Begoña Gambín

Créditos

Notas

# Índice

14 razones para pasar de ti  
Capítulo 1  
Capítulo 2  
Capítulo 3  
Capítulo 4  
Capítulo 5  
Capítulo 6  
Capítulo 7  
Capítulo 8  
Capítulo 9  
Capítulo 10  
Capítulo 11  
Capítulo 12  
Capítulo 13  
Epílogo 1  
Epílogo 2  
Epílogo 3  
Epílogo final  
Agradecimientos  
Si te ha gustado esta novela...  
Sobre este libro  
Sobre Begoña Gambín  
Créditos  
Notas